

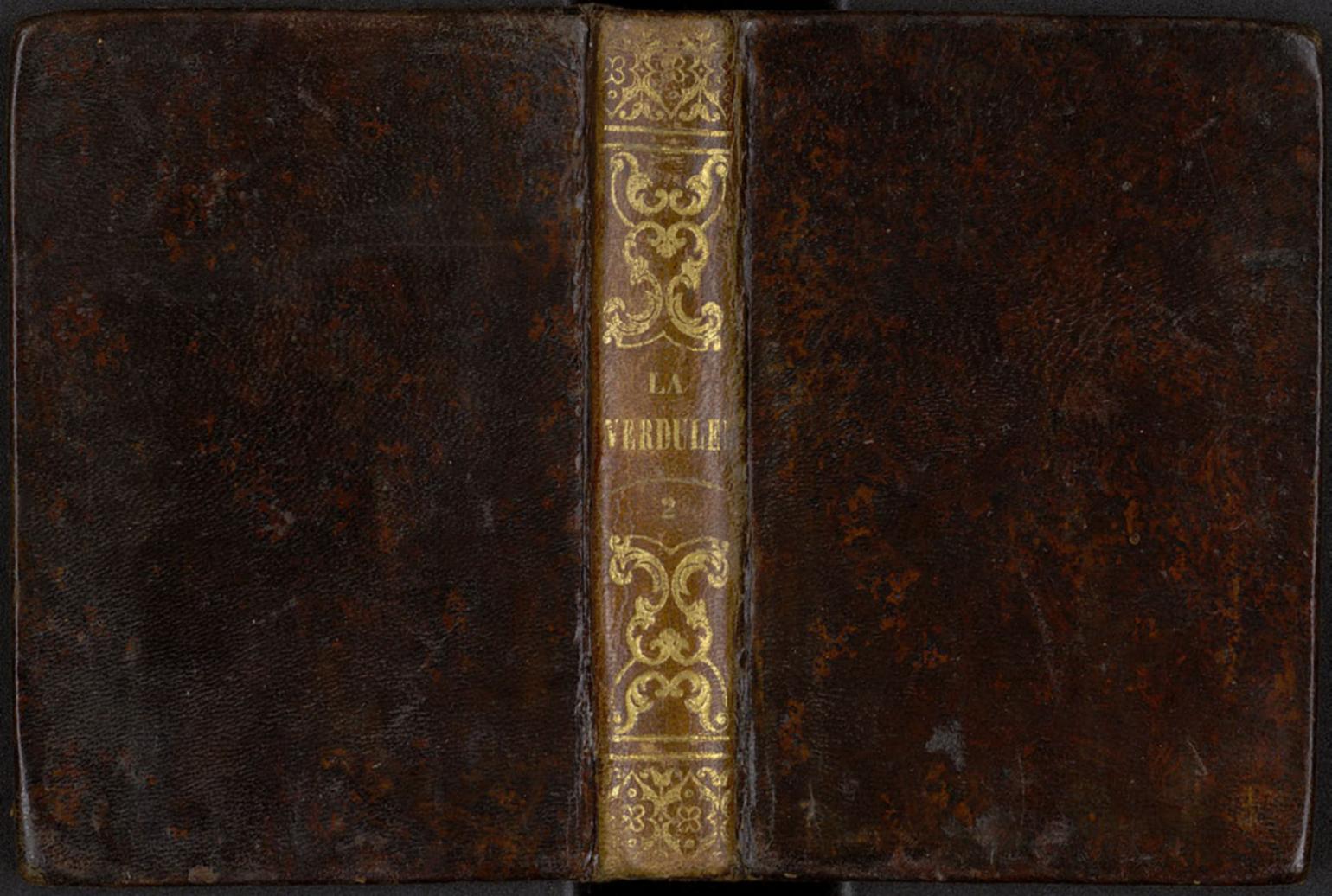
DRPS  
FA  
505

UNIVERSITAT D'ALACANT  
Biblioteca Universitaria



0500765005





LA  
VERDULE

2

Ex Libris



Russell Perry Sebold III

LA VERDULERA.

FOR EL

D. de Arlincourt.

*Con Láminas.*

TOMO II.

Barcelona.

IMPRESA DE OLIVA, EN LA PLATERIA.

YVQAR

1837.

FL DRPS FA/0505 U.2

0500765005



## LA VERDULERA.

### Capítulo XIII.

HACIA tiempo que el carro de la noche iba rodando por la bóveda etérea. Un profundo silencio habia sucedido en Ruan á los clamores de la rebelion y á los rugidos del asesinato. El cielo estaba cubierto de nubes; no se divisaba el astro nocturno: tampoco brillaba estrella alguna en el firmamento. La capital de

Normandía, enteramente cubierta de tinieblas, parecía yacer en el entorpecimiento de la sangre que había bebido.

Sin embargo, no todos los hijos de la rebelion estaban entregados al reposo. Muchas centinelas estaban colocadas en los baluartes, y resonaba al rededor de la ciudad el grito de ¡alerta! al que contestaban los ecos.

¡Cuántas pasiones hervian entonces bajo el engañoso sosiego de Ruan! Nicolás Flamand y su tropa estaban armados y reunidos; iban á recorrer la ciudad cual fúnebre y feroz patrulla: al frente de ellos se adelantaba la venganza.

Los partidarios de Cárlos VI, organizados en batallones, iban así mismo á desnudar sus aceros. Se habian reunido secretamente; en sus líneas no hay traidores: todo es union íntima. Soldados del altar y del trono, ansiaban aquella misma noche combatir por Dios y por su Rey: los precedia la justicia.

Las tabernas de la ciudad, llenas de bandidos y beodos, veian sucederse unas á otras las orgías. El vapor del libertinaje, aletargaba los odios feroces; todo eran cánticos y risas, pero enervadas, discordes y efímeras: era apático el desenfreno y estaba pintada con los mas feos colores la brutalidad.

Todos los habitantes de la ciudad, sea cual fuere su partido, presentian una noche de alarmas. ¡Todo está perdido! decian los ancianos... y nadie dormia.

Acababan de dar las nueve. Era por aquel tiempo desconocido el arte de alumbrar las calles: de este modo andaban seguros los truanes de aquella época, pues no habia luz ni policia; los amantes, los espadachines y los ladrones, andaban errantes sin direccion alguna, puesto que era difícil reconocerlos y peligroso arrestarlos. Algunas lámparas que daban luz en nichos á alguna imágen de la Virgen ó á la de algun santo, esparcian

algunas veces pálidos resplandores en torno suyo; pero esto acontecia rara vez: eran lámparas delatorias, y frecuentemente estaban amortiguadas.

Riperto y la Vizcondesa de Meaux, cubiertos con capas pardas, atraviesan parte de la ciudad, y al través de las sombras llegan á la morada de Magdalena. Ningun incidente desastroso obstruye su marcha; evitan todo encuentro fatal; aléjanse del sordo tumulto de los lugares de prostitucion, y al modo de mudas fantasmas pasan sin ser vistos.

Savoisy no habia olvidado ninguna de las señas dadas por Elisa, ha seguido con toda puntualidad sus recomendaciones; no se ha equivocado de camino, y la habitacion de Magdalena se presenta en fin á sus ojos.

Estaba iluminado su interior; el exterior tenia un no sé que de tristeza y mal agüero; la habitacion era grande y cortada irregularmente con ventanas en

cruz, con surtidores y bosques insculpidos; solo tenia vecinas zahurdas arruinadas y miserables barracas. Este arrabal era muy poco frecuentado; solo vivian en él la gente pobre.

El Conde llama: una vieja muger viene á abrir: llevaba esta en la mano una grande hacha de cera, cuya llama agitada por el viento daba mas humo que luz; su rostro era sombrío y rudo: era la viuda Bernabó.

Sus ojos eran grandes y suspicaces: habia sido alta y fuerte; pero rota una de sus piernas por una desgracia, y habiendo la edad encorvado su talle, parecia pequena y débil.

La vieja Magdalena, en otro tiempo vendia pescado en la plaza de Ruan y habia conservado la groseria de lenguaje y costumbres habituales á sus semejantes: su barba erizada de pelos daba algo de feroz á su figura rebarbativa; su voz era ronca y agria; y por lo mismo, á pesar

de su pesadez, era buscada del vulgo: porque habia en su fisonomía, fuerza y carácter, finura y ánimo. Las matronas la consultaban; estaban convencidas que la corteza áspera y salvaje de la viuda Bernabó encubria un corazón verdadero y bueno. Magdalena entre los suyos tenia poderosa influencia, y además la célebre verdulera Elisa era su sobrina.

Se contaban en verdad de ella una multitud de acciones crueles, pero tambien en desquite se contaban muchos actos de beneficencia y generosidad que habian honrado su carrera. Desde su infancia y en toda ocasion se habia mostrado siempre enemiga jurada de los grandes del reino: mas de una vez en Ruan habia sublevado al populacho contra la autoridad superior. La vejez no habia amortiguado su desmesurada sed de insubordinacion y revueltas; y aunque en una conmocion perdió un marido que amaba, no habia dejado de conser-

var como una llama santa y sublime su amor á las revueltas y ardor de destruccion.

«Entrad, dijo la vieja á Riperto; entrad; ya os esperaba.

—Por Elisa?

—Por mi hija.»

Y Magdalena ha arrojado una mirada de soslayo y descontenta al individuo familiar que con tan poco respeto se atrevia á pronunciar el nombre de la famosa Verdulera.

La viuda Bernabó como todos los de su naturaleza y opinion, solo queria la igualdad con sus superiores. Ella no queria tener dueños; pero aceptaba esclavos. Vuelta á cerrar la puerta de la casa, la vieja con su autorcha en la mano, guia los pasos del fingido monge y de la supuesta lavandera. Traspasan una sala obscura y baja; suben una escalera tortuosa y desmoronada. Magdalena durante el camino rechinaba con sus dientes, más

de mofa que de cólera; á pesar de todo, su penetrante mirada, sospechosa por costumbre nada tenia de hospitalaria.

Llegan á una sala bastante espaciosa, en cuyo fondo habia una grande cama; una mesa cargada de vinos, asado frio y frutas, estaba preparada en medio de la pieza. La Verdulera esperaba alli á Eloina y Savoisy; se adelanta á su encuentro, y ocultando su secreta agitacion bajo un exterior sosegado y sereno, le dirige estas palabras.

—Sed muy bien venidos, compañeros: os esperábamos para la comida de esta noche. Sentaos, tomad fuerzas: las podréis acaso necesitar.

Despues dirigiéndose á Magdalena.

—Van á llenar una mision peligrosa, prosigue; van al campo de Carlos VI: les enviamos alli en secreto para que salga bien un vasto designio. Saldrán los dos de Ruan... por nuestra poterna... á media noche.

—Muy bien! muy bien! responde la vieja, ya me lo has engorgotado veinte veces. Un sacerdote y una lavandera, la poterna al dar la media noche, eh! buen Dios! ya sé yo todo esto. El hecho es, que con todo yo no comprendo nada de esta salida á la hora de los lobos de un hábito y una lavandera; pero ya que me aseguras que esta peregrinacion á la sordina interesa á nuestra causa, ya me basta: confio en tí.

La vieja se sienta en la mesa.

—Es tarde, tengo hambre, reponc ella. Vamos hermano! venga vino y bebamos!

La viuda Bernabó, apasionada al jugo de la uva, evitaba las ocasiones de entregarse á la destemplanza; porque en aquellos momentos, daba miedo el verla y horrorizaba el oirla. Magdalena que se conocia á sí misma, se privaba de licores fuertes, buscaba la sobriedad; y jamas Elisa, de la que ambicionaba la esti-

macion y afecto, la habia sorprendido embriagada. Por desgracia aquella noche la ahogaba ardiente sed; y contra su costumbre ordinaria excelentes vinos cubrian su mesa. ¿Qué tentacion para ella!

—Riperto! es muy temprano para marchar, le dijo en voz baja Elisa; la noche no está bastante adelantada, las centinelas os verían. La ronda va á pasar... esperemos.

—Cuanto tiempo?

—Una hora todavía.

Muchas luces acababan de ser alumbradas durante este corto diálogo por la dueña de la casa; Eloina habia levantado el velo de su manto, y ya no quedaron ocultas sus facciones.

—Oh! oh! dice Magdalena poniéndose á beber á sus anchuras, con una ironía sardónica, el santo ha elegido bien su beata: excelente pareja por cierto para el amor!... ande la danza.

Y la vieja olvidando completamente

sus sabias resoluciones acaba de naciár muchas copas de vino.

La Verdulera parece sorprendida.

—Querida niña, continua Magdalena hablando con Elisa al modo que lo haría con un nietecito: ¿donde diablos has ido á buscar á ese par de pájaros de tan ricos colorines? Apuesto que están preparando ya su nido.

La vizcondesa de Meaux siente subirse los colores al rostro. La Verdulera experimenta un sentimiento de horror al oír tal lenguaje, y se agita sobre su asiento con un temblor nervioso. Solo Riperto permanece tranquilo. La vieja continua bebiendo.

—Madre mía! dice Elisa con tono grave, guardemos para momentos mas felices tales razonamientos. Este hombre tiene miras elevadas.

—Miras de que participa su dama, interrumpe la sardónica vieja; pareceme que tratan de refocilarse juntos; hay de-

vociones que solo tienen esperanzas para el otro mundo ; pero hay otras que se gozan ya acá en la tierra , y hacen bien. Heos aquí tres peregrinos ; el paraiso va siguiendo sus pasos.

— Basta , repone la Verdulera ; pensad en la terrible posición en que nos encontramos , posición que prohíbe toda alegría al alma : el enemigo está junto á nuestras merallas ; de un instante á otro puede probar el asalto ; truena la tempestad sobre nuestras cabezas.

— Venceremos ! esclama Magdalena ; á menos que haya traidores dentro de la ciudad. Pero Nicolás Flamand les va á la zaga , y nos salvará de ellos ; ¿ qué pensais de esto , Reverendo ?

— Pienso , responde Savoisy , que con la ayuda del Todopoderoso la buena causa triunfará.

— No os andeis con rodeos , jóvenito ; decid la causa de la libertad : no me gustan las palabras equívocas. Frater !

vais por ventura en busca del Rey ?  
— Es mi proyecto , y espero realizarlo esta misma noche.

— Sin duda teneis una daga ?

En este momento brillaba con feroz esperanza el semblante de la vieja ; su pregunta era por decirlo así sangrienta. Conociendo la Verdulera la franqueza de Savoisy temblaba por su respuesta ; y toma apresuradamente la palabra :

« Madre ! hay órdenes secretas , y su deber es callar ; yo le prohibo que hable.

— Vamos , sea lo que fuere ! continua la feroz vieja , pero es bueno que se sepa que la muerte de un tirano es la resurrección de un país. Es preciso que se mate á los reyes ; sino los pueblos perecerán. Qué no pueda yo ser hombre por un cuarto de hora , dentro la tienda de Carlos VI ! . . . . brazo tendido . . . cortinas levantadas . . . un puñal . . . y viva la Francia ! . . .

La vizeondesa de Meaux temblaba de

pies á cabeza; su frente quemaba aunque pálida; le alargaba una temblorosa mano.

— Por vida de!... grita Magdalena que dedos tan delicados y finos! que cutis tan blanco y hermoso! Esta mano, á fe de lavandera que no habrá retorcido muchos trapos.

Y la vieja se ríe á carcajadas.

Riperto, siempre dueño de sí mismo, le daba vino en abundancia; y Magdalena poco despues embriagada, empezaba ya á tener desordenadas sus ideas; sus miradas fijas sobre el Conde eran de un ardor fastidioso.

«La lavandera tiene poca habilidad, murmuraba en voz baja; preferiria al monge: el vino y las chanzas la fastidian; pero yo, estragada, vieja y débil, desarrollo mis sentimientos. No es verdad, tonsurado amigo mio? Eh! yo era gallarda en otro tiempo... qué diferencia!... Ah!... se acabó... Yo ya no ardo... queda para otros mi lugar. No mas alaban-

zas por mí: es muy sencillo. A tu salud mi bravo compadre! y... procura dar buena cuenta de tu consocia!

Elisa, sombría y pensativa, escuchaba con sorpresa las vagas palabras de la viuda Bernabó. Jamás desde su llegada á Ruan habia visto á su tia en tal estado de degradacion fisica y moral. Conocia su carácter brutal y duro, que compensado hasta cierto punto por los deseos de un corazon generoso, se podia tolerar; pero jamás se habia figurado que Magdalena estraviada por los excesos del vino, pudiese bajarse á tanto de la especie humana. Infeliz! era en presencia de Savoisy donde la hermana de su padre demostraba de esta suerte todos los vicios de su clase, todas las deformidades de su naturaleza!... Qué sangre tan vil!... Qué familia tan baja!... El encarnado de la vergüenza y desesperacion se pintaba en los carrillos de la Verdulera. El mal no tenia remedio, estaba humillada sin recurso.

La desgraciada, luchando consigo misma y hablándose en secreto, fatigaba su cerebro para encontrar un pensamiento de ánimo y resignación. Su vista pasaba con tristeza de la graciosa figura de la Vizcondesa al varonil semblante de Riperto: un tropel de tempestuosos sentimientos se disputaban su alma, y ofrecían diversos partidos que tomar; pero de entre estos, era imposible el elegir; ninguno prometía buena salida, todos presagiaban desgracia.

Los vapores del vino continuaban en turbar la razón á la vieja Magdalena. Su lengua era balbuciente y sus párpados se cerraban.

«Gentil fraile! decía con palabras cortadas y poco á poco: vale más el acicate que el látigo. Matar y beber!... Sea en buen hora. Es preciso la ambición en grupa trotar á prisa ó saltar del caballo... Por fuerza dinero! Para nosotros los escudos!..... y después, uno va en coche,

hace locuras... y galantea. Nos debemos burlar de los predicadores. Abajo quien mande! esto no va bien. Un rey? locura. Un cielo? chanza. Ah! la virtud?... es falta de ocasión. A propósito... estoy esperando á Nicolás... rudo de entrañas... él va á venir.»

Estas últimas palabras pronunciadas con más claridad que las otras, sacaron repentinamente á Elisa de su doloroso estupor.

— Qué decis? repetidlo! Nicolás Flamañ va á venir? Porqué pues? aquí?... quien le ha llamado?

La vieja, ya adormecida, levanta la cabeza y contesta:

— Quien le ha llamado? querida niña! Yo he sido. Sí... porque temo las traiciones. Yo quería verle esta noche para advertirle.... de alguna cosa.... ya no me acuerdo de que... esto me enfada. Pero es igual... durmamos tranquilos. Es un famoso muchacho! su palabra! y su pu-

ñal... yo le daré el espaldarazo. No es así, hábito gallardo?... dame de beber!

La Verdulera estaba en un suplicio:

— Estais segura que vendrá? pregunta con agonía.

— Sin duda, él lo ha prometido, niñamia. Verdadero arrapiñador, y viva la alegría. Quiero se case contigo Elisita. Las mismas opiniones, el mismo fin. Un gefe del papulacho... un simple segundon!... Es capaz de derribar todas las cabezas. Estoy de él enamorada... tú también. No es verdad que te ha seducido? El coge... mata... y bebe.

Riperto á tan estrañas palabras se ha vuelto hácia Elisa. Oh! que profundos pesares habian surcado las facciones de la hija de las revueltas! Su fisonomía estaba alterada.

— A qué hora le esperais? reponiéndose con vehemencia.

— Antes de media noche contesta Magdalena.

— Marchad! marchad inmediatamente! Riperto, dice asustada la Verdulera.

Y dejando con precipitacion la mesa, en la que nadie sino Magdalena hacia honor al convite, sacude la mano de su tia.

— La llave!... dadme la llave!.. grita.

— Qué?... qué es esto... porqué lo he de hacer?... yo no doy mis llaves á nadie...

— Pero si os pido la de la poterna.

— Oyes! esta menos que las otras. Es muy delicado esto.

— Volved en vos. Ya os he explicado que se trataba de una mision importante.

— Ah! es verdad: ya me acuerdo. Una lavandera y un monge!... ella le lavará la cabeza.

— La llave!

— Porqué tan pronto?... qué prisa!

Y la viuda de Bernabó rechazando su sobrina, ha recobrado por un momento sus espíritus. Se dirige á los dos

forasteros y balbuciente les dice:

« Como no comeis pues vosotros? Esta ni siquiera ha abierto la boca. Pobre pollita! tiene la papada.»

— La llave! repone la Verdulera.

La vieja busca dentro sus faltriqueras.

— La ves, no regañes. Pero mi amor! esperemos un poco mas. Nicolás Flamand va á venir. Quiero hablar con él... Dios mio! como me duermo!... »

Un violento golpe dado á la puerta principal hace despidir un grito de terror á la vizcondesa de Meaux. Elisa se lanza á la ventana. Oh desesperacion! la puerta exterior que Bernabó habia olvidado cerrar cuando introdujo á Savoisy, acaba de abrirse al primer esfuerzo. Nicolás Flamand penetra sin obstáculo en la casa: ya está invadida la sala baja. Pronto resuenan en la escalera los pasos de gente armada y la voz del gefe de los bandidos.

« Ya es tarde para huir, dice conster-

nada la Verdulera; oís como suben? Ya llegan, todo camino nos está cerrado.

Durante este corto intervalo de indecision y de zozobra, Magdalena volvia su llave al bolsillo: apoyada su cabeza en sus dos manos caia torpemente sobre la mesa. Ya no oye; sus facultades y sentidos la han abandonado unos tras otros, y queda dormida profundamente.

Elisa no habia podido apoderarse de la importante llave, y aunque hubiese podido, le era ya imposible servirse de ella. ¿Qué podrá hacer?... Alúbrala repentinamente una idea.

« Savoisy, dice en voz baja y respirando apenas: aquí... en el ángulo de esta pared... tras las cortinas de esta alcoba hay una puerta... encontraréis un gabinete... refugio desconocido y seguro. Ambos pereceis si os descubren. Huid!.. pronto estaré allí.»

La animosa Verdulera, al pronunciar estas palabras, levantaba el tapiz de la

pared. Empuja con firmeza á la Vizcondesa y al caballero hácia el misterioso pasadizo; cerrando despues tras ellos la puerta secreta, baja las cortinas: siéntase junto á su tia entregada á un profundo sueño, y aguarda con aire tranquilo y frio á Nicolás Flamand y á su tropa.



## Capítulo XIV.

NICOLAS saluda á la Verdulera. Su gesto aleja de sí á los bandidos: ha entrado solo en la sala.

«Por el penacho de Dugueselin! dice con voz ronca el truan, nos hemos perdido: bien que la noche está oscura como boca de lobo. En fin, gracias al cielo, estamos ya aquí. ¿Qué me quiere Magdalena? Y Nada tenía de sospechoso ni hostil la mirada de Nicolás Flamand. Adelántase hácia Elisa procurando suavizar su fisonomía. Apenas nota á la viuda Bernabó adormecida junto á la mesa: solo ve á la Verdulera; y sin esperar respuesta siéntase junto á ella y prosigue:

«Estais! qué dicha!

— Sola! no, ahí está Magdalena. Está fatigada y duerme.

— Es como si no hubiese nadie.

— No tal, que voy á despertarla.

— Porqué?... me opongo. Quiero hablaros sin testigos.

— Sobre qué?

— Harto lo sabeis.

— Yo!... no tengo idea de ello.

— Fingimiento!... escuchad.

— Y bien?...

— Y bien!... sed mi esposa.

— Muy improvisada me parecé la proposicion: esto merece reflexionarse.

— Las palabras de amor, Elisa!... Y cuando estoy fuera de mí, cuando mi razon reboza, y mi cabeza está vacía.

— Esto, Nicolas, es echarlo por lo tierno.

— Y vos os reis de la ternura?... porqué, pues, este gesto sardónico? quien nos impedirá unirnos? Sois libre, y yo

tambien. Mis arcas están llenas. Quereis doblones y coronados sin taza? solo teneis que pedir. Elisa! necesitais un valiente, un hombre de libre albedrio: este valiente, este hombre aqui le teneis. No temais por los peligros que me rodean: los grandes señores de la corona se figuran podrán cogerme, pero el cáñamo de que se ha de hacer la cuerda con que me amenazan todavía se ha de sembrar. Estos señores, corazas de orgullo, y manóplas de curiosidad, vos los odiais como yo! Juntos les harémos guerra. Vamos, menos altanería! bella amiga. Alegre viviente y buen compañero, me horrorizan las declaraciones mentirosas como azotes de la vida: lo que yo prometo lo atengo. Vos obtendreis de mí cuanto querais, sin murmurar, sin engaño. Mañana... esta noche... inmediatamente... Oh! ni paz, ni tregua, conmigo. ni argumentos ni dilaciones... Porque, ya lo veis, hombre de guerra, voy á su-

mergirme en un infierno de amor.  
Centelleaban los ojos del bárbaro.  
Había pasado familiarmente su brazo en  
derredor de la cintura de Elisa. Su reír  
era ardoroso y lascivo. La Verdulera le ha  
rechazado.

— Un infierno! replicó ella. Ofreced á  
otras esas prendas: no les este mi ca-  
mino.

— Nicolas iba á contestar.  
— Gefe!, dijo Elisa con severidad; en  
amor quiero respeto. Jamás seré la com-  
pañera de aquel que no haya adquirido  
mi estimacion; este es mi sentimiento;  
lo digo con franqueza: haced de esto el  
uso que queráis. Pero retiraos. — ¡Oh grito!

— Vuestra estimacion! yo la merezco,  
respondió con fuego el bandido. Mi vida  
os lo dirá, dirigid á ella vuestras mira-  
das. ¿Me habeis visto jamás responder á  
una afrenta con baja? Acaso no he en-  
trado yo en los santos caminos de la in-  
surreccion sin temor ni segundas in-

tenciones? No he azotado con ardientes  
palabras y agudo aceró los estandartes  
del Rey cristianísimo? Mi brazo, teñido  
todavía con la sangre de los archeros de  
Luis de Anjou, no ha vengado á vuestro  
padre? Se me ha visto marchar de otro  
modo que á pie firme sobre el resbaladi-  
zo terreno de las revueltas? No son igua-  
les nuestras opiniones, y comunes los  
odios?... Vuestra alma es inflexible y  
firme; la mia es implacable y tenaz.  
Cuantos similares y sentimientos aliados!  
Ya lo veis, Elisa, el cielo nos ha criado  
el uno para el otro.

— El cielo! repone la Verdulera, si  
jamás habeis creído en él.

— Qué importa! dejemos este arti-  
culo.

— No; este es el mas importante de to-  
dos. Podria suscitar entre nosotros fre-  
cuentes disputas. Es preciso conocerse  
á fondo para entenderse y unirse. Nico-  
las! creéis en Dios? creéis en el juez su-

premo y criador de todo el universo.

— El rey de los reyes? Elisa! habeis olvidado nuestro grito de esterminio de las potestades supremas, contra las majestades reinantes, contra todo cetro sea el que fuere? *odio eterno á las dignidades reales!*

— Yo no confundo el cielo y la tierra, contesta la hija de las revueltas. Y si odio los grandes que nos hieren, adoro al Dios que nos salva.

— En este caso os alucináis: porque el trono y el altar se tocan. Quien ataca al uno hace traicion al otro: exigen los dos un mismo culto.

— Yo divido los dos poderíos.

— Ambos se burlarán de vos.

— En este suelo es muy posible: pero otra vida nos espera.

— Yo no sé nada, y de ello dudo mucho. Ya lo conoceremos mas tarde. A una nueva enfermedad nuevo remedio. Pero yo no vuelvo en mí del abatimien-

to en que me sumergen vuestras sutilezas de esta noche. A qué vienen al desarrollo repentino de asuntos religiosos y cosquillas místicas! Verdaderamente que no serán el cáliz y el crucifijo quien nos dé un golpe de mano para ayudarnos á derribar á los señores y á los príncipes: todo esto se entiende como á ladrones. Además la vieja hermana de vuestro padre, á la que estais tan sumisa, y en la que teneis puesta tanta confianza, tiene las mismas ideas que yo, ella reniega de Dios y de sus santos. Es brava muger! tiene un corazón excelente. Pocas cabezas he visto mas fuertes. Tiene un carácter sólido, nada la desencamina. Por desgracia bebe... étela aquí como duerme y ronca... me atreveria á decir que es única en su clase.

— Dispertadla, Flamand.

— Todavía no. Nosotros hablamos muy bien solos; y entre nosotros ya que hablamos de ella, es preciso convenir que vuestra afición hácia la vendedora de

pescado, con la que tanto discordais en modales y tono, es algo estraña. Verdaderamente ella cuando no ha bebido demasiado es buena muger, pero atrevida por demas, y vos la tratais sin cumplimientos, la llamais con ternura: madre mia. Oh! esto os servirá de una nueva prueba de que no es indispensable ni necesario ser parecidos para juntarse y seguir el mismo camino. Así pues, nosotros podremos andar juntos: porque vos sois franca, yo ademas os soy mas parecido que Magdalena la regañona. Comparemos nuestras ideas y veréis cuan similares son: la misma pasión de libertad. Vamos! latidos de corazon...

Y el atrevido bandido procuraba estrecharla contra su seno.

La Verdulera del Chatelet, volviéndose con disgusto, rehusa su brutal abrazo. En toda otra circunstancia le habria abatido con desprecios, indignacion y cólera; pero, desgraciada! Riperto esta-

ba allí; inmensos peligros le rodeaban; é irritar en aquel momento al gefe de los revoltosos de Ruan habria sido una grave imprudencia. Elisa se ha contenido: su aire de dignidad impone al truan.

Y como, repone con sosiego, no demostraria yo una viva estimacion á la vieja hermana de mi padre!.. No sabeis todas las pruebas de interés y benevolencia que me ha dado, desde la muerte de Pablo Morand: yo llegué sola á esta ciudad, abandonada, proscripta y moribunda, estaba sin apoyo, sin asilo; acudió ella á mi socorro; sus cuidados me volvieron á la vida; huérfana, pobre y doliente, encontré en ella una madre... Oh! cuan ingrata seria si olvidase iguales beneficios! Madama tiene sus costumbres, un lenguaje y pensamientos que á la verdad me dan pena; pero ellos no sabrán ahogar en mí el sentimiento del agradecimiento. Por otra parte sus facciones, si bien que transformadas por el

tiempo, me acuerdan las de mi padre, aquel padre que tanto amé!.. Después, poseo entero el corazón de Magdalena, y el deber me une á ella.

— A las mil maravillas! dice Nicolas, dirigis las palabras á mi corazón para confundirlo; vos me batís de punta y corte. No importa! sin rencor ni pena, que vuestra mano se una á la mía, es menester dejar arder la llama... latir el corazón... y abrirse los brazos... »

Los gestos acompañaban el discurso.

Pero la Verdulera, encolerizada, se levanta y grita con violencia:

« Atrás! atrevido! atrás! »

Y precipitándose hácia su tia, á la que coge con mano firme, la arranca de su sueño.

« Magdalena! despertad! »

La viuda Bernabó, sacada repentinamente de su embriaguez letárgica, abre lentamente sus párpados y mira en derredor del aposento con una sorpresa brutal.

— Quien es este, qué quiere?.. murmura entre dientes.

— Es Nicolás, el gefe de los Ruanenses, responde Elisa; ha acudido á vuestro llamamiento. Y os le queriais hablar: aquí le teneis.

El bandido, desalentado, daba largos pasos por la sala, sus cejas fruncidas manifestaban su secreta rabia; se adelanta hácia Magdalena.

« Qué me queréis, Bernabó? »

La vieja ha vuelto á levantar la cabeza con suma estupidez; las humaredas del vino obscurecian todavía su entendimiento, y un resto de sueño embargaba sus movimientos.

« Qué es lo que yo quiero!... replica ella; esperad!.. yo ya no sé nada. »

Lleva maquinalmente su mano á la frente, como para acordarse de alguna cosa.

« Etelo aquí! repone ella despues de una larga pausa. He oido hablar esta ma-

ñana en el arrabal de lazos y traiciones; he tenido miedo y os he enviado á buscar; porque mi casa está aislada. Quien sabe si atacarán la potencia que está al último de mi jardín! Está muy mal defendido este paso!.. Aquí privada de toda ayuda; yo puedo por la noche ser asesinada. Poned centinelas á mi puerta!

La Verdulera, á esta inesperada demanda, se turba y empalidece de terror; pero el gefe no lo ha reparado: el modo como habian sido recibidas sus declaraciones absorbía todas sus facultades; su mudo despecho y furor concentrado pedian una salida cualquiera y necesitaban estallar, no importaba el porque ni con quien. Arroja una feroz mirada de desprecio á Magdalena; sus palabras van á ser duras:

Centinelas á vuestra puerta?.. estais loca, comadre? Acaso tenemos soldados de sobras para colocarlos en guardia á las casas? Centinelas á vuestra puerta!..

vamos pues, mi princesa! nosotros solos hemos sublevado espada en mano contra los privilegios del pais, para servirlos en su lugar con hombres de armas y pajes! Dad un escudo á la señora!.. armad una fantasma!.. Se ha jamás tenido semejante idea? Como! vos teneis miedo madrequita? Vaya! sabré entretanto que cuando uno haya gritado por las calles; *arenques y pescado!* mitad de un siglo, debe estar aguerrido contra el miedo. Centinelas á vuestra puerta!... las mandaré hacer espresamente. En efecto, ¿qué hay mas necesario que poner vuestra graciosa persona al abrigo de toda asechanza militar?.. Ah! me olvidaba aun: y vuestros muebles! será necesario salvar tambien nuestros trapos? Peste! el cuidado es arduo, y ha sido para endilgarme esos cargos el haberme llamado aquí? Por vida de la alcahueta! habeis pensado cogermé en el garlito; mas no me podreis engañar. Es menester otro anzuelo

mas fino que el vuestro para coger un pez como yo. »

La vieja se bambolea en su silla; y levantándose, apoyados los puños en las caderas, cara á cara con Nicolas, le responde en estos términos:

«Tú, galopo! dime gibo. Ven acá, muñeco de revueltas! crees que he de sufrir con paciencia las villanías de un truan? Oh! no, no. Ven acá, hombrecillo. Vete de mi casa, tunante! ó te hundo las dos ventanas lucientes y mal abiertas que iluminan tu cara de asesino! Te sienta muy bien, máquina de asesinatos, divertirme á espensas mias? Piensas hacerme callar? Piensas que ignoro, querido amigo, tus robos y maldades? pobre inocente! cordero sin mancha! pretendes balar alto y fuerte por derecho de pureza sin duda? Buen apóstol! traes hisopo? yo te rociaré el cogote; y nos purificarémos uno á otro; ¿crees que no sé; buena pieza! que en tu sangrienta car-

raera quedan muchas señales detrás, y un cadalso para en adelante? Ah! malvado rocin! tú te desbocas.... Perdonadme, monseñor! »

Este torrente de invectivas terminado con una profunda reverencia, habia salido de madre con tal prontitud é impetuosidad, que Elisa no pudo atajarlo: se habia al principio asustado: despues habiendo la disputa llegado á un violento rompimiento, que necesariamente pararia en arrojar á Nicolas de casa Magdalena, volvió á alegrarse. Pero por desgracia el bandido no tomó de veras la exasperacion de la vieja; no salia de la casa. Las groseras palabras de Magdalena le parecian mas lisonjeras que agraviatorias, y solo habian escitado su risa, y en vez de aumentar la discordia apaciguaron su furor. El gefe por otra parte amaba demasiado á la Verdulera para romper de aquel modo con su tia: esta última era segun él la que se debia ganar. La des-

graciada Elisa, lejos de verse desembarazada, le vió tomar una silla y sentarse: vuelve á temblar la jóven.

«Magdalena! dijo Nicolas tendiendo una mano amiga; á qué viene maltratar-nos ambos? Esto á nadie gustaria sino á los enemigos. Paz! mi anciana, paz!»

La vieja ha retirado su mano; y meneando con desden la cabeza, responde altanera:

«Quiero guardias á mi puerta; por lo demás arreglaos como mejor os parezca; pero quiero una guardia... la quiero.»

Conociendo la Verdulera el obstinado carácter de la viuda Bernabó, siente aumentarse su agitacion.

«Madre mia, tenéis razon, dice con tono cariñoso; pero él tampoco deja de tenerla, no podréis dejar de convenir en ello. Esta noche necesita soldados para recorrer la ciudad y las murallas: forzoso es relevar las centinelas, observar al enemigo y burlar toda suerte de ase-

chanzas, y evitar toda desgracia.

Y mas aun cuando la traicion nos rodea, continua Nicolas Flamand: al-guien me ha afirmado esta misma noche que el caballero de Savoisy, enviado del Regente de Nápoles, habia venido á introducirse en nuestra ciudad para tramar negras conspiraciones. Ah! si cae entre mis manos, dejadle por mi cuenta, le de dividirle en cuatro partes clavando cada una de ellas en la muralla en los cuatro ángulos de la ciudad. El número cuatro es dichoso y santo: así lo dice el antiguo testamento. En esta hora decisiva en que Ruán se emancipa y se regenera, cada parte del noble Riperto anunciaría una era nueva haciendo las veces de un evangelista.

Una risa feróz acompañaba esta blasfemia. Yerta de terror Elisa, sentía agotadas sus fuerzas.

La viuda Bernabó, movida por las palabras de su sobrina, ó mas bien ener-

vada por el vino, ya no tenia su habitual tenacidad. Desaparece el ronco son de su voz; y toma su ademán acostumbrado.

«Enhorabuena! consiento en ello: fuera guardia, ya no mas disputas; pero al menos para el bien comun colocad vigorosos archeros sobre las murallas junto á la poterna, y que miren sobre todo á mi jardin. Punto en boca, camarada! de otro modo vuelvo á mis trece. Aqui hay vino! Empinemos.

— Bien pensado; responde el bandido; en efecto para evitar lazos no estará por demás un buen refuerzo en esta parte de muralla con ojo avizor en la poterna. Ademas, tengo en la mente otra idea, porque quiero defenderos y complaceros al mismo tiempo: tomad este cuerno, Magdalena; si oís algun ruido sospechoso, si algun peligro os amenaza, soplad recio tres veces y os llegará sócorro, pues mis tropas conocen la señal y están

ya avisadas; de este modo no temais.»

Al decir esto entregaba el Gefe á la anciana un pequeño cuerno que es aceptado con reconocimiento. Ay de mí! de dolor en dolor la pobre Elisa no vislumbraba mas que la continuacion de su suplicio.

«A propósito! esclama Magdalena mirando en derredor suyo poseida todavia del vino: hija, donde están los demas?»

Una negra nube cubria en este momento la Verdulera; se siente como herida de un rayo y la sobrecoge una convulsion.

«Los demas! de quien hablais? pregunta Nicolás Flamand.

— Caspita! replica Magdalena; ¿de quien tengo de hablar sino de la lavandera y de su bello amigo que hace poco cenaban conmigo?»

Procurando Elisa valerse de toda su presencia de espíritu, anhelaba contener las indiscreciones de su tia por medio de signos que espresaban su inquietud y

de gestos que prescribían el silencio; mas la vieja hermana de Morand no la comprendía. Lo ha notado el bandido.

— *Una lavandera y su amigo!* repite con tono curioso; ¿cómo han venido á veros á estas horas?

— Ya os lo ha dicho, para cenar, responde la Verdulera; está mañana los habia convidado. La lavandera es amiga mia.

— Y por cierto que no he visto en mi vida jóven mas bonita, añade Magdalena; para lavandera es una perla. Tocante al jovencito, punto aparte: es algo caprichoso y lleno de humos. Seguramente que no pierde su juventud lastimándose la carne con los cilicios. No es uno de esos padres que bajan humillada la vista y solo hacen de las suyas durante la noche: es franco, lleno de ardor, y nada cauteloso. Ancho de espaldas, y bien cuadrado, es harto hermoso para una sacristía. Su cuerpo es de bronce bajo

el sayal; Dios tiene en él buen servidor.

— Qué oigo? interrumpe Nicolás; según esto es un monge?

Lanza el bandido sobre Elisa una mirada que entrañaba á la vez la sospecha, los celos, el furor y la amenaza.

— Sí; responde la hermana de Morand un monge: porque no? os fastidia esto acaso? A fe mia que el hábito vale á veces tanto como la coraza. Me gusta un santo, pero cuando es buen diablo.

El gefe no escucha ya á Magdalena. Levántase precipitadamente, y dirigiéndose á la Verdulera la pregunta con tono grosero.

« Donde está el monge? »

— Ha salido.

— Cual es su nombre? de donde venia?

— Creo que no hubiera permitido hacerle ningun interrogatorio injurioso, así como tampoco no os he dado derecho de insultarme con vuestras preguntas impro-

cedentes é injuriosas sospechas.»

Hablando de este modo, levantaba Elisa una frente tan noble y tan orgullosa que deja anonadado al bandido. Sin embargo su comprimida rabia estallaba en la siniestra agitacion de sus miembros. Entrambos en este momento parecian medirse de pies á cabeza con sus miradas, al modo que dos gladiadores se preparan para una lucha fatal.

«Confesadlo! esclama el gefe: ¿no es verdad que es el mismo monge de esta mañana?»

Era feroz y sombría su sonrisa.

— Tal vez que sí, dice Elisa.»

Su respuesta participaba á la vez de la tranquilidad indiferente y de la frialdad del desprecio. El Gefe continua:

«Quien sabe! este guerrero disfrazado, será tal vez Riperto vuestro hermano adoptivo?»

—En este caso, Nicolás Flamand, existe una razón de mas, para que calle, na-

die denuncia á su propio hermano.»

Luego convenís en que este fingido monge es vuestro amante?»

— Impertinente estais esta noche! interrumpe Magdalena irritada. Vamos, punto en boca ó te doy las buenas noches. Insultar en mis barbas á mi sobrina!... silencio, ó te hago pedazos las quijadas: todavía tiene virtud mi puño. Amante de Elisa este monge!... voto va! dígame que le han echado en otra parte. La lavandera es su Adonis, y de iglesia en taberna, dándose mutuamente el brazo, se van por esos mundos con el amor á cuestas; y lo hacen como otro cualquiera.

—Estais convencida de ello? repone Nicolas mas tranquilo.

—He dicho jamás alguna mentira? repone enfadada la vieja; digo y repito que el monge y la lavandera son una alma en dos cuerpos. Por lo demas parecen nacidos uno para otro segun son su beldad y su juventud.

—Euhorabuena! que se casen; dice el bandido; ah! si tambien tuviese youna compañera, si vos abogaseis por mí, Magdalena! vos tan hábil, tan poderosa...

La lisonja produce su efecto: se ha desvanecido ya el resentimiento de la viuda Bernabó, al modo que el rocío de la mañana se disuelve ante el sol del medio dia. Su voz es casi dulce.

«Ingrato!... con vos pensaba. Esta misma noche, en esta misma mesa, decia mirando á la lavandera y á su amartelado: he aquí dos pájaros de vistosos colores; apuesto á que han hecho ya su nido; en seguida decia al oído de mi hija: tambien Nicolás haria buena pareja contigo. Quiero que se case contigo, Elisita.

—Con que le dabais este consejo; buena muger, escelente amiga! ¿y qué respondia vuestra hija?

—Nada.

—Y el monge.

—Nada.

—Es cierto?

—Preguntádselo á mi sobrina.

—Ella desecha mis preguntas.

—Todas no, repone la Verdulera con graciosa sonrisa: hay preguntas que chocan y otras que son lisonjeras. Esto depende del tono y del acento.

—Pues qué, interrumpe el bandido, si supiese modular mi voz podría quizás dirigirse á vuestro corazon?

En este momento una dulce mirada de Elisa hubiera hecho caer á sus pies al monstruo. Todo lo hubiera olvidado junto á ella, las batallas y la rebelion, la lavandera y el monge.

En este momento entra en la sala un paisano armado.

«Maestro! hay algun tumulto en el arrabal, y se notan bastantes grupos. Al redor de esta casa se han notado ciertas personas que no pertenecen á nuestro bando. Además, hay reuniones sospechosas; se nos tiende alguna emboscada: es

forzoso desconfiar de los traidores. Muy negra está la noche.

Nicolás Flamand que se habia sentado junto á Elisa se levanta con aire consternado.

—Está tal vez por aquí aun el monge! Vuélvese en seguida á Magdalena.

—Por donde ha salido?

—Lo ignoro, porque estaba durmiendo.

—Claro está que por la puerta, dice la Verdulera.

—Elisa! repone el Gefe; no dudo de vuestra adiccion á nuestra causa; la sangre de vuestro padre me responde de vos. Por otra parte vuestras palabras obran en mí como el agua sobre el incendio. Desecho toda sospecha; sin embargo fuerza será que visite cuidadosamente esta morada y sus alrededores, el jardin y la porterna. No es verdad que lo permitis y que secundaréis mis esfuerzos? La seguridad pública lo manda.

—Yo misma guiaré vuestros pasos.

—Venid! dice transportado el bandido. Tocante á vos buena Magdalena, no olvidéis la señal convenida: dad al menor ruido la voz de alarma; así que temais algun peligro tañed tres veces el cuerno.

—Partid, compadre! partid pronto: mis ojos atisban, y mi oido siente el movimiento de las hojas de los árboles.



## Capítulo xv.

LA Vizcondesa y el Caballero en el misterioso circuito donde estaban refugiados no oían las ternezas ni amenazas de Nicolás Flamand, ni los arranques y divagaciones de la viuda Bernabó; la pequeña puerta que daba entrada en el aposento en que se encontraban estaba cortada en una ancha pared y cubierta con pinturas. Ningun sonido llegaba hasta los fúgitivos, y nada aumentaba sus sustos.

Savoisy á la pálida luz de una lámpara examinaba y recorría con inquieta curiosidad su asilo momentáneo. Era una especie de laboratorio bastante grande, que en otro tiempo debió de servir para un

físico alquimista ó á algun amigo del arte ó á algun viejo nigromante. Se veían aquí y allí restos de vasijas rotas, pedazos de instrumentos cabalísticos, y figuras de astronomía, una especie de cama para descansar, muchos banquillos descalabrados, un baul de una estraña figura, y una mesa con tapete de cuero, todo ya sumamente viejo, servia de muebles y aparato del aposento. No habia allí hogar.

Este lugar, inhabitado desde muchos años, solo tenia una ventana: estaba cubierta de planchas, por las que no podia pasar el aire: la Vizcondesa sofocada, se sentia desmayar. Savoisy, asustado por ella, ha querido descubrir la ventana; esto era sin duda una imprudencia; se llega poco á poco: el ha quitado sin ningun ruido el peligroso cerrojo. Eloína vuelve en sí.

La ventana daba á un cercado solitario á poca distancia de los terraplenes. Este

cercado con arbustos y malezas estaba rodeado de paredes; solo se veía un camino; este conducía á la poterna.

La Vizcondesa, todavía oprimida, se ha sentado en el fondo del laboratorio, sobre la pequeña cama de descanso á algunos pasos de la ventana. El Conde se ha situado cerca de ella: contemplaba con éxtasis, á la pálida luz de la lámpara, la fina y graciosa figura que la suerte le habia confiado. Eloina habia tomado ánimo; su traje de lavandera, tan poco conforme á sus modales de noble dama, añadía un atractivo de mas á las magias de su hermosura. Su mirada dulce y penetrante, su actitud inclinada, y galante, su languidez inefable y tierna, parecia allí suplicante y juez, pedir á la vez ayuda al ánimo y gracia al amor. La brisa nocturna murmuraba armoniosamente entre la hojarasca. El ronco grito de las centinelas de la muralla, huía por los espacios. Un olor balsámico se elevaba de

los bosques vecinos, perfumaba el aire y sus tinieblas. Eloina y Riperto se miraban suspirando: una multitud de emociones seductoras y peligrosas les habian impuesto silencio, porque lo que les venia al pensamiento no podia salir de sus labios; pero jamás ha sido mudo el amor aunque se le prive el hablar. Cuanto mas el alma está llena de insignificantes conversaciones, mas lugar se hace el sentimiento; el desórden y atolondramiento tienen tanta elocuencia y gracia! No se escucha lo que se está pensando, no se oye lo que se calla; y casi siempre, entre amantes, cuanto mas mal uno habla es como mejor se espresa.

Los peligros de la situación, la proximidad de los bandidos, Elisa y Nicolás, Ruan, la poterna y el Reyra no ocupan á los fugitivos. Estaban juntos, se amaban; lo demas cayó en olvido; los instantes volaban llenos de delicias. Un sosiego de infinito embeleso, una especie de íntima

voluptuosidad, se estendian bajo las sombras del firmamento, en las emanaciones de la tierra, los deseos de la noche, y los conciertos del bosquecillo, como si la naturaleza en derredor de ellos hubiese querido festejar su amor.

«Riperto, dice Eloina temblorosa, mi terror se ha desvanecido. Oh! en un tiempo tan puro y hermoso nos podría esperar algun mal?... Admirable noche! reparad!

— Oh sí! responde el guerrero con entusiasmo. Jamás se me ha ofrecido noche mas deliciosa.

— Cuantos peligros con todo nos rodean!... prosigue en tono bajo la Vizcondesa.

— Peligros!..... interrumpe Riperto; aquí todo me parece delicias.

Eloina ha bajado los ojos; el fugo de los que tenia delante la asusta.

— La hora adelanta, continua ella; el enemigo nos busca... Escuchad!... no

ois una voz?... por la parte de afuera.... una voz de muger?...

— Sí; es la de Elisa.

— Elisa! ha repetido la Vizcondesa con un pesar manifiesto; es verdad: ella vela sobre vos, ella está allí; yo la habia olvidado. Qué alma tan generosa y fuerte!... Ay de mí! quizá hemos de temer...

— Nada, aseguraos: no temais! alejad toda imagen sombría.

— La de Elisa, Riperto, no me ha dejado desde la noche terrible en que me dirigió estas inconcebibles palabras: *Yo siempre seré para vos uno de estos himnos melancólicos, de los que á su pesar en el fondo del alma se repiten los sonidos.* Oh! esta muger, Savoisy! ¿no me ha predicho, que solo la desgracia nos volveria á la presencia una de otra?... y esto se ha realizado. Estraño poder el suyo! Caballero, yo la temo; esta muger es vuestra salvacion; esta muger será mi perdicion.»

Eloina derramaba lágrimas; sus pala-

bras no eran absolutamente ni de zelos ni de quejas, ni de susto, ni de amor, y con todo, considerándolas participaban de todo esto.

Encorvada lánguidamente la cabeza, habia juntado sus blancas manos sobre su frente; su postura estaba llena de admirable abandono, debilidad y gracia. Riperto cayó á sus pies. Sus brazos que poco á poco la habian rodeado, sus hermosos ojos que la fascinaban, su voz, sus miradas, sus latidos, todo en él era un círculo de llamas.

Cambiar el curso de la conversacion y dar otra direccion al pensamiento no era cosa practicable. En amor, todo lo que no pertenece á esta pasion es sin calor y sin vida; todo lo que no le ayuda es importuno, insoportable. Riperto solo con Eloina, allí, en las regiones del amor, atmósfera que se alumbra con miradas y enciende con palabras, Riperto no era dueño de sí. Cuando se ama en la edad

de las pasiones, oh! cuanta necesidad se tiene de socorros para no engañarse! Qué sabiduría humana no se habria extraviado en el refugio de Eloina, donde la noche estendia su manto, donde el aire esparcia sus perfumes, donde el mismo peligro como ausiliar de la voluptuosidad, venia á poner la debilidad en brazos del valor, donde el miedo ponía al amor....

La lámpara acababa de apagarse... A Dios razon, deber y virtud!.....

La puerta se abre de repente.

«Venid! grita Elisa. Señora! estais en salvo!

Elisa se adelantaba presurosa con una vela en la mano... O Dios! qué repentina palidez!... retrocede consternada.

La Vizcondesa, desfallecida habia probado de levantarse al acercarse la Verdulera; pero no habia podido dar un solo paso; y sin el auxilio de Riperto, que voló á socorrerla, habia caido inanimada.

Su confusión, su rubor, el desorden de sus vestidos y la turbación de Savoisy, ¡cuantos acusadores á la vez!... Nada escapa al ojo penetrante y zeloso de Elisa. Permanece inmóvil por un instante, helada y sin movimiento; despues arrancándose á su estupor, continua con voz sombría:

—Y yo decia: *estais en salvo!*.... No importa! seguidme, Señora!

Eloina ha recobrado sus sentidos; pero las facciones de la Verdulera han venido á llenarla de un nuevo terror; habia en ellas una espresion de desprecio, amenaza y odio que no tenia ninguna necesidad de recurrir á las palabras para estallar con toda su fuerza.

—Donde nos llevais? grita la Vizcondesa fuera de sí. No, Riperto.... no lo quiero... yo no seguiré á esta muger.

—Silencio! responde Elisa, no levanteis tanto la voz: habeis perdido el derecho para ello.

—Venid! prosigue con ironía, apresuraos; los momentos son preciosos. Se os va á abrir la poterna: volveréis á la corte, al seno de las grandezas terrestres. Ayer; señora, cerca de vos era yo muy poca cosa acá en la tierra; en el dia os doy las gracias... las distancias han cambiado: todo es al revés.... yo os sobrepujo...

—Oh Riperto!... murmura Eloina.

—Y él!... continua la Verdulera, este hombre!... él no os ama. No os quiere por esposa: él me lo ha dicho esta mañana... Jamás ha mentido, señora.

—Salgamos! grita Savoisy.

Y el guerrero impele á Eloina.

La vieja, hermana de Morand, vuelta en sí de su estupor, esperaba á los dos fugitivos. Elisa le ha explicado su conducta del mejor modo que pudo, para alejar toda sospecha á que pudieran inducir sus acciones. Magdalena no comprendia aun perfectamente porque habian debido es-

conderse de Flamand la lavandera y el monge y porque el Gefe de los Ruanenses no debia estar instruido de su secreta mision al acampamento enemigo: pero era irresistible el ascendiente que ejercia sobre de ella su sobrina; así es que adoptó por último las esplicaciones de la Verdulera, encontrándolas prudentes y sabias: se le habia disipado ya toda sospecha.

Preséntansele de nuevo los dos desconocidos.

—Alerta! dice la vieja. Parte de los grupos de los arrabales, perseguidos hace poco por nuestros soldados, vuelven á presentarse junto á las murallas. Acabo de mirar por la ventana... hay conjurados... hay traidores.

—Es posible! esclama la Verdulera. Oh! qué noche! que espantosa noche!..»

Clava Riperto una mirada de inteligencia y de satisfaccion en la Vizcondesa, porque sin duda esos grupos que espan-

tan á Magdalena componen una reunion de bravos que corren á su auxilio. El ruido amenazador de afuera, debia ser una feliz señal, un prelude de su libertad: mas Eloina abatida bajo el peso del dolor, escuchaba y no oia, miraba y no veia. Su voluntad no era mas que un instinto maquinal sin reflexion alguna. Al observar sus movimientos irregulares se dirá que su facultad de moverse es debida solo á un mecanismo, á un resorte.

« Por vida! repone Magdalena estremeciéndose; me temo que las puertas de mi casa mal cerradas por Nicolás nos van á entregar al enemigo. Por Satanás, que es preciso formar barricadas: ¿no es verdad, hija?

—Voy allá.

—Te esperamos?

—No, adelantaos y conducid á este monge y á la lavandera al fondo del cercado: luego voy allá. Abridles la salida.

—Ve á cerrar las ventanas bajas! los

respiraderos del subterráneo ! Somos perdidos si invaden la casa los cobardes.»

Diciendo esto , la viuda Bernabó bajaba rápidamente la escalera , precedida de Elisa y seguida de los fugitivos. Toma una pequeña linterna , la alumbraba , y si bien que cojeando se adelanta precipitadamente.

« Separémonos aquí , dice Elisa : aquel es vuestro camino , Magdalena... por allá... á la derecha. ¿ Donde está la llave de la poterna ? »

— La guardo en mi bolsillo.

— Dios os guie ! partid... no tardaré en seguirlos.

— No te precipites , muchacha atízbalo todo , observa bien.

— Si hay peligros por allá , llámame.

— Ya sé lo que tengo que hacer , dice entre dientes la vieja : llevo la salvaguardia en mi cuello ; ya oirán mi cuerno.»

Solo el caballero habia prestado atento oido á estas últimas palabras.

La Verdulera está ya lejos. Riperto , Eloina y Magdalena salen de la casa. El airecillo nocturno , la brisa y la humedad , reaniman los sentidos de la Vizcondesa. Empieza á respirar mas libremente : están humedecidos sus párpados ; se eleva secretamente su corazón hácia el Dios de las misericordias , que alivia los pesares y perdona las faltas : piensa y ora.

« Valor ! la dice Riperto en voz baja : ahí están nuestros amigos ; ya estais en salvo.

— Yo !... yo en salvo ! responde la Vizcondesa : vos me habeis perdido.»

Y da un profundo suspiro.

Cuán amarga es su queja ! cuán dolorosas sus palabras ! En este momento el reloj de la Catedral daba media noche : esta es la hora en que , segun el plan convenido , el Rey y sus leales guerreros debian encontrarse al pie de la muralla : la obscuridad los habrá favorecido , de ma-

nera que al través del bosque que cubre una parte de la llanura, habrán podido llegar fácilmente sin ser vistos á la famosa poterna.

—La media noche! el rey está allí, repone Riperto á media voz.

—Silencio!... no pronuncieis palabras imprudentes. Aun está lejos la poterna.

Habia en efecto como unas cien toetas desde la habitacion de Magdalena á la muralla: cuan largo parecia el tránsito. La maliciosa vieja no apartaba del monge la mirada. Ya no estaba allí su sobrina para dominar sus pensamientos, y volvía por lo mismo á su acostumbrada desconfianza: una voz interior le decía á cada paso: este hombre va á entregar la ciudad.

Detiéndose de improviso Magdalena y se vuelve á Riperto.

—Hermano! no habeis oido nada?

—Nada mas que el ruido del viento. Alumbra la anciana con la linterna el

rostro de los fugitivos y prósigue:

—Hace poco os hablabais en voz baja: ¿á qué esos misterios que huelen á trampa?...

—No ignoraréis, responde Savoisy, que en punto á misiones son necesarias combinaciones y misterios.

—Y seguiais combinando: respuesta al canto. ¡Muy altivillo es para tonstrado!...

La vieja continúa su camino.

Pero anda lentamente; la atormenta una vaga inquietud; su mano izquierda lleva la linterna, y la derecha tiene asido el cuerno.

Se encontraba ya casi junto á la poterna, cuando retrocede repentinamente.

«Oís!... esclama: oís!... esta vez no ha sido el viento.

—No; responde con calma el guerrero: será el ruido de las hojas secas que crujen bajo nuestros pies.

—Tú eres quien crujes, y no las ho-

jas: piensas hacérmela mamar? no es á mí á quien deben engañar los amigos de las lavanderas. Esto va á parar en mal.»

Y encorvando la vieja su cabeza escuchaba con tenaz obstinacion no atreviéndose á respirar siquiera. Habia colocado su linterna sobre la yerba; su mano asia fuertemente el cuerno protector, y todas sus facultades reunidas se concentraban en sus oidos.

«Apresuraos á abrir, que ya es tarde, decia la vizcondesa de Meaux.

—Tarde ó temprano, no esperéis que yo abra, responde el cerbero femenino. Aquí hay emboscadas; oigo algun ruido sordo detrás de la muralla: no soy sorda ni tonta. Con que, habeis abierto ya la boca, bella levandera! Nada esperéis no abriré.»

Habia atado en su cintura la pesada llave de la poterna. El cuerno de Nicolás Flamaud estaba suspendido de su cuello. ¡Hora solemne y terrible! los

bandidos del gefe de Ruan, patrullaban á corta distancia. El rey de Francia y su ejército estaban de la otra parte de la muralla. Aquí la muerte, allá la salvacion.

En esta terrible situacion, Riperto ha reflexionado un momento... Acabóse! ha tomado una de aquellas resoluciones que solo el valor sabe inspirar, y solo la audacia ejecuta. Se adelanta hácia Magdalena.

—Abrid! no retardeis mas! Abrid!

—No, monge, responde la vieja, retírate! ó toco la trompa.»

Un ronco grito se deja oir. Es el de una lejana centinela que acaba de ver sobre los muros sitiados alguna señal de traicion. Su grito de alarma ha resonado.

—A las armas! archeros! á las armas!

—Yo á mi cuerno!... grita Magdalena.

Y ya el instrumento está en sus labios.

Pero Savoisy se lo arrebató. Se ha arrojado sobre ella, y procurado ahogar

sus gritos. La feroz educanda de los mercados, encendidos los ojos, espumeantes los labios, combate con inconcebible vigor. En vano el guerrero, apretando su cuello con mano robusta, cerraba el paso á sus gritos, Magdalena luchaba aun.

Entretanto Riperto acababa de arrancarle la llave de la poterna; la echa á la Vizcondesa.

«Abrid! apresuraos! abrid aprisa!»

Pero Magdalena al colmo de su rabia, habia recobrado nuevas fuerzas. Savoisy se ve obligado á no usar ya de consideraciones: la vieja cae al suelo, deslizándose hacia su linterna, la apaga adrede; cuenta con la obscuridad, y su atrevimiento redobla. El caballero ya no duda mas; envuelve la cabeza de Magdalena con los pliegues de su jubon; la tiene rendida en el suelo, la rodilla en el pecho, no le deja ni la posibilidad de moverse ni la facultad de gritar. Sufocada por el espeso y fuerte vestido que la tapaba no

solo la boca si que tambien toda la cara, se fatiga y sucumbe. Todo muere en ella menos su furia. En la imposibilidad de perdonar, las convulsiones de la victima eran feroces, y precisaban á ser bárbaro. No se podia terminar la lucha sin la muerte. No hay otro camino, ninguna otra salida... Será preciso llegar á lo sumo!..

Al momento en que se precipitaba la Vizcondesa para coger la llave que le arrojó Savoisy, la linterna de Magdalena se apagó y rompió. Las densas tinieblas que cubrian el cielo y la tierra no permitian distinguir ningun objeto. Eloina á tientas, buscaba en vano entre las yerbas; la llave no se encontraba; y en el desorden de una situacion tan peligrosa, y en medio de las agitaciones del miedo no buscaba bien la Vizcondesa.

«Dios mio!.. Dios mio!.. murmuraba, socorrednos!.. tened piedad de nosotros!»

A algunos pasos, detrás de la muralla, se oía un ruido de hombres armados. El rey Carlos VI estaba allí! Ay de mí! y cuan poco faltaba entonces para quedar todos libres! Con una llave en una cerradura: el derecho y el honor triunfaban. Una llave en una cerradura, y la ciudad se entregaba. Una llave en una cerradura, y ya no mas horrores, no mas víctimas. Oh desastrosa obscuridad! La llave de la poterna se ha perdido.

«Dios mio!.. un rayo de luz! repetia Eloina fuera de sí; un poco de claridad!

— Aquí la teneis!»

Cual un rayo se presenta Elisa.

Llevaba una antorcha en la mano. Se acerca... qué lúgubre grito!.. Acaba de percibir un cuerpo inmóvil tendido á los pies de Riperto; se precipita hácia él, sin comprender el suceso, sin presentir la desgracia; dos desesperaciones van á reunirse.

El guerrero se ha levantado. Elisa he-

lada de terror, desembaraza con precipitacion la cara de su tia envuelta en el jubon. A la luz de su antorcha se baja y mira... Un cadáver desfigurado!.. Cielos!.. Magdalena!.. ha muerto! Savoisy la habia ahogado.

«Muerta! grita Elisa.

— Como!.. muerta! repite Riperto.»

E inclinándose sobre su víctima, ha puesto la mano sobre su corazon: el corazon habia cesado de latir.

Si bien que el homicidio fué involuntario, con todo se habia cometido: ¡qué instante para el caballero! La Verdulera, horrorizada, erizados sus cabellos, bamboleaba como si una potestad invisible la hubiese colocado entre un confuso torbellino de fuego y tinieblas. Todas las razones espiraban delante de esta confusion sin palabra: Riperto queda mudo delante de ella.

«Cuantas infamias! dice Elisa. Una gran señora deshonrada, una vieja asesi-

nada! traicion á la hospitalidad! todo á la vez!.. Y porqué matar á Magdalena? ella me ayudaba á salvarte!

— No : al llegar á la poterna se negó á abrir.

— Pero yo estaba allí!... iba á venir! porqué no me esperasteis?

— Ah! yo no juzgué matarla.

— De este modo, pues, repone la Verdulera, habré visto mutilar á mi padre, ahogar mi madre adoptiva: y todo por tí y los tuyos!... y siempre á vista del verdugo presencio yo el asesinato!.. Acaba! un crimen mas! márame!

Riperto se ha sacudido con violencia la frente, como para romper no sé que obstáculo levantado de repente entre su pensamiento y razon, su deber y voluntad. Ya no hay esperanza de salvacion, ningun medio de evasion, mientras esté allí Elisa. *Librarse de ella, ó perecer!* espantosa alternativa! Allí, cerca del puerto... es preciso retroceder... un nuevo crimen

ó enteró naufragio. Dos abismos! cual escoger?

Ah! el espíritu ha hablado en vano : el corazon decide la cuestion.

Riperto tenia el cuerno de los bandidos: lo presenta á la Verdulera.

«Sonad! Nicolás no está lejos.»

— Mueres, si llamo!

— Toca!

— En efecto, la sangre quiere sangre, y un asesinato llama á otro. Dame!

Ya á tomado el instrumento. Pero su mirada fija sobre Riperto, no brillaba con el fuego de las venganzas. El cuerno ha caido de sus manos.

— No!... grita ella, bastantes asesinatos! Hay un no sé qué en mi corazon, ya demencia, ya sortilegio... pero tu asesinarás todos los míos, levantarás tu daga contra mí, y yo te perdonaré aun, pues tu vida me será siempre apreciada. Oh! Savoisy! librame por piedad de tu poder sobre mí. Hierre, sálvame de amarte!

Y levantando sus brazos suplicantes, cae de rodillas á sus pies.

Llaman en la poterna por la parte de afuera. La hija de Morand se ha estremecido; se levanta agitada.

— Ya lo entiendo: el enemigo está allí. Ah! ya veo ahora porque la has muerto. Hay aquí un lazo tendido. Pérfido! confésalo.

— Lo confieso.

— Desgraciado! quieres pues perecer!.. Pero nó; mas me conviene á mí, pobre muger. Vamos, Riperto! estoy indefensa; tu eres fuerte, conservas tu puñal. Un asesinato de mas, no es nada.... sobre todo, cuando se trata de la suerte de un príncipe y de un reino. Ah! no me dejes reflexionar! Ponme pronto por compasion en imposibilidad de ser bárbara contigo ó desleal con los míos, dejándote impunemente entregar la ciudad á Carlos VI ó llamar la muerte sobre tu cabeza! Todavía una vez te lo pido por piedad,

amigo mio! hermano mio! mátame.

Y en lo sumo de su desesperacion, ha cogido la espada de Riperto.

— Un nuevo crimen te asusta, muy bien Savoisy! yo me encargo. Permíteme ahorrártelo.

Pero Riperto, destrozada su alma, le arrebató el arma fatal. Nuevos trasportes, nueva lucha. Eloina durante este tiempo se habia apoderado de la antorcha que la Verdulera habia tirado, y que quemaba aun cerca de ella. La Vizcondesa con su claridad buscaba la llave de la poterna: ó felicidad! la ha encontrado.

Savoisy dueño de Elisa la tenia cautiva en sus brazos, y la apretaba contra su corazon.

— No, tú no morirás, le decia. No, tu existencia me es grata... Y porqué arrebatárteme á mí? Carlos llega... está allí, es verdad... pero viene para salvar á Ruan, para la felicidad de todos, para la tuya. Hermana mia! ah! si es verdad que me

amas, confiame tu destino! porqué esta desesperacion, este delirio?... Donde está pues mi poder sobre tí? Como! yo te llamo, y no me respondes?... mi corazon habla, y le desechas?...

Savoisy, guiado por las fogosas emociones que se le sugerian á la vez tenia un acento irresistible. Sus tiernas demostraciones eran tan sinceras como vivas. Elisa, pálida y sin voz, estaba sin movimiento y sin fuerzas. Sorprendida, conmovida, embriagada, escuchaba, palpitante el corazon, las ideas confusas, sin saber que decir; de repente, se hallaba en una region imprevisita de pesares y delicias, de tormentos y esperanzas, entre el cielo y el abismo. Los labios del conde Riperto rozaban con los suyos. La jóven respiraba su aliento. El dulce abrazo del guerrero rechazaba las quejas en su alma y hacia imposible toda resistencia. Oh! cuantas sensaciones estremadas se confundian á la vez! la desesperacion y la dicha, el es-

panto y el amor, la inercia y el delirio, la angustia y la voluptuosidad.

Eloina está en la poterna; la llave da la vuelta á la cerradura..... Acabóse! la ciudad está entregada.



## Capítulo XVI.

Un torbellino de soldados armados se ha precipitado por la poterna dentro los muros de Ruan. A este torbellino sucede otro; y el jardín de Magdalena es invadido por todas partes.

Entretanto las centinelas de la muralla habian gritado á lo lejos: *traicion!* La campana de alarma ha sonado: la ciudad en eso despierta sobresaltada.

Los partidarios del Rey, armados, prevenidos y numerosos, rodeaban la habitacion de Magdalena: se han abierto paso y bien pronto se han reunido con sus hermanos.

La poterna sumamente estrecha. de-

jaba pasar muy pocos soldados; se corta, se rompe la muralla y queda abierta una enorme brecha.

«*Mont-Joie y San Denis! Victoria!*»

El aire ha resonado con prolongadas exclamaciones; y el duque de Anjou, al frente de un numeroso cuerpo de caballería, se adelanta hácia Savoisy; ve á Elisa.

«Apoderaos de esa muger! dijo el Regente á sus archeros: es la mecha de la discordia, *la Verdulera del Chatelet!*»

—Señor! grita Savoisy, deteneos! está bajo mi proteccion; nos ha hecho innumerables servicios; me ha salvado la vida dentro de Ruan; sin ella, ni vos ni yo estaríamos aquí. Yo respondo de ella... es mi hermana.»

Elisa al oír la orden dada por el Regente se acogió á Riperto; y con la cabeza apoyada sobre el pecho, parecia escuchar con la calma de la insensibilidad la orden que debía decidir de su suerte. Su posi-

cion era horrorosa , y por esto encontraba en ello un atractivo indecible, un misterioso regocijo. Se veía á orillas de un precipicio, pero estaba en él por Riperto. Ella habia tenido por un instante en sus manos la vida y destino del Conde; y si allí él la hubiese perdido, ella al menos le habia salvado. Riperto la debía su victoria : á él le tocaba desplegar abiertamente por ella, toda su lealtad, ternura y energía. El la sostenia con brazo vigoroso para apoyarla y defenderla. ¡Con que ansia mezclada de encantos escuchaba las palpitaciones del corazón de Riperto!.. porque en fin sea por lo que fuere, aquel corazón entonces latia por ella. Cuan dulce le era el pensar que Savoisy en aquel momento era su amigo, su hermano y su dueño! todavía mas: su asilo y su vida! Como se abandonaba dulcemente y sin reflexion á lo que sucesivamente podria suceder, y de lo que él era dueño! En su carrera militar, á

su lado, por su camino, era ella en fin alguna cosa... ayuda y obstáculo, sombra y luz, un sér fuera de la línea común, á quien él debía mucho, y que quizá estaba escrito que á su vez le habia de deber mucho. Su existencia iba pues de algun modo á sumergirse en un cambio de mutuos servicios, y á encadenarse en una reciprocidad de beneficios! Sobre la frente de Elisa, cuantas alegrías y dolores! qué embriaguez y qué desgracia!

«Savoisy! replica el Regente, esta muchacha es mi prisionera; mas tarde podrás defenderla: ahora yo me apodero de ella.»

—Mi príncipe! el Rey la protege; él me habia enviado cerca de ella; yo he prometido en nombre de mi dueño...

—Ella ha hecho, pues, traicion á su bandera? interrumpie el Duque admirado.»

Pero la Verdulera á estas palabras, le-

vantando su indignada frente, no se ha podido imponer silencio.

«No: yo no he hecho traición á los míos: yo he salvado á Riperto, ahí está todo.

—Archeros! cogedla! dice el Príncipe.

—Soldados! no os acerqueis! dice el Conde. Y fuera de sí ha desenvainado su espada.

Pero qué gritos han resonado?

«El Rey!... el Rey!... viva el Rey!»

Cárlas VI estaba en la brecha: corre: su ejército le sigue.

«Qué haces tú aquí? dice á Riperto.

—Defiendo á mi libertadora, la que me quiere arrebatár el Regente. Señor! apelo á vuestra justicia. Vos me prometisteis su perdón: yo reclamo su libertad.

—Tú la obtendrás responde el Monarca. Joven, sois libre!

Da algunos pasos y se detiene.

—Qué veo! un cadáver!... una mujer!...

Elisa ha temblado, todos sus odios se despiertan. La memoria de su padre y el inanimado cuerpo de Magdalena la llamaban á la venganza. Ay de mí!... y acababa en algun modo de cooperar al triunfo del duque de Anjou. La desesperacion se apodera de ella. Un cruel remordimiento la devora.

«Era la hermana de mi padre! grita, era una segunda madre para mí!... y vos sois quien la ha muerto!»

El Rey admirado, la mira. Elisa era de una sin par belleza. Sus ojos ardientes, derramaban lágrimas: sus mejillas ofrecían vivos colores; y la espresion de su fisonomía brillaba singularmente.

«Nos!... este asesinato!... dijo Cárlas VI.

—Sí, vos!... por mano de uno de los vuestros: ¿quien mató á mi padre? tambien vos.

—Elisa! repone el Rey, ¿quereis seguirnos?...

- Nunca.
- Os perdonamos este delirio; y nuestros beneficios,...
- Los desprecio.
- Nos juzgais mal.
- Os aborrezco.

Y huyendo al través de las sombras ha desaparecido como una vision.

«Al combate! grita el Regenté. Caballeros, la ciudad es nuestra.»

Habíanse aumentado las legiones del Monarca: tiempo es ya de adelantarse. Cuenta Savoisy en pocas palabras el acontecimiento de la poterna, y Carlos VI fino y atento con la vizcondesa de Meaux la espresa su reconocimiento: habia cooperado al triunfo, y le tocaba una parte.

Entra el Rey en el jardin. Llegaule á cada instante nuevas tropas, y se apodera de los rebeldes el terror; todo huia en consternacion ante el estandarte del rey de Francia. Ningun gefe ruanense, ni el mismo Nicolás Flamand, habia podido

reunir tropas bastantes para arriesgar un combate. El tendero soberano se habia desprendido de su poder despues de la ridicula parodia del mercado, y buscaba su salvacion en la fuga.

El Monarca creia encontrar alguna resistencia. Oh triunfo inesperado! los osados móviles de la rebelion que tanto vociferaban la vispera, permanecian ahora mudos. Intrépidos en el campo de la cobardia, huian del campo del valor. Todo se habia trocado: el pueblo desechaba con desprecio al partido vencido y corria presuroso á aclamar al partido vencedor.

El Rey está en medio de Ruan: se iluminan las fachadas de las casas; las campanas no tocan ya á rebato sino á fiesta y accion de gracias: el primer himno de salvacion! Humea el incienso al pie de los altares; huye el crimen al través de las tinieblas: la justicia aparece triunfante. Oh! como han cambiado de aspecto los regocijos de la ciudad! La vispera todo era fu-

ror; hoy todo es amor. El pueblo armado ayer de puñales, solo tiene hoy palmas en la mano. Viva el Rey! Al primer rayo de la aurora la sometida ciudad rebelde pertenencia ya á Carlos.

Brillaba el sol en el horizonte. El heredero de san Luis, rodeado de caballeros, se felicitaba por su victoria. Había escogido por morada uno de los antiguos palacios de Ruan, desde donde dictaba sus órdenes supremas. Eloina, llamada á su lado, estaba sentada en el fondo de la sala. Los peligros que habia corrido en Ruan y su adiccion á la justa causa realzaban su mérito á los ojos del Monarca. Habian ya notado los cortesanos con secreta satisfaccion que la benevolencia de Carlos para con ella rayaba ya en amor: presentian el próximo reinado de una favorita. La Vizcondesa habia recobrado su brillo, su tranquilidad, sus adornos y su círculo de adoradores. El Rey hablaba con ella á media voz. Preséntase Riperto.

«Ven! te esperábamos», dice el Príncipe; un correo de Paris nos ha traído malas noticias. Nuestra capital será tal vez blanco de nuevos sacudimientos: se sueña en la república.

—Ya abatiremos esa hidra de cien cabezas.

—Aquí, repone el noble Monarca, hemos dado ya nuestras órdenes para el pronto castigo de los gefes de la insurreccion. Tocante á Gros será perdonado. Desgraciadamente no hemos podido apoderarnos de Nicolás Flamand, y este miserable ha corrido á Paris á predicar de nuevo la insurreccion. Presentimos que este hombre hará mucho mal á la Francia.

—Tal vez menos que la Verdulera, interrumpé el duque de Anjou. La teniamos en nuestro poder, y la dejamos ir... imperdonable falta! Presiento que esta muger será fatal para la Francia.

—Paris, repone el Príncipe, cuenta

con fieles servidores. Allí tenemos fuerzas numerosas, y no es de temer una sublevación popular en esta coyuntura. Oid! valientes caballeros: París no es en este momento el punto central, el foco de donde salen los tiros contra las monarquías: este foco es Flandes. Felipe Artevelle, hijo del Cervecero rey, ha levantado el estandarte de la soberanía popular. Incita á los pueblos á la rebelión, y anuncia una era nueva, una república europea. Si Artevelle logra triunfar, se comoverán todos los tronos. Guerreros! á Gand es donde debemos ir á sofocar el genio de las revoluciones. Prepárense para la empresa nuestros valientes soldados. Vamos á partir para Flandes.

Savoisy! cuales son tus proyectos?

— Señor! una promesa sagrada.

— Ah! si: te llama á París para casarte con Inés Desmárets.

Qué golpe para Eloina? su mirada se clava en Riperto.

— Pero aunque Inés nos interesa, continua Cárlos con tono grave, no podemos autorizar semejante matrimonio, antes bien debemos prohibirle, al menos hasta nueva orden. Savoisy! sabe que Juan Desmárets en vez de retirarse á una soledad lejos de las intrigas y de las conmociones, como nos habia prometido, se ha puesto en relacion continua y directa con los perturbadores del estado. Se le han interceptado cartas, y está probada su felonía. Este incorregible tribuno, faltando á su palabra, hace que no debas tú ser esclavo de la que le diste. Aliarte con él cuando se une á nuestros enemigos equivaldría á declararnos la guerra. Escoge!... su bandera, ó la mía!... cual prefieres?

— La de la Francia.

— Luego nos seguirás?

— Do quiera.

## Capítulo XVII.

A una estremidad de Paris, hácia la puerta Montmartre, á lo largo de una calle solitaria, al remate de la cual se notaba una capillita dedicada á santa María la Egipcia, apretaban dos personas el paso.

El sol habia desaparecido ya del horizonte: la noche era oscura y el aire frio; la lluvia caía por intervalos.

Los dos individuos andaban silenciosamente en medio de horribles cloacas, porque las calles de aquel barrio no estaban empedradas todavía: á duras penas, apoyándose mutuamente, podian salir de las inmundicias y del lodo que les

obstruian el paso retardando su marcha.

Sin embargo, ningun obstáculo los desalentaba, antes continuaban impávidos su camino. Su objeto era sin duda importante. Uno de los desconocidos era Nicolas Flamand... Y el otro?... Elisa.

La Verdulera del Chatelet, cubierta de una capa parda, casi no atendia á los tierrosos miramientos de su compañero. Un pensamiento enteramente extraño á su posicion absorbía su alma y sus sentidos. Un hombre la seguia por todas partes dominando todas sus facultades y su vida, y este hombre no era Nicolas.

Ah! la desesperacion no viene sino en pos de las pasiones llenas de vigor y de porvenir, que ensangrientan cuando uno las desgarrá, y matan cuando son destrozadas: la desesperacion desconoce la ternura doliente que un soplo se puede llevar y que una palabra consuela. Ay de mí! Elisa estaba dotada de una de esas almas excepcionales que no pueden rom-

per los vínculos que las atan, al modo que otras separan un nudo usado. Así era también dolorosa su existencia! Se entregaba en vano á los fuegos de la venganza para sofocar los del amor: cuanto mas odiaba á Carlos VI, mas idolatraba á Savoisy.

Una monomanía indecible y feroz habia concentrado todos sus odios en un solo objeto: este era el Rey, por cuanto tenia imbuida la idea de que en su persona se cifraban los destinos de la monarquía y las instituciones del estado. Los doctores de la república, cuya revolucionaria y fecunda vena habia saboreado, llegaron á persuadirla que con el Rey perecía la monarquía; con esta la nobleza, y con la nobleza las preocupaciones aristocráticas; y que del seno de estas destrucciones saldría un nivel universal, un gobierno libre que aboliría todos los privilegios, constituiría á todos los hombres hermanos, haría de millares de familias

una sola, y formaría de la tierra un cielo. Segun esto, el heredero de Felipe Augusto era á los ojos de Elisa el único obstáculo que se oponia á la regeneracion universal á que aspiraba. Atribuía á Carlos VI la muerte de su padre, el trágico fin de su tia, las infamias del duque de Anjou, las miserias del pueblo, las locuras de la corte, las torpezas de la ciudad, las impiedades del cisma y hasta los horrores de la rebelion.

Nicolas Flamand y sus satélites no habian cesado de atizar en su corazon esta llama de exaltacion patriótica, que en tiempo de las calamidades de la monarquía la hubiera convertido en una Juana de Arch si hubiese prevalecido el genio del bien para salud del estado y gloria del siglo. Ay de mí! los sofistas la traian alucinada, y revolviendo las pasiones del alma grande de la Verdulera, esplotaban hasta sus mismas virtudes.

Elisa, ardorosa y sensible, estaba sedien-

ta de amor y de vida, de ilusiones y de felicidad, del primero solo habia sentido los suplicios; de la vida solo habia probado las amarguras; las ilusiones huian delante de ella; de la felicidad solo habia conocido el nombre. Ah! si un destino fatal no la hubiese arrancado á su esfera, tal vez entre sus semejantes hubiera vivido tranquila y feliz. Los trabajos materiales de una posicion vulgar hubieran quizás ofrecido encantos á la que no se hubiese abismado en las poéticas regiones de una existencia pomposa. En este mundo no se encuentra en ningun ángulo felicidad completa; pero do quier brilla un rayo de ella, así en las esferas bajas como en las elevadas, y tal vez más en aquellas. El secreto para catar esa copa es ante todo no moverse cada cual de su estado.

Oh! verse condenada á groseras costumbres despues de haber recibido una brillante educación! qué espantoso su-

plicio para Elisa! en los primeros dias de su caída inflamaba su valor la idea de que trabajando mantenía á su anciano padre: así es que procuraba soportar alegremente su desgracia, y ponía su gloria en salir airosa de su posicion por su talento y por sus encantos. Por esto fué su celebridad gigantesca. La admiracion llegó á lo sumo entre los escolares, los jornaleros y el pueblo, todos la tributaban inciensos, como á una hada y á una creacion prodigiosa: su poder no tenia limites. ¡Como en tal situacion no debia adoptar con entusiasmo las ideas de libertad! á ella se precipitó confiada: pero el largo drama de las asonadas, la cruel muerte de su padre, las escenas feroces de Ruan y el triste fin de su tia, habian mudado enteramente su sér: ya no mas alegría, ya no mas sonrisas: se acabaron para ella las emociones de júbilo, los consuelos lisonjeros, los caprichos juveniles! ya no la domina mas que un pen-

samiento: la venganza! solo ve delante de sí dos senderos practicables: uno es el de la resignacion y la soledad, y el otro el de la rebelion y del abismo! Ay de mí! sin esas fatales circunstancias, sin el arrebató de un falso deber que no la dejaba dueña de sí misma, ciertamente hubiera preferido el primero.

«Donde está la mansion del probado? dice á Nicolas Flamand; confieso que estoy fatigada: qué mal tiempo y qué cloacas!...

—Paciencia! llegamos ya al término dice el gefe de los bandidos.

—Nos esperan? Ha dado ya la hora?

—El Nigromante habrá acudido sin duda.

—No es un anciano diforme?

—Ciertamente que sí; pero nadie puede columbrar su edad: parece que se burla del tiempo y que pertenece á todas las estaciones.

—Y es cierto que sea tan grande como

dicen su poder? podemos confiar en él?

—Inmenso. Con tono sardónico y maligno, es jovial de tal suerte su perfidia, que solo le pertenece á él. Sabe el secreto de todos los filtros mágicos, y conoce todas las palabras que matan. Guay del Rey si llega á jurar su pérdida!

—La jurará?

—Así lo espero, por Satanás.

—Se han recibido noticias de Flandes?

—Sí: allí prospera la república, los capirotes blancos de Gand (1), levantados para la emancipacion de las naciones, han decidido que no quedase vivo ningun rey ni ninguno de sus amigos. Este nuevo pueblo de Dios y de la libertad á

(1) Dábase el nombre de *Capirotes blancos* á unas bandas que cometian increíbles escesos. Todo esto y lo demas que sigue es histórico, como puede leerse en la *Historia de Francia* por Anquetil y otros autores; lo decimos aquí para no distraer mas la atencion de los lectores con nuevas notas.

proclamado á Felipe Artevelle, Moisés de Flandes; su Faraon, Luis de Male, ha huido; cinco mil hombres libres han arrollado en Bruges á cuarenta mil satélites de la tiranía: todo va á medida de nuestro gusto.

— Donde está Cárlos VI?

— Dentro poco debe de estar en territorio de Flandes. El Príncipe, á quien queria salvar, ha desaparecido no se sabe donde. Se espera una accion en el puente de Commines. Ha llegado la hora de la borrasca. Si es batido el rey de Francia, se le cortará la retirada, y Paris le cerrará sus puertas. Se prepara un levantamiento general en Alemania, en Italia, en Holanda, en Inglaterra, y en todas partes. La conspiracion es vasta y atrevida. Si Artevelle rechaza á Cárlos ya no hay mas tronos en Europa.

— Paris está tranquilo.

— El fuego yace oculto debajo de las cenizas.»

«No ha dado respuesta la Verdulera. Sus labios agitados con una sonrisa fúnebre habian perdido todo su encarnado, y su mirada era de hielo.

«Porqué esta sombría tristeza? repone Nicolas Flamand con voz satírica y descontenta, en quien pensais pues!... en Riperto?

— Porqué no?

— Yo aborrezco á este hombre.

— Como gustéis: tocante á mí, le amo.

— Es enemigo de nuestra causa.

— Es el amigo de mi infancia.

— Y confesais vuestro amor?

— Semejante confesion se hace muy raras veces; mas os digo francamente que si en el fatal terreno del amor he dado algun paso, bueno ó malo, nadie me hará retroceder; vos menos que ningun otro.

— Siempre palabras que ofenden!

— Siempre indiscretas preguntas!

— Sobrado conozco que vuestra imagi-

nacion no está dedicada enteramente á la venganza.

— Punto redondo, Nicolas Flamand. Lo que puedo confesaros es que mi pensamiento, que recorre con rapidez ambos extremos de la vida, no encuentra en este momento niugun consuelo. Por lo demás, recibo los rigores del destino como huéspedes conocidos: para mí no hay familia ni porvenir. Hay posiciones en la vida en que uno no encuentra remedio sino del otro lado de la tumba. Pensar en lo que se ama y vivir con lo que no nos place, es un doble suplicio: este es el mio. Ciertamente no es peor lo último que lo primero: dígame el cielo: acércate! clámeme el mundo: vete! sean obedecidos entrambos, y entonces bendeciré el cielo y la tierra.

— No estimais en nada la gloria que os espera?

— Supongamos que la alcance: ¿qué importa una corona cuando el alma está

desgarrada? además que el tiempo lo borra todo; todo se estingue... hasta el mismo amor.

— No creo que sea tal vuestro destino. Vos os haceis ilusion.

— Andando en pos de ilusiones...

— Que me decís de la venganza?

— A ella me abalanzo. Necesito pasiones, deberes y virtudes que me ofrezcan cambios de muerte. El siglo en que vivimos me habrá mirado al pasar con una sonrisa de sorpresa y de curiosidad... no le pido más. Cuando yo haya desaparecido, otros objetos fijarán su efimera atención y su errante actividad. A lo más, tal vez se necesita una inmensa adversidad para espiar una ardiente imaginación... Mucho he padecido ya para vivir demasiado tiempo.

El desorden de sus pensamientos y su singular lenguaje pasman al gefe de los bandidos. Este hombre grosero y feroz no podia comprender nada relativamente

al vuelo de la inteligencia y á los misterios del corazón que estaban fuera de su alcance. Encuéntanse delante de la habitación del nigromántico; se acerca, y llama tres veces.

Abrese una puerta por medio de un invisible resorte. No se presenta ningún individuo para recibir á los recién venidos. Nicolas Flamand atraviesa á tientas un pasadizo sombrío que da á una escalera subterránea. Baja en seguida algunos escalones á la luz de una pequeña lámpara que se ve á la entrada del subterráneo. Iniciado perfectamente en los misterios de aquella habitación, introduce á Elisa cerca del famoso Roboam.

El nigromántico judío estaba sentado en el fondo de una rotunda abovedada. La ardorosa llama de un brasero alumbraba su semblante así como el recinto: en el fuego estaban hirviendo dentro de una enorme caldera aguas y plantas mágicas.

Todo cuanto pueda alerrar los sentidos estaba ingeniosamente reunido en el recinto para imponer á la imaginación. Una piel de cocodrilo suspendida del techo despedía de tiempo en tiempo largos silbidos. Un gallo blanco y dos gatos negros jugaban junto á Roboam con un cabron de larga barba. Una especie de esqueleto cubierto de un velo y colocado dentro de un nicho murmuraba inteligibles acentos, al modo de una vida que se desprendía de la muerte, como un nada que tomase la voz de los vivientes. Muchas vasijas guarnecían las paredes de la diabólica cueva: ninguna mano las tocaba, y sin embargo parecían tener movimiento. Veíanse amontonados unos sobre otros animales muertos y vivientes, plantas secas y floridas, varios despojos de animales, dientes de tigre, y plumas de cisne. Varios recipientes sometían en otra parte á la acción del fuego varias destilaciones alquímicas. Varios rayos lu-

minosos que salian de aquella especie de horno, se multiplicaban tomando mil formas caprichosas. La bóveda, ora encarnada, ora verde, ora amarilla ó azul, cambiaba sucesivamente de tintes segun la variacion de las llamas químicas. Delante de Roboam se veia en el aire sin estar suspendida del techo una cabeza erizada de pelos y de cuernos, sin brazos, sin piernas, y sin tronco: parecia estar flotante.

Prostérnase Nicolas Flamand.

«Hombre poderoso! dice el rebelde, ved aquí á la heroína del pueblo. Ilumínala! haz que sirva á nuestras venganzas, dale una receta de triunfos.»

Hace ademan de levantarse Roboam con muestras de cortesía. Su figura hueca, seca y barbuda, dejaba apenas entrever sus ojos y su nariz. Era horriblemente feo, y sin embargo habia en esta fealdad algo que escitaba la risa. Era ruda su cabellera, y sus piernas torcidas.

Ceñiale un manto encarnado y negro: sobre su frente aceitunada se veia una especie de turbante: nada habia olvidado en fin para hacer completa su fantasmagoria. Su mano en vez de cetro llevaba enlazadas dos serpientes; su mirada maligna y entrañadora parecia fijarse en algun objeto, y lanzaba una especie de surco fosfórico.

«Levántate! responde el Nigromántico, con voz cascarrona y becerril; levántate; pero encorva tu frente. Mensajero de ojo reluciente, no creas que delante de mí puedas ser como el águila que mira fijamente al sol. Tú! hermosa jóven, acércate y mira. Tocante á mí no pronunciaré la menor palabra antes que haya oido la sonoridad del metal. En mi mano está el oráculo: tienes la llave de los escudos?»

La grotesca arenga anima un tanto á Elisa, la que deposita, segun costumbre, muchas monedas de plata en la urna co-

locada á los pies del judío. No experimentaba la jóven ningun espanto. De improviso un viento helado que soplaba por entre su cabellera con el ruido de un aleteo seguido de una nube de polvo parece turbar sus sentidos. Algo se ha escurrido por entre sus piernas: de un conjunto de ceniza sale un suspiro plañidero.

Roboam da una carcajada. En seguida, colocando el oido en una grieta donde parecia gemir un compuesto bituminoso, continua con aire distraido:

« Cuéntame tus cuitas, jóven, te es preciso extinguir algun fuego de amor? á la mano tengo maleficios capaces de convertir las llamas en hielo.

— No son cuitas de amor, responde con calma la Verdulera, es el odio, es la venganza!

— Ya os lo he explicado, dice el Héroe de las asonadas.

— Cállate! interrumpe Roboam; cá-

llate ó te daré en pasto á mi barbudo cabron.

Era harto burlesco el asunto para ser ofensivo: era la singular pulla de todo un nigromántico. Su boca acompañaba con un gesto particular las palabras extraordinarias, gesto que se oponia á la amenaza.

« Sí; continua, sé que la jóven tiene miras elevadas; necesita la muerte de un hombre y la de un hombre rey: nosotros la ayudaremos.»

Levántase lentamente, dirige sus pasos hácia el pequeño horno, y saca un largo puñal...

« De parte de Satanás! bella jóven! toma ese acero y sepúltalo en el corazon del rey. Ves los signos y figuras que mi mano ha trazado sobre la hoja? solo un leve roce es bastante para matar.

— Jamás he cometido asesinatos, responde Elisa: vuestro puñal me horroriza.

— Prefieres la copa homicida?

— Menos el veneno que el acero.

— Temblando y dando cabida á los escrúpulos no se va muy lejos. Hola! Lobo de los bandidos! que me has traído aquí? Sabe que no me gustan las mugercillas.

— No le falta valor á la Verdulera, dice Nicolas Flamand: pero necesita armas nobles. El puñal y el veneno solo convienen á manos cobardes. Además hay muchos medios de atacar una monarquía: puede ser humillada y destruida sin el asesinato. No siempre es necesaria la sangre, antes la venganza tiene muchos senderos. Buscad alguno! Vuestro genio es inmenso.

— Mirad como hierve el líquido, dice Roboam con tono solemne. Tengo lo que se necesita, manos á la obra! y silencio. Al decir estas palabras da un golpe en una cercana tabla, y responde un ruido infernal. Se percibe un quejido sordo un choque de instrumentos de cobre, el lejano ruido de un trueno que sigue to-

da la cueva, y la risa de un alquimista.

Se estingue repentinamente la llama que se levantaba del fuego: y reina la obscuridad en el subterráneo; ya no se oye mas que la mano de Roboam que mueve el cobre dentro del agua hirviendo: iba adelantando la obra desconocida.

Pero, pronto vuelven á alumbrarse por sí mismas tres lámparas. El judío, sumergido un brazo en la caldera, saca una especie de broquel sin que se haya lastimado su brazo.

— He aquí el arma de la venganza! dice con sardónico tono. Oye, sensible niña! Temes envenenar y matar? Pues bien, este broquel, al modo de las terribles palabras del rey Baltasar, puede burlarse del poder supremo sin asesinato. Te place, querido cordero!... Todo sin gritos, sin sangre: un crimen en agua de rosa.

Elisa sin escuchar toma la égida. A pesar de salir del agua hirviendo estaba mas fria que el mármol.

— De qué me puede servir ? pregunta ; qué virtud tiene ? qué haré de ello ?

— Cuando brille el sol ardoroso del mediodía , responde con énfasis el judío , ponte vestida de blanco y con los pies desnudos donde debe pasar el Rey , y lleva en la mano esta arma mágica , levanta el broquel fatal , da en él un golpe con hierro exclamando : *Desgracia!*... y allí , delante de ti , semejante á Nabucodonosor reducido á la condición de los cuadrúpedos , Cárlos VI perderá la luz de la razón , y ya solo le quedarán de hombre las formas.

— Admirable y justa venganza ! interrumpe Nicolás Flamand. »

La Verdulera examinaba sorprendida el broquel del mágico. Veíanse grabados en él caracteres cabalísticos : era sonoro el bronce como el metal de una campana.

— Roboam ! repone , ¿ donde veré al Príncipe ?

— En el ejército.

— En el acampamento ?... en un palacio ?... en una llanura ?

— Tal vez sería mejor entre los bosques.

— Cuando me aconsejais que parta ?

— Así que se haya sublevado Paris.

— Esto tendrá lugar en breve , dice Nicolás : solo esperamos para descartarnos de nuestras cadenas la noticia del primer triunfo de Artevelle : tal vez mañana llegue.

— En este caso repone el alquimista con satánica ironía... mañana será gran fiesta para los cuervos.

— Nos respondeis del éxito ? pregunta el rebelde.

— Si , del éxito del asesinato.

— Quien vencerá ?

— Todos.

— La muchedumbre ?

— Ya unos , ya otros.

— El israelita se sonreía.

— Iluminad nuestras mentes, dice el gefe de los bandidos.

— Con mucho gusto; abrid los ojos.

Roboam da un prolongado silbido, y á la vez se estingue el brasero, los hornos y las lámparas. El esqueleto velado sale de su nicho crujéndole los huesos, coge con mano fria y descarnada la mano de Elisa, y la impele hácia sí. Las mas densas tinieblas cubren la rotunda subterránea; de entre negros vapores salen estrepitosas carcajadas; la del judío las sofoca.

Un velo de grosera tela cubre la cabeza de la Verdulera: su guia se lo ha echado y aprieta el paso. Siente los soplos de un aire cálido que la compelia á salir de aquel subterráneo.

Sube una escalera sin pensar en ello siquiera. Sucede un aire fresco á la ardorosa atmósfera, y la reanima: ya está libre su mano... se arranca el velo.... ó sorpresa, se encuentra en la calle, y á

su lado se hallaba Nicolás Flamand.

Era oscura la noche... y están solos. Dejan atrás la morada del mágico. También una mano invisible ha vendado los ojos al héroe de los bandidos, y le ha conducido fuera de la cueva. Todo ha pasado con la rapidez de un sueño: solo les ha quedado una penosa opresion. El gefe rebelde permanece mudo.

La Verdulera lleva consigo su broquel.



## Capítulo XVIII.

Se acercaba el invierno. Los árboles habían perdido sus hojas y el sol su ardor; las acacias de las orillas del Lis se presentaban cubiertas de carámbanos.

Erase á últimos de noviembre. Por este tiempo, cuantos signos misteriosos! cuantos presagios aterradores en Flándes! no había noche sin metéoro. Atravesaban los aires fuegos errantes; resonaba en las nubes un ruido de trompetas y de clarines. El crujido de las armas y el alarido de los combates se oía desde la cumbre de las montañas desiertas como si saliesen del firmamento. Mientras en los campos

de Rosbech parecía que los ejércitos franceses y flamencos iban á decidir la suerte de la Europa, se hubiera dicho que las legiones de Jehová se disputaban la llanura de los cielos.

Pero al mismo tiempo qué lucha! No se trataba esta vez de saber á quien pertenecería esa ó esotra provincia: iba á decidirse otra cuestión mucho mas importante: monarquía, ó república.

Felipe Artevelle, héroe de la independencia, solo necesitaba una victoria para cambiar tal vez la faz del orbe.

Londres, Paris, otras muchas capitales, y casi todas las naciones tenían emisarios en Gand. Este gran foco de insurrección comunicaba por medio de invisibles vertientes con otras ramificaciones revolucionarias. Derribar los tronos, nivelar el género humano, reformas religiosas, abolición de impuestos y de tributos, tales eran los sueños brillantes que desmoralizaban los espíritus y ama-

gaban la ruina de los estados. El Monarca de diez y seis años se adelantaba á los campos de Rosbech para salvar la Europa monárquica!... pero era un Rey de Francia: pero guiaba un ejército de paladines; pero era un hijo de S. Luis.

El sol pálido de 28 de noviembre echaba uno de sus primeros rayos sobre las llanuras del Monte de Oro. Cielos! qué lúgubre silencio! como se oía la víspera tanto ruido! cuantos guerreros permanecian inmóviles! sin embargo no es la hora del sueño. Porqué se ven tantos cuerpos tendidos sobre la tierra? duermen acaso? pero no es de noche. Qué hacen pues? qué esperan? El sol se levanta y nadie se levanta con él! que descanso es este? La muerte.

De quien es ese cadáver pendiente de un árbol á la orilla de un foso? domina como un príncipe á la muchedumbre inanimada y muda. El cadalso es para él una especie de trono desde donde preside

á toda una nacion en la tumba. Gran Dios! es Felipe Artevelle.

Y esos campos fúnebres?... Son las llanuras de Rosbech (1).

Francia! Francia! gloria á tus armas! ha triunfado la monarquía.

Qué repentino y prodigioso cambio! el legítimo Soberano de Flándes, que poco tiempo antes huía al azar y que ocultaba su miseria y su oprobio dentro de la habitacion de un mendigo; el conde de Flándes, volvía á presentarse hoy dia con

---

(1) Véanse sobre la célebre batalla de Rosbech á Mezeray, Daniel, Anquetil y demas historiadores. Esta batalla, dice Barante, salvó á toda la nobleza. Todo cuanto se dice aquí de esta batalla es histórico, y está sacado de dichos historiadores. Grabóse una medalla en memoria de tan grande acontecimiento. Representa un inmenso trofeo en la cumbre de una montaña. El trofeo lo componen las armas de los vencidos cerca del monte de Oro. La inscripcion es la siguiente: *Devictis et cæcis ad Aureum Montem Gandavis*. 1382.

la cabeza coronada: Flándes vuelve ya á tener leyes; la Europa monárquica triunfa, y se ha salvado el orden social.

Los cuatro famosos tribunos populares cuya elocuencia habia sublevado tantos pueblos han perdido su poder; todas las ciudades y fortalezas de Flándes han enviado sus llaves á Carlos VI. Este se ha cubierto de laureles; el Condestable de Clisson y la flor de la nobleza de Francia han inmortalizado sus banderas: Dios protegía las armas francesas. Apenas se hubo desarrollado en Rosbech la oriflama cuando el firmamento hasta entonces cubierto de densas nubes, resplandeció de improviso, y una blanca paloma bajada de los cielos posó sobre el estandarte de Carlos VI. Prodigiosa jornada de Rosbech!... Los flamencos caían á millares bajo el acero enemigo, y los franceses invulnerables no veían diezmadas sus líneas. Carlos VI perdió cuarenta hombres, Arvelle cuarenta mil.

La monarquía debía triunfar. Francia! Francia! gloria á tus armas.

Pero qué nubes son esas de fuego y de humo?... qué horroroso incendio!... se ha dado orden de reducir á cenizas la ciudad de Courtray, una de las mas bellas ciudades de Flandes. Quién ha dictado esta orden bárbara?... El tío del Rey, el duque de Anjou.

Riperto, que habia seguido á Carlos, y cuyo valor se habia desarrollado admirablemente en los combates, se encontraba al pie de las murallas de Courtray: divisa las llamas... Asi lo quiere el Rey, le dicen.

Le engañan, esclama Riperto; y vuela al acampamento de su Príncipe.

Carlos VI estaba en su tienda. Rodeábase sus cuatro tíos: una muchedumbre de gentilhombres le saludaban con aclamaciones triunfales: humeaba segun costumbre el incienso á los pies de la victoria.

—Señor! dice el duque de Anjou: se debia dar un ejemplo grande á los pueblos, y V. M. lo ha dado.

—Señor! añadia el duque de Orleans, la Providencia que permite la usurpacion pero que no la consagra, nos ha entregado á Felipe Artevelle. Murió, y lo han ahorcado: Rosbech es su Montfaucon.

—Pero, interrumpé contristado el Príncipe, á qué el incendio de Courtray?

—Justo castigo, dice el duque de Anjou; es urgente acabar con el espíritu de sedicion y las ideas de revueltas. No pudiendo las palabras de la persuasion contener la gangrena revolucionaria, forzosamente se hace usar del cáustico. Por otra parte la ciudad ha merecido dos veces su suerte. Acaso no pereció en una batalla de Courtray un Príncipe de nuestra sangre, el valeroso conde de Artois? No se guardaban en la iglesia de Courtray quinientos pares de espuelas de oro de

los caballeros franceses degollados junto á las murallas? además no habian los habitantes de Courtray instituido insolentemente una fiesta pública en memoria de este triunfo? Señor, era preciso lavar tal afrenta, y nada lava como la sangre, y nada borra como el fuego.

—Señor! qué se necesita para reinar? repone el duque de Orleans: bondad? no: fuerza. Sabeis lo que se ha encontrado entre los gefes populares de Courtray? La correspondencia de los facciosos de Paris. Estos, en inteligencia con los revoltosos de todos los paises, solo esperaban el triunfo de Artevelle para derribar el trono en Francia. Todos se llaman Bruto; todos quieren imitar á Guillermo Tell.

—Duque de Anjou! ¿de quien van firmadas esas cartas?

—De Nicolás Flamand, de Culdoé y de Juan Desmarests.

—Juan Desmarests! repite Carlos.

Y sus miradas llenas de cólera se clavaban en Savoisy.

Riperto acaba de entrar.

En este momento, muchos diputados de las principales ciudades de Flandes que habian solicitado y obtenido el favor de hablar con el Monarca, habian sido admitidos á su presencia: Clisson los introducía. A su cabeza viene Pedro Dubois, este célebre tribuno herido en la espalda en el combate de Comines: viene á hablar en nombre de la Flandes:

—Señor, vuestro ejército ha vencido; pero nunca es mas bella la causa popular que cuando está abrumada.

—Sí, interrumpe el duque de Anjou, porque cuando triunfa es odiosa.

—Señor! prosigue el Tribuno, la cuchilla invade los estados, pero no somete las ideas. De este modo, á voluntad de vuestros deseos, podréis cambiarlo todo... menos las opiniones; podrá haber nuevas leyes, pero no nuevas costum-

bres: mudaréis el barnís y quedarán los mismos colores; diferentes discursos, las mismas pasiones.

—Pedro Dubois! dice el Monarca, ahorrad vanos preámbulos. ¿Qué nos proponen los rebeldes?

—Señor! os ofrecen la corona; os la traigo: vedla aquí.

Pedro Dubois pronunció estas palabras con tono enfático y solemne deponiendo á los pies de Carlos VI una corona de oro macizo.

—Qué oigo! repone el hijo de san Luis con sardónica risa; la república pide un rey!... los hombres de la libertad solicitan el dominio de la Monarquía!... Verdaderamente el hecho es singular... qué contrariedad de opiniones! que metamorfosis de ideas.

—Nosotros odiamos á Luis de Male, replica el grave Tribuno; y ya que la suerte nos ha vencido, ya que necesitamos un trono y cadenas, queremos que

sean á lo menos gloriosas. La Flandes admirando su heroísmo quiere por soberano á Carlos VI.

—Ya lo entendemos bien, dice el Rey todavía con mas ironía: vosotros ambicionais una violacion cualquiera de vuestras antiguas instituciones; y no pudiendo lograr que triunfe el populacho flamenco, querriais coronar la usurpacion de un príncipe francés. En efecto, esto no seria cambiar el sistema de las revoluciones; solo seria variar el modo de revolucionar.

—Creed, señor!...  
—Ya hay bastante. Habéis podido pensar que hayamos olvidado las recientes palabras de los doctores de la rebelion? *Asesinado todo, menos al hijo de Francia á quien enseñaremos el flamenco.* Os habéis engañado, señores. No iremos á Gand para aprenderlo, porque el discípulo es aquí el maestro. Nosotros no tomaremos leccion, antes pretendemos

darlas: tened esto por determinado.

—Augusto Rey! repone el Tribuno, encorvando con humildad su frente, si desechais la corona que os hemos ofrecido, si no nos juzgais dignos de ser vuestros súbditos, buscadnos á lo menos un monarca, y mientras este no sea Luis de Male, aceptaremos reconocidos el que os digneis nombrarnos. ¡Sed nuestra antorcha, nuestra égida! y que aqui creados de nuevo por vos, nuestra dicha sea obra vuestra.

—Todavía os entiendo, responde Carlos: estais prontos á aceptarlo todo, menos el legítimo soberano. No os sonrojareis de ningun hecho, por mas que haya sido contra derecho; aplaudiriais con entusiasmo á la tiranía, si la revolucion la hubiese creado. Muy bien! Nosotros pensamos de otro modo; Luis de Male reinará; solo hemos combatido por él, viniendo á levantar su trono, afirmamos las monarquías. Llevaos vuestra diade-

ma. Caída de vuestras manos á nuestros pies nos parece muy baja, muy vil. Un rey situado en elevada esfera, procura ser digno de ella: no recoge nada del suelo.

—Pero, señor! prosigue Dubois, cuando los representantes de un país...

—Os niego ese hermoso título, interrumpe el jóven vencedor; segun nosotros y segun la Europa en vez de representar vosotros al país, representais el caos, en vez de ser los intérpretes de la sabiduría, solo sois los órganos de la deslealtad. Vosotros vais muy lejos de las leyes del honor, porque la nación os arroja fuera de ella. Salid! Luis de Male está en Gánd, echao á los pies de aquel Príncipe, y en vez de ofrecer coronas, implorad vuestro perdon.

El Tribuno ha bajado la cabeza; saluda, y lleno de confusion sale de la tienda real. Los suyos le siguén en silencio.

Pliegos importantísimos acaban de ser entregados en este momento al Rey. Un corréo llegado de Paris trae dolorosas noticias. Los facciosos de la gran ciudad, engañados por un emisario de Arvelle, quien de antemano garantizaba la derrota de Carlos VI en Rosbech, no han esperado que la suerte de Flandes se decidiese para proclamarse pueblo libre. Paris se ha sublevado en masa; la autoridad suprema ha sido derribada, y el populacho triunfa.

—Caballeros! dice el jóven Rey, el genio de la rebelion, vencido en Rosbech vuelve á parecer en las orillas del Sena. La Francia tiene un pie en el abismo; es preciso sacarla de él. Marchemos!

—Como señor! dice el duque de Anjou, las traiciones cunden todavía? y cuales son los pérfidos gefes?

—Siempre los mismos, responde Carlos: Culdoé, Nicolás Flamand, y el abogado Juan Desmarets.

Una nueva mirada del Monarca , en la que se pintaba la indignacion se encuentra con la de Riperto. El odio que el duque de Anjou siente contra el discipulo de Ambrosio , ha logrado poco á poco sus frutos.

El caballero empieza á prever que mal acogido en la corte , no tiene como de antes en favor suyo el afecto de su dueño. Ay de mí ! y bajo la tienda Real venia á abogar por los habitantes de Courtray ! Se atreverá á levantar la voz hallándose en desgracia y sin crédito ! El heredero de Felipe Augusto le ha retirado su confianza. Riperto conoce su situacion. Ha de luchar con harto poderoso enemigo para no sucumbir en la lucha. Humilla su frente y calla.

«Si , prosigue Cárlos VI : el abogado general Desmarets , so pretesto de contener la efervescencia popular , ha corrido á ponerse en medio de los rebeldes : él está ahora á su frente.

— Como ha estallado la revolucion? pregunta el duque de Orleans ; quien ha dado la señal ?

— Una muger , contesta el Rey : la Verdulera del Chatelet , la amiga del señor de Savoisy.

Y una mirada llena de ironia , ha aterrado á Riperto.

— Señor ! dice el duque de Anjou , esta muger estaba en vuestro poder , y quisisteis romper sus grillos. Yo me opuse , pues presentia lo que habia de suceder ; pero rehusasteis creerme. En materia de errores , segun mi ver , el mas fatal es la clemencia.

— Elisa , repone el Príncipe , era la hermana adoptiva de uno de nuestros valientes ; y al tomar su defensa en nuestra presencia , Riperto parecia responder de ella.

— Ah señor ! interrumpe Savoisy ; mi adhesion hácia vos es sin limites ; yo me habré podido engañar en mis juicios ;

pero jamás he respondido de los sentimientos de otro ni de la conducta de nadie; yo no he respondido jamás sino de mí.

—Esto es bastante, quizá demasiado: responde el sardónico Regente. En cuanto á la famosa Verdulera, ¿habeis olvidado su despedida del Rey junto á las murallas de Ruan? Qué palabras tan espresivas: Yo os aborrezco! á lo menos hablaba con franqueza, prometia lo que seria despues; en todo caso, adicto á mi Soberano y patria, si adoptaba yo jamás una hermana, no la iria á buscar entre las hijas de la revolucion, y la tomaria fuera de las calles.

—Señores! repone Cárlos VI, es Nicolás Flamand quien ha empezado la insurreccion. El grito de *á las armas!* ha salido de su boca. El pueblo ha contestado con transporte. Las destrozadas puertas del Chatelet y del fuerte de Levesque, han vomitado al momento hordas de pi-

llos que se han reunido á sus feroces libertadores; un sin número de víctimas ha caido bajo sus cuchillas y garrotes. Los colectores de impuestos han sido asesinados. Un portero ha sido hecho pedazos en una iglesia y casi en las gradas del altar. Se han derribado casas; se han robado riquezas, se trata de demoler el Louvre, la Bastilla y el castillo de Beauté; el crimen y el desorden gobiernan; los magistrados se han fugado; todas las nobles familias se han retirado á sus castillos, y el terror reina en Paris.

Los guerreros vencedores de Rosbech, han sacado sus espadas. La indignacion es general.

«Mueran los traidores! viva el Rey!



## Capítulo XIX.

Se ha completado la pacificación de Flandes; está restablecida la soberanía legítima y el ejército libertador toma de nuevo el camino de Francia. En cualquiera otra circunstancia un nieto de san Luis al volver victorioso á sus estados hubiera pasado constantemente por debajo de arcos triunfales; hubiera oído de quiera las aclamaciones de la muchedumbre; hubiera tomado parte en las fiestas celebradas por su gloriosa vuelta: mas el fuego revolucionario sofocado en Gand ardía en Paris; Carlos VI, dirigiéndose apresuradamente á su capital para salvar la herencia de sus abuelos, no podía per-

der un momento; su marcha era rápida.

Por otra parte, el duque de Anjou, á quien esperaba Juana de Nápoles, ardía en deseos de partir para Italia donde veía una corona. Su sobrino le habia prometido un ejército para marchar contra Duras, que aspiraba tambien al trono. Tiempo era ya de ir á combatirle; quizás fuera tarde ya. Duras, protegido por Urbano, acababa de llegar á Roma donde el sumo Pontífice le habia proclamado Rey de Nápoles.

Carlos VI habia pasado ya la frontera de sus estados, seguido de la flor de sus caballeros. Toda esta valiente nobleza, lanzándose pomposa á los combates, estaba orgullosa de sus triunfos. La Europa entera tenia clavados en ella sus ojos, y Paris temblaba.

Adelántase á pasos agigantados el ejército francés. El camino que habia tomado atravesaba una inmensa selva. El sol lanzaba en medio de su carrera chis-

pas de fuego. El Rey fatigado del ruido del acampamento y de los ardores del sol, aprieta los ijares de su corcel en busca de la sombra y del silencio.

Seguíanle á corta distancia dos escuderos, un page y Riperto; pero se mantenían á cierta distancia porque así lo exigía Carlos VI. La sobrada dilatación de su espíritu en edad demasiado tierna había usado los resortes de su vida; muchas tentativas de envenenamiento habían dado al traste con su salud: siempre sentía una necesidad de estar solo y tranquilo. El exceso del trabajo le impelia á no buscar verdadera paz sino en el exceso del reposo. Le horrorizaba el tumulto, y su regia existencia en medio de las agitaciones del siglo era una conmoción continua: Ay de mí! la estrella de su destino tornaba pálida, y no debía tardar en extinguirse. Apenas asomaba para él su primavera, cuando ya veía llegar el invierno.

Abismado en aparente meditación é inclinada la cabeza sobre su pecho se adelantaba tranquilamente entre los árboles de la selva sin mirar en torno suyo, sin oír ni ver nada. Su vaga preocupación no era mas que una completa ausencia de ideas, un verdadero letargo moral. Se había descartado del peso de la reflexión como de un huésped importuno: esto era lo que tomaba por descanso. Encontraba un supremo encanto en la suspensión de sus dolores.

De improviso le vuelve sobresaltado en sí una especie de tañido fúnebre. Levanta el Príncipe su cabeza... Extraña visión! de pie delante de él se le aparece una fantasma vestida de blanco. Cubre una mortaja sus facciones, y tal vez un esqueleto; sus pies están desnudos y ensangrentados; lleva un broquel, y con un mango de hierro golpea la égida funesta: se dirá ser el llamamiento de los demonios.

Lleno de admiracion siente el Monarca un violento estremecimiento en todo su sér : su cerebro , al parecer lleno de vértigos , repite el fúnebre sonido y parece que pugna con un grito que le aterra. Este sonido es para él un torbellino que le deja consternado. El Príncipe detiene su corcel. Parece que el frio de la muerte ha penetrado en su alma ; su mirada despide chispas pálidas ; el latido de sus arterias es seco , rápido , desigual ; erizanse sus cabellos y tiemblan sus miembros con estremecimientos convulsivos.

«Detente ! esclama la fantasma ; te hacen traicion ! desgracia , desgracia !»

La vision desaparece.

Riperto veia de lejos la fantasma y corre á rienda suelta. Tambien se lanzan hácia el Rey los dos escuderos y el paje. Desgraciadamente durante su carrera dan uno contra otro sus escudos , y resuena el aire con el ruido de las armas como si tuviese lugar un combate.

«Traicion ! esclama Cárlos VI.»

Desnuda su acero con frenético transporte. Inunda su rostro un sudor ardiente , y debajo de sus vestidos parece que los huesos le tiemblan de frio y de horror.

Precipitase contra los que vienen á su socorro. A nadie reconoce. Mata al paje , hiere á Riperto , y derriba á sus escuderos : nadie se defiende. Corre la sangre , y su voz repite :

«Traicion , traicion !»

Sus tios y un sin número de caballeros se precipitan hácia él : pero se lanza fuera de sí contra de ellos. Increible demencia ! quiere matar al mismo duque de Orleans. Tres guerreros caen á sus golpes. Pronto se agotan sus fuerzas ; está rota su espada ; le rodean , y cae desvanecido.

Tráenle una silla de manos , y le colocan en ella. Témense nuevos transportes para cuando vuelva en sí , y le atan de

pies y manos. Ay de mí! el soberano triunfante ya solo es un esclavo encadenado (1).

Luis de Anjou acude apresuradamente hácia la selva fatal y se hace contar la aventura: mientras le referian detalles imaginarios fijaba su mirada en Riperto, y parecia acusarle de alguna trama criminal.

Savoisy herido en la espalda, pálido y abatido, permanecia á cierta distancia: era el primero á quien Cárlos habia herido. El rey en su demencia habia pronunciado muchas veces su nombre con furor; se empieza á sospechar del amigo de la Verdulera; se esparcian en torno suyo sordos rumores y pérfidas acusaciones: solo Riperto no oia nada.

Como hubiera podido defenderse? el desgraciado estaba exánime, corria su sangre por su cota de malla, se inflama-

---

(1) Todos estos hechos son históricos.

ba su herida debajo de sus vestidos, se le escapaban de las manos las riendas de su corcel, y no osando hablar de sus dolores delante de los del Príncipe, iba á desvanecerse sin que le socorriesen.

Algunas nubes oscurecen su vista: ninguna palabra llega á sus oídos, y sin embargo como por instinto sentia la fuerza de las miradas que se dirigian contra él, conocia que sus quejas iban á ser mal recibidas, que le rodeaba un riesgo inminente y tal vez la misma muerte.

Sacaban á Cárlos fuera del bosque, ya habia embarazos, sentimiento y confusión entre los que le rodeaban. Savoisy aprovecha los momentos de desorden, clava las espuelas en su bridon, se escapa, se escurre al través de la selva, y se aleja rápidamente: busca al azar un abrigo, una cabaña, una ermita, un refugio cualquiera: le parece que va á morir.

Divisa el techo de una choza; encamí-

nase allá, corriendo precipitadamente su caballo por entre matorrales y espinos, he aquí la puerta! apenas sabe lo que se hace, lo que busca y donde se encuentra. Baja del corcel, y entra en la cabaña con movimiento maquinal independiente de su pensamiento; quédale la vida animal, pero la inteligencia no domina en él.

Penetra en la morada desconocida, y resuena en sus oídos un grito lamentable: gran Dios! es tal vez la continuación de las escenas fantásticas de la selva? Una sombra blanca y vaporosa le sale al encuentro, le habla, le sostiene, le aprieta entre sus brazos pero todo de un modo vago y confuso: el acento, la figura, y el vestido todo es indeciso y flotante. Riperto no ve, no se adelanta, ni oye nada sino como en un torbellino; sus ideas son incompletas, y sus impresiones fugitivas. Sin embargo, así como poco antes parecía animarle la venganza, ahora le parece sentir el amor. Algo de diáfano y

y aéreo le rodea; ¿será un enviado del cielo, ó un espíritu de blancas alas? no, es una mortaja su vestido. Estraña fascinación! están á la vista dos figuras igualmente misteriosas é incomprensibles: una que parece bajar á la tumba, y otra que parece salir de ella. Se dirá ser una entrevista de fantasmas.

Transcurren algunos momentos; vuelve en sí Savoisy: toca, piensa y mira. Una mano bondadosa ha velado continuamente por él desde que entró en la cabaña, ha restañado la sangre de su herida y la ha curado. Disminuye su dolor.... á quien lo debe? Junto á él está una muger. Cielos! es posible?... la Verdulera.

Fíjanse en ella sus miradas; no puede moverse ni hablar, pero salen de su pecho profundos suspiros, y la alegría de su semblante espresa el reconocimiento. ¿Porqué se estremece de repente?... El traje de Elisa le recuerda la fantasma de

la selva; una túnica blanca está ceñida á su cuerpo al modo de un sudario; están desnudos sus pies como los de la fatal vision: apenas se divisan sus sandalias. Pero la piel del espectro le pareció ensangrentada, siendo así que los pies de la Verdulera eran blancos como la nieve. La fantasma de velado rostro parecia ocultar formas horribles... y la Verdulera con su descubierta cabeza patentizaba facciones encantadoras!.... No, no es. no puede ser la fantasma de la selva. Solo la imaginacion de Riperto, tras una enagenacion momentánea, ha podido entrever alguna semejanza. Cierra el caballero los ojos para dividir sus ideas concentradas en un objeto. El aire era frio en la cabaña, y sin embargo discurria por sus venas un fuego devorador.

Un ligero ruido le saca de su inmovilidad meditabunda. Elisa, sentada junto á él, lloraba; sus manos se cruzaban sobre sus rodillas; su cabeza aparecia dolo-

rosamente inclinada: su ademan patentizaba los dolores de su existencia destruida; á vista de sus amargas lágrimas, se dirá que huye de su sér la última gota de esperanza, el último resto de compasion del Todopoderoso, para dejar solo acá en la tierra el deseo de morir.

«Elisa! esclama Savoisy, vos en este sitio!... vos á mi lado!...

— Así lo ha querido el cielo! responde la Verdulera con el acento del mas profundo desconsuelo; sí, sin duda lo ha querido el cielo, á pesar de haberme abandonado.

— Hermana!.... me aterrais: que tenéis? repone vivamente el herido. Elisa: porqué ese llanto?

— No lo sabeis, pues? necesitais nuevas confesiones, Riperto? No proceden las lágrimas del corazon?... Llorar, y llorar siempre... equivale á amar...

Vivamente conmovido Savoisy, aprieta la mano de la Verdulera.

— Si es así lloraremos juntos: también yo amo.

— Si, á la vizcondesa de Meaux, murmura en voz baja Elisa. Ah! separad de las mias vuestras lágrimas, porque no hay entre ellas simpatía.

Volvianle las fuerzas á Riperto, y sentia que le dominaba una emocion indefinible. Jamás le habia parecido tan hermosa su hermana adoptiva, y sin embargo los ojos de Elisa en otro tiempo tan brillantes ya no despedian mas que un brillo lánguido; ¡pero cuan dulce era y cuan penetrante esta languidez! Recuerda el tiempo en que viva Elisa, alegre, juguetona y libre de todo sentimiento, hechicera hija de la naturaleza, compartia con su jóven hermano sus placeres. Entonces se hubiera dicho que en círculo maligno jugueteaban al rededor suyo las loeuras y los caprichos. Oh! cuantos cambios han tenido lugar hoy dia! como se ha desvanecido el encanto de los prime-

ros años! como se han marchitado las frescas guirnaldas!... y todo por haber amado... por haber amado á Riperto.

Teucis necesidad de reposo, continua lentamente la jóven; y yo mas que vos, pero solo le encontraré en la tumba... que tal vez no está lejos. Riperto, cuando vendrá la muerte, ya casi no perteneceré á esta vida. ¿Qué vienes á buscar? la preguntaré; ya todo lo mio lo posees... fuera del amor que me abrasa y me mata. Riperto! qué he hecho, pues, á Dios, pobre de mí, piadosa y tierna, para ser tratada con tanto rigor? Todo me lo ha quitado acá en la tierra: apoyo, consuelos, esperanza... solo me ha dejado la vida... ¿Qué he hecho, y qué haré de ella? Mi alma extraviada siente el bien y no puede ya practicarle. Ando errante, incierta entre el crimen y la virtud, buscando el verdadero camino. Sin embargo, son elevados mis pensamientos, amo las nobles acciones... ¿seré tal

vez como la fuente envenenada que no puede dar una gota de agua pura? Ay de mí! cuantas veces he envidiado la paz de una ermita! Primavera de la inocencia! donde estás?... Riperto! vos me mirais con sorpresa: ah! como no estará agitado mi espíritu? He padecido tanto, y por tanto tiempo! No pienso ni oro: mis manos suplicantes solo se unen para pensar en vos: Dios está olvidado; me he formado aparte un culto y un cielo. Soy muy culpable, Riperto, muy culpable y desdichada!...

Son contagiosas las armonías del amor. Junto á su amiga, Riperto por la vez primera sentia latir su corazón con fuerza desconocida. ¡Como permanecer insensible á tanto amor y encantos!

«Elisa! dice Savoisy, porque desear del destino? quien sabe el porvenir que te espera?»

La Verdulera ha levantado su frente con ingenua sorpresa. Las palabras de

Riperto le han parecido mas acalóradadas que de costumbre. La voz del Conde cuando la hablaba, no habia jamás salido de sus labios con tan tierno acento: y su mirada qué espresaba? Oh! mucho mas que el reconocimiento.

«Caballero! replica ella, yo me guardaré muy bien de detener mi pensamiento en tan quiméricas ilusiones: los adelantos del entendimiento son harto perdididos perfumes. Dejarme seguir con dulzura fuera de la vida, sin sacudimientos ni convulsiones. Oh! si supieseis vos lo que es tener que pasar las horas entre el temor y la esperanza, entre el descaecimiento y las tentativas!... Ahorrádmelo, este suplicio! ahorrádmelo por piedad!

Se interrumpe un instante; despues con tono mas grave continua:

—Hay almas predestinadas que solo pueden amar una vez, pero es por toda la vida, y quizá por la eternidad. Savoisy! estas almas son raras: la mia es de

esta clase. Hay otras que olvidan, que se consuelan y mudan: estas son en mayor número, entre ellas se encuentran.

Elisa no se atreve á acabar.

—Ya os he entendido, Eloina.

Y Riperto ha pronunciado este nombre, sin una señalada desesperación. Alterada la voz, alguna nube cubre sus facciones, pero sin pasión.

• Eloina! repite; prosigue!

—Se casa.

—Con amor?

—No, por obediencia.

—Quien puede imponerle un marido?

—La corte y sus poderosas intrigas.

—Por qué motivos?

—Los ignoro. Con todo se hace correr esta voz...

—Acaba.

—Que la Vizcondesa...

—Y bien!

—Es amada del joven Rey, y que es necesario robarla al conde Riperto para

que pueda ser en seguida de Carlos VI.

—Horror! interrumpo Savoisy: quien es el marido bastante débil?

—Un anciano de la antigua corte, señor feudal poderoso y adicto: el duque Aymar de Longueville.

—Eloina lo acepta?

—Así se asegura.

—Quizá la obligan?

—Obligada! repite la Verdulera con desdeñosa espresion: ah! infeliz joven sin apoyo, no tengo familia, ni títulos,

ni nombre: pero ninguna autoridad terrestre habria hecho titubear mi constancia. Qué me habrian hecho las órdenes de los reyes, ni las voluntades de la tierra?

El solo, siempre él, ninguno más que él. El peligro! las persecuciones! Las habria padecido sumisa,

con transporte, con orgullo, dichosa de padecer por él; y si él me hubiese remunerado en cambio, si él me hubiese dicho: yo seré tuyo, oh! toda yo

para él, y á pesar de todos habria resistido al mismo cielo; ningun poder habria domado el mio: el á mi, ó yo á la tumba! Y ella! haciendo traicion á su fe, alta y poderosa vizecondesa, ella infiel por obligacion! Oh! el sagrado nombre del amor es deshonorado por esta muger: ella jamás ha amado.

Su mirada era sublime y apasionada, y sus acciones llenas de vehemencia. Sus graciosos contornos, sus lindos brazos, su cuello de alabastro, estaban medio descubiertos. ¡Qué formas tan encantadoras!... qué resplandor! cuán hermosa era!

Por otra parte, en toda otra ocasion, la noticia del matrimonio de Eloina hubiera desconcertado á Savoisy. Elisa le examina: ha parecido sorprendida. Ella se ha sonreido; pero el encarnado de una secreta alegría no ha reanimado su cara. Una palidez mortal continua reinando en su fisonomía; una palidez sin

remedio, una de las que demuestran una desgracia sin esperanza.

— Gran Dios! repone con voz sorda, y como hablando consigo misma, que singulares destinos! Ella! ella se casará sin aficion: él, sin amor: do quiera sin sentimiento; donde existirá la dicha? en ninguna parte.

— Yo! casarme sin amor! repite Savoisy turbado. Elisa! qué quieres decir?

— No sois vos, caballero, el prometido esposo de Inés Desmaretz? no os acordais de vnestras promesas?

— Inés! responde Riperto agitado, quizá ella me ha olvidado igualmente.

— Oh no! replica Elisa, ella sabe amar; esta es digna de vos: pensad si es verdad cuando yo lo digo. Riperto! yo he visto correr sus lágrimas; la he visto padecer y orar; esto es prueba que tiene un corazón. Inés, alma pura y sin mancilla, no extinguirá jamás entre el torbellino de los placeres y las intrigas del mundo el

sagrado fuego del amor; Inés no será jamás de estas mugeres á las que el amor provoca y se rinden... á las que arrebató la ilusion: esta ama como yo; ay de mí! é igualmente que yo esta no puede ser amada.

Un vivo encarnado colorea la frente de Riperto. Repite estas palabras: *de estas mugeres cuyo amor se rinde*. Qué tiro para Eloina! Murmura algunas palabras; Elisa le interrumpe.

— Riperto! cuidad de vuestra herida. Toda emocion es peligrosa. Esplicadme, por que fatal suceso un hierro enemigo se ha levantado contra vos. Quien os ha herido?

— Quien? el Rey.

— El Rey!

— Aqui mismo, hoy mismo.

— Por enemistad?

— Por demencia.

Una exclamación de terror escapa á la Verdulera.

— Oh Dios!.. ah! qué oigo!.. qué he hecho!

Quiere levantarse de su asiento, vuelve á caer consternada, el horror y los remordimientos la han sobrecogido, el estravío está pintado en sus miradas.

« Riperto!.. huid!.. despreciadme. El amor me ha perdido para siempre. Cuan miserable soy, yo condenaba á Eloina! yo! mucho mas criminal!.. Riperto! la demencia del rey... yo soy quien la ha causado... Pero yo, igualmente he perdido la razon. Oh! justo castigo del Señor! hiriéndole te inmolaba. Pero igualmente... á los ojos de la hija... no han asesinado al padre! Oh! derrocar un freno y leyes por desesperacion del sentimiento! crimen y locura! No tiene perdón! Muerte! ven á ayudarme! apresurate... No, tú no morirás, pobre jóven, esto seria una bondad del cielo; es menester maldicion y suplicio. Riperto! una lágrima por mí! Ya no me verás mas, lo

conozco, ni entre los míos, ni en otra parte, excepto en la eternidad.»

Ha hecho un violento esfuerzo para salir de la cabaña; pero sus miembros están como clavados: permanece sin movimiento. Riperto la habla, la pregunta: ya no piensa, no responde. Esto era un padecimiento inmóvil, una llaga muda que desgarraba lo interior, pero que no se demostraba. La desgraciada había llegado á aquella desesperacion llena de remordimientos, á aquel descaecimiento estúpido, que no tiene sensaciones ni vida, que se puede impunemente heriré inútilmente socorrer, que no tiene angustias ni se queja.

«Elisa! dice Savoisy, vuelve en tí, tu hermano te llama!.. En otro tiempo llegaba mi voz hasta tu corazón!»

La Verdulera, fuera de sí, ha sacado con lentitud de debajo su túnica blanca un lienzo ensangrentado; era el pañuelo con que había chupado la sangre de la

herida del caballero. Lo pone sobre su corazón, y con exánime voz, murmura estas palabras:

«Por favor! no me lo quiteis!... esta sangre ha salido de sus venas; me pertenece, dejádmela; que me siga hasta dentro la tumba!»

Después dirigiéndose á Savoisy: «Un monasterio! añade; ruegos y arrepentimiento!... Mi carrera acá en la tierra se acabó... Dios podrá perdonar... no es verdad?... Y tú?... Perdon! te he amado tanto!»

Muchos caballeros se dirigian hácia la cabaña: Riperto, al través de la ventana, ve á lo lejos sus armas.

«Cielos! soldados del Rey! grita»

La Verdulera vuelve en sí; una idea vaga y confusa del peligro que podría correr Savoisy, si encontrándola cerca de él, se descubrian horribles misterios... esta idea le vuelve todas sus fuerzas; el último latido de amor levanta su aterrada

alma; ella está de pie, pálida y fúnebre... Riperto, asustado, la mira... era ella: delante de él tenia la fantasma de la selva. Una señal de adios... ella ha desaparecido.

Muchos caballeros se presentan, é interrogan á Savoisy. Este último les declara, conmovido, que padeciendo y herido, ha venido á buscar socorros bajo el humilde techo de un pastor.

« Pero, ¿ quien os ha cuidado? dice el guerrero: la cabaña es inhabitada. »

Riperto nada supo que responder.

Una exclamacion de sorpresa ha salido del aposento vecino, y un instante, despues, aparece uno de los guerreros teniendo en sus manos un escudo.

« Escuchad! » ha dicho el soldado.

Hiere sobre el cobre.  
Oh terror! es el martillazo de la fantasma de la selva. El caballero herido da un amargo gemido: el lúgubre sonido, le ilumina; todo lo sabe, todo lo ha enten-

tido... Pero con él morirá el secreto (1).

(1) La fantasma de la selva ha sido siempre un misterio: véanse todos los historiadores.



## Capítulo XX.

EN el interior de una celda, entre las murallas del monasterio de San Víctor, el abad Ambrosio de Champeaux, solo después de maitines, rezaba á los pies de un crucifijo.

Su meditacion era profunda, porque el ruido de las pisadas de un guerrero, que venia á turbar su soledad, no le habia podido sacar de su devota inmovilidad.

«Padre Ambrosio! dice una voz.»

El sacerdote se levanta admirado: y tendiendo los brazos á Riperto, le estrecha contra su corazon.

Un grito de alegría le habia escapado

al instante, un doloroso estremecimiento de corazon le sucede. La fisonomia del caballero era pálida, sombría: sus grandes ojos, siempre tan brillantes, estaban helados, distraidos y anublados. Los padecimientos y la desgracia con su soplo impuro habian disipado su juventud y su beldad. Riperto estaba desconocido.

«¿Vienes del campamento real? dijo el Abad.

— Sí, padre mio.

— ¿Donde está Carlos VI?

— Al frente de sus guerreros.

— ¿Está todavía muy lejos de Paris?

— A una jornada.

— ¡Gloria á los héroes!

— ¡Desgracia á los traidores!

El laconismo de Riperto tenia un no sé que de rudo y seco que obliga á Ambrosio á suspender sus preguntas. Sus miradas llenas de dulzura buscaban el corazon del jóven, para despertar el sentimiento; pero rechazadas por facciones

impasibles como la luz en un mármol, no penetraban ni calentaban.

«Padre mio! ha replicado Savoisy, donde está en este momento Desmarets?»

Y el acento del Conde al dirigir al sacerdote esta pregunta, no era conmovido ni turbado.

Ay de mí! engañado por los humanos, y no atreviéndose á mirar en su propio corazón, temiendo tener tambien que desconfiar de él, Riperto se habia arrojado á este cruel estado de misantropia, en el que hay necesidad de crearse una vida ficticia para huir de la real.

«Tú no lo puedes ignorar, hijo mio, contesta con gravedad el hombre de Dios: Juan Desmarets está en Paris.

— Haciendo traicion á la causa del rey?

— Entregándose á la del pueblo.

— Pérfido!

— Loco mas bien!

— Entiendo, responde Savoisy con to-

no frio é irónico. Donde los unos verán un traidor, otros solo verán un arrebatado. Sea así: pero esta última especie es quizá la peor de todas. No vale mas el crimen desnudo que la maldad disimulada? un velo de virtud echado sobre una figura de iniquidad hace mas aborrecible aun al monstruo. Quieres ir á ver á Desmarets.

— Será de orden del Rey?

— No.

— ¿Cual es pues tu mision?

— No tengo ninguna, padre mio. No estoy aquí por nadie; indignamente herido por la suerte, me prohibo la prevision, y me niego la memoria. Solo pido á la Providencia distraccion y movimiento; y á mas de esto, parecido á una moneda corriente, aspiro á correr el mundo, sin carácter ni empresa.

— Y tú vas á ver á Juan Desmarets? para juzgarle?

— No; para escucharle. Le diré la

suerte que le está preparada.

— Le vas á aconsejar que huya?

— No tengo nada que aconsejar, yo mismo necesito de consejos; y no impongo mi ejemplo.

— Qué significan estas palabras, Riperto?

— Que yo mismo soy fugitivo.

— Qué oigo!

— Se ha jurado mi perdicion.

— Como! el Príncipe!..

— Me cree un traidor.

— Y has venido en secreto aqui?..

— Para ver á Ambrosio y á Desmarests.

— Y á nadie mas?

— A quien pues!

— La Vizcondesa está fuera de Paris.

— No la venia á buscar.

— Lués.

— No me necesita; tiene su refugio en

Dios.

— Y la Verdulera, Elisa?...

A este nombre; ¡qué horrible efecto!

Los ojos de Riperto se inflaman é irritan, sus facciones se han contraido. Se dirá que el ministro del cielo acababa de remover en él con una sola palabra todas las adormecidas pasiones que ya creía medio muertas. Un instante despues, á pesar de todo su valor, parece temblar, ante la penetrante mirada del sacerdote. Despues recobrada su calma continua con voz pausada:

«Se ha hablado en Paris de la fantasma de la selva?

—Vagamente, ha replicado el Abad: si se han de creer ciertos rumores, una especie de loco, vestido de un modo extraño, y salido de improviso de un bosque, se presentó al Monarca y asustó su escolta; el hecho es de poca importancia.

—Ha tenido crueles consecuencias.

—Es posible!... Cuales?

—Cárlas VI, fatigado, enfermo, ha tenido un exceso de locura; es á la fatal aparicion de la selva á que se atribuye la

completa desorganizacion de sus facultades intelectuales. El Monarca está moribundo : el ejército está consternado.

—Poderoso Dios! qué me haces saber!... El Rey no recobrará su razon?

—Le vuelve por algunos momentos, la conserva algunas horas, despues de nuevo se pierde su cabeza, y los suyos tiemblan por su vida.

—Quizá una bebida homicida!

—Es un inesplicable misterio.

—Se atribuye á sortilegios?...

—Yo no creo en la magia.

—Y la vision de la selva!... la has tú visto?

—Estaba cerca del Rey.

—Ella ha turbado pues sus espíritus?

—Para siempre.

—Para siempre! Qué palabras! Riperto! me pasma.»

Efectivamente la voz y fisonomía del discípulo de Ambrosio había tomado alguna cosa de solemnidad fatal que pare-

cia presagiar que á la enagenacion mental del guerrero podria seguir la del Rey. El Abad queda un momento confundido.

«Te han echado del campo? repone.

—Poco despues.

—Y porqué motivo?

—El Rey me ha herido con su daga; en el dia mi vista le asusta; me confunde con la fantasma; y cuando su razon le abandona, me acusa de regicidio. Mis enenimigos, al frente de los cuales está el duque de Anjou, han aprovechado hábilmente la sazon; me han acusado de una secreta inteligencia con la aparicion de la selva, de una infame complicidad con los nigrománticos del abismo; y mal visto de toda la corte, errante, fugitivo, vedme aquí.»

El acento del Conde estaba lleno de amargura. Indignado de las sospechas con que se le ultrajaba, parecia que su alma rechazaba la idea de que podia serle necesaria una justificacion. Para colmo de

su suplicio , en el fondo de tan horrible suceso se le presentaba una figura misteriosa y encantadora... Elisa. Mirábele Ambrosio con inquieta atención : Riperto no era el mismo. Aunque sombrío y preocupado , Riperto era en otro tiempo franco en su lenguaje , pero ahora hablaba con misterio , dejando caer las palabras como al azar. El desprecio , el desaliento y el pesar parecía que saliesen revueltos de su corazón.

« Al venir aquí , le dice el sacerdote , tienes un objeto ? »

— Ninguno.

— Tanto peor. Quieres todavía servir á tu Príncipe ?

— Seria necesario poder hacerlo.

— Se procura.

— Donde están los medios ?

— Quieres seguir mis consejos ?

— Al menos miro como un deber escucharlos.

— Pues bien , Riperto ! continua con

delzura Ambrosio : he sido jóven como tú : también me ha engañado el mundo , y no por esto le he aborrecido ; bastantes males me ha causado , y sin embargo no deseo vengarme : he conocido las tempestades del amor , y he podido desvanecer sus hechizos. Ah ! procura combatir cual yo , y saldrás también vencedor de tí mismo. Luego te crees el único que acá en la tierra debe quejarse de los hombres ? La vida de que forman el cimiento los pesares no es mas que un perpetuo desengaño , una agitación constante entre los hombres. El sabio no puede seguir otra senda que la de resignarse á la senda común. Por mas sumido que estés en el abismo de los infortunios , siempre verás á tus pies un espacio inmenso en que gime una muchedumbre mas desdichada todavía. Coloca tu vida mas lejos y mas elevada ; apártala del círculo funesto de las pasiones y de las vanidades que tienen aprisionada á una alma vulgar ; de-

safia la injusticia de la suerte, y el cielo te ayudará.»

El ministro del cielo continua algun tiempo sus admirables lecciones de moral evangélica. Conmueven tanto sus palabras, en que resalta la fe mas viva, que hasta el alma mas incrédula se sentiria al escucharle impelido á seguir el espíritu religioso. Savoisy escucha en silencio, y el santo ministro prosigue:

«Hijo mio, ve en busca de Desmárets, te ama, y tienes imperio sobre su corazon; anúnciale la llegada del Rey, cuéntale las victorias del ejército; manifiéstale las horrosas desgracias que resultarian de un combate dado á las puertas de Paris entre los soldados y el pueblo.»

—Como pues! interrumpe Savoisy, quiere Paris tal vez oponer resistencia á su Príncipe?

—Quiere cerrarle las puertas.

—Será posible!

—El hecho es indudable: Nicolás Fla-

mand, Juan Culdoé y sus secuaces han dado el grito de alarma.

—Sobrado lo sé: continuad.

—El saqueo y los asesinatos no han estinguído el furor, porque se aspira á mayores pretensiones: Paris no quiere ya Monarca.

—Es admirable tal delirio!

—Savoisy! veinte mil paisanos, fanatizados por Nicolás Flamand y armados de punta en blanco, van á presentar batalla en la llanura de Saint-Denis. Las armas fabricadas en otro tiempo por los Parisienses para defenderse contra los ingleses que los amenazaban con un sitio, han sido distribuidas á los rebeldes. Se van á formar barricadas en todas las calles de la ciudad: Paris va á ser pasada á sangre y fuego.

—Segun eso la demencia domina en todas partes!

—Riperto! el abogado general Desmárets se habia retirado al campo, segun sus

promesas, pero al saber la insurreccion se presentó. Se debe decir en honra de la verdad que su presencia entre nosotros ha contenido mucha parte de los incendios y asesinatos. Ha impedido la destruccion de Louvre y de la Bastilla; ha sabido contener hasta cierto punto la efervescencia popular y el arranque de los crímenes: mucho puede todavía entre los tigres de que fué un tiempo oráculo. Solo él posee los medios de oponer un nuevo dique al torrente revolucionario: puede salvarlo ó perderlo todo.

—¿Son conocidas sus secretas intenciones?

—No; todas las miradas están fijadas en él: se duda, se espera y se tiembla.

—Padre mio, esta noche me verá.

—Bien! veo que me has comprendido. Riperto! sean cuales fueren los pesares que nos opriman, nunca es uno completamente desgraciado mientras puede ser útil á sus semejantes. Cumple tu de-

ber, hijo mio, y dictete el cielo sus palabras.»

No se mueve Riperto; parece reflexionar en la importancia de su mision, y prepararse para ella.

«¿Volverás á ver á Inés? dice el Abad.

—Por ahora no: no, padre mio.

—Riperto! entre las noticias que circulan públicamente, tal vez te habrán ocultado alguna. Sabes que la Vizcondesa?..

—Es amada del rey: sí, padre mio.

—Y que el duque de Longueville?

—Es el esposo que ha aceptado.»

Permanece mudo Ambrosio. El nombre de Eloina y las ideas que van unidas á él no han producido ningun efecto en Riperto. Creíase el sacerdote que el recuerdo de aquella muger era una llama en el corazon del jóven; mas al contrario ese recuerdo ha pasado delante de Savoisy como una imagen descolorida, y una vision sin hechizos. El Conde ha-

bla sin emoci3n del casamiento de la Vizcondesa : no ha suspirado ni perdido el color. Ah! sin duda no es la que ama.

El Abad va á pulsar otra cuerda.

«Elisa... repone.»

Riperto le interrumpe bruscamente.

«La han visto entre los rebeldes? se presenta tal vez á la cabeza de los sublevados?»

—No, hijo mio: ha desaparecido; huyó para siempre de entre los suyos.

— Quien lo dice?

— La ciudad entera.

—¿Segun esto, ha dado fin á su brillante papel?»

—Gracias al cielo.

—¿Se ha encerrado en un claustro?»

— Así se supone.»

El Paladín se aleja de Ambrosio, dando pasos agigantados al azar : al observar sus repentinos movimientos y su encendido rostro, se dirá que procura realzar con violencia las imágenes y los pensa-

mientos que le agitan como las llamas de una fiebre devoradora. De repente, llevando entrambas manos á su frente con una especie de furor, se detiene delante del sacerdote.

«Oh! esclama, esta muger!.. esta muger extraordinaria!.. como sabia amar!..»

Singular exclamacion! era acaso una queja del amor? ó tal vez un acento del pesar? ó mas bien un grito de desesperacion? La dictaba la colera? procedia acaso enteramente del dolor?.. No ha podido comprenderlo el Abad.

Riperto sale del monasterio.



## Capítulo XXI.

La tempestad revolucionaria retumbaba mas fuerte que nunca en Paris. El acercarse Carlos VI, al frente de su ejército, habia acabado de exasperar las pasiones populares; é innumerables cuerpos de truanes, llamados entonces *maillotins*, acudian de todas partes á los combates.

Con gruesas cadenas de hierro, puestas al través de las calles, y cogidas por los dos cabos á las murallas opuestas, embarricaban los caminos públicos, é interceptaban enteramente las comunicaciones de un cuartel con otro. Paris llegada á ser ciudad de guerra, y rodeada por todas partes de patrullas desca-

misadas, armadas de cuchillos y picas. presentaba un horrible aspecto. El terror estaba pintado en todos los semblantes: un profundo silencio, interrumpido convulsivamente por aullidos feroces, estendia á lo lejos el estupor; un repique fúnebre de campanas se mezclaba por intervalos con los salvajes gritos del pueblo. Las prostitutas de *Champ-Fleury*, embriagadas como las bacantes de *Tracia*, distribuian vino á los truanes y les profetizaban la victoria. Los muchachos de la universidad, los estudiantes y retóricos guiaban las falanges rebeldes; y de esta multitud de doctores imberbes, al través del desórden y la sangre, salia el acostumbrado grito de libertad; eterno santo y seña de los delitos.

Los regidores, los cuarteleros, los notarios, las sociedades de Paris, y cuantos magistrados distinguidos habia en la ciudad, no se atrevian á resistir las desmesuradas olas de la rebelion. Los unos

se retiraban, dejando el campo libre á la anarquía; los otros se mezclaban á los rebeldes, procuraban dar una direccion menos atroz y menos loca á su deplorable energía: Desmarests era de este número.

Las dos campanas de alarma de Nuestra Señora no cesaban de resonar sobre la vieja ciudad, donde fermentaba el populacho, compuesto entonces de soldados y de monges de malandrines y rateros, de escolares y peregrinos, de usureros y judíos, de taberneros y alcahuetes. Un inconcebible espíritu de revuelta habia desordenado la capital; el movimiento y la resistencia ofrecian igual razon. Aquí el valor era estúpido por la violencia; allá la prudencia era absurda á fuerza de moderacion. Ay de mí! las revoluciones en todas épocas generalmente son abismos donde se sume á la vez la ignorancia y sabiduría, el valor y la cobardía, los delitos y virtudes. To-

do se descompone y pierde. Cuanto ellas tocan lo conmueven; lo que abrazan lo ahogan; su vida es la muerte social.

Riperto por la segunda vez desde su regreso de Italia se encuentra en medio de las bacanales de la insurreccion parisiense; es todavía el mismo cuadro, las mismas escenas, pero la Verdulera no está allí.

Está en el puente de Chatelet; y pasando á la calle de Touare, le ha escapado un suspiro. Allí estaba el carro de Aubriot. Ved ahí el lugar donde con todo el brillo de la juventud y hermosura, Elisa se ofreció á sus ojos! Entonces, gozosa y triunfante, ella salvó al gran Preboste. Ay de mí! donde está la jóven en el dia?.. El amor ha hecho presa en su alma en medio de los triunfos y adoraciones..... y la ha despedazado! Ella ha amado.... se acabó su reinado, su gloria.

Qué recuerdos los de esta muger!....

Oh! por causa de Riperto se habia ella arrojado al camino del abismo!. Volverá á encontrar el camino de los cielos? Savoisy es quien la ha perdido! el ingrato, sin compasion por ella, ha visto con enjutos ojos su martirio. Ah!. si no hubiese mediado la distancia social; qué esposa hubiera encontrado en ella! cuanto amor! cuantas delicias en su union íntima! La vida de entrambos se habria concentrado en un solo aliento; sus almas no habrian formado mas que una. Vanos pesares! se acabó ya! el mundo tiene inflexibles barreras. Riperto ya nada tiene que ver con Elisa, ni esta con él: ya no son el nacimiento y la fortuna los únicos obstáculos que los separan. Ademas de la fatal celebridad de la Verdulera que la destierra de las clases superiores existe, la obligacion solemne que une á Riperto con Inés: el leal heredero de los paladines no puede olvidar sus deberes. No, Elisa no puede pertenecer á Riperto; si

los abrasa un ardor mutuo; desgraciados de ellos! Si no pueden vivir sin estar juntos ¿qué puede ofrecerles el presente ni el porvenir? nada, absolutamente nada en ningun punto: entre los dos existe un imposible: dó quier un hielo, un vacío, un *nada* para siempre, en la tumba y en la eternidad.

Riperto ha atravesado el Sena. De improviso, ¿podrá creer lo que mira? hácia él viene un triunfador. Gran Dios! qué pompa! qué comitiva! Esta vez no es una victima arrastrada por los verdugos al suplicio; es una especie de César guiado al capitolio por el entusiasmo público. El héroe moderno va montado en un caballo cubierto de oro y púrpura, le rodea una guardia de honor; se echan palmas á sus pies, y se celebra con himnos su gloria. Carlo-Magno, vencedor del mundo y consagrado por el Sumo Pontífice, recibió menos aclamaciones. Cual es pues este objeto de adoracion general, delan-

te el cual se doblan las rodillas y hacía el cual vuelan los corazones? Es el monstruo de los pasados tiempos, el constructor de la Bastilla, el desprecio de París, el gran preboste: Hugo Aubriot.

Una sonrisa de admiración é ironía ha corrido por los labios de Riperto. Esta apoteosis de Aubriot, no menos estravagante que su condena, traspasaba los límites de lo absurdo. Había oído antes por las mismas calles los furibundos gritos y los insultos feroces con que insultaban al cautivo preboste!... y ahora escuchaba las estrepitosas alabanzas y sumisiones con que festejaban al preboste libre!... Como! los mismos hombres? los mismos! Mirando con compasión á la plebe, con aquel insuperable desprecio que se siente en tales casos, Savoisy vuelve la cabeza! Qué pueblo y qué tiempo! decía él. Ah! si hubiese podido leer en lo venidero!...

Riperto dirigia sus pasos hácia la habi-

tación del abogado general Desmarets: llega allá no sin harto trabajo. Nicolás Flamand sabía.

El padre de Inés al ver á Savoisy, solo ha demostrado alegría: nada hay que pruebe embarazo en su semblante; se adelanta á su encuentro con su flema habitual, y tendiendo la mano al jóven:

— Vos aquí! dice el magistrado: vos aquí! Dios sea loado!

— Yo no os dirigiré las mismas palabras. responde con frialdad Savoisy. No es aquí donde os hubiera querido encontrar en este momento. Nadie dirá por ello: Dios sea loado!

— Es posible! Riperto. Con todo, si yo hubiese estado en otra parte, cuantas desgracias se tendrían que llorar! El camino por donde voy es escabroso, lo sé, no importa! yo lo he adoptado; es preciso llegar al término.

— Y el término cual será?... el caldoso.

—Muy bien puede ser: pero mi conciencia no me echa nada en cara; mis intenciones han sido puras, y si la tierra me condena, el cielo me absolverá.

—Para quien ha creado el Arbitro supremo los abismos? para el primer genio de las revueltas: muchos secuaces tiene este.

—Savoisy! que amargo lenguaje! soy yo tal vez el gefe de la insurreccion que he hecho tomar al pueblo las armas? Son tal vez mis rigores los que han sublevado la capital? Es acaso mi voz la que ha dado el grito de *libertad!*... Ah! solo he vuelto á este recinto, del que me habia ausentado de orden del Rey, para obstruir el paso á las pasiones incendiarias que amenazaban devorarlo todo. ¿Ignorais Riperto, que sin mí solo seria Paris un monton de ruinas, que ya no existirian sus palacios y sus fuertes, que el Sena no trasportaria mas que cadáveres, y que reinaria en la capital la muerte? Si uno

debe ser condenado por el mal que ha impedido... aquí estoy: fulminad el anatema.

—Desmaret! no me incumbe sondear vuestras intenciones ni combatir vuestros sistemas. Solo veo un hecho; el pueblo rebelde triunfa, tiene un apoyo... y este sois vos!

—Raciocináis muy mal: un torrente devastador se precipitaba contra la capital: todo parecia sin un dique... se ha interpuesto uno, y este soy yo.

—Pues bien, continuad vuestra obra. No permitais que las puertas de Paris se cierren al Rey de Francia. Desarmad esas horribles cohortes que anhelan la guerra y la carnicería: salvad al pais de esos sanguinarios libertadores: salvad á Paris! salvad la Francia!

—Es lo único que anhelo, Savoisy. Pero si Paris abre sus puertas, puede esperar del Monarca un noble y generoso perdon?

- Yo no os lo puedo afirmar.
- Donde está el Regente?
- Cerca del Rey.
- Al frente de sus consejeros?
- Mandando como acostumbra.
- En este caso, Riperto, no habrá misericordia que esperar. Vuelto á entrar Cárlos VI en Paris, no se perdonará á nadie.
- Pero el Regente no es el Rey. El no tiene todo el poder.
- Se sabe el estado del Monarca. Ya no tiene juicio.
- Solo lo pierde por instantes; se ha exagerado su mal. Creedme, Desmarets! el corazon del Monarca es compasivo: poned la capital á sus pies, y no ejercerá ninguna venganza.
- El! ya lo creo. Pero el Regente?
- Enviad un parlamentario!...
- Si se os escogiese, iriais vos?
- Estoy en desgracia con la corte; y además, aunque me encargase de se-

- mejante mision qué debería decir?
- Que si el Rey me quiere autorizar á que prometa en su nombre á la gran ciudad el perdon general de sus faltas y el entero olvido de lo pasado, yo desarmaré á los rebeldes.
- Y no habrá mas combates?
- Y la sangre dejará de correr.
- Yo marcharé esta tarde, Desmarets; haré una tentativa... pero no tengo ninguna influencia. Temo... no importa! lo probaré.
- Riperto iba á salir: Ambrosio entra; Ambrosio sabe toda la conversacion que acaban de tener, detiene á su discípulo, y sus facciones están abatidas.
- « Desmarets! dijo el santo anciano, la noticia de la llegada de Cárlos VI á algunas leguas de Paris acaba de ser proclamada á son de trompeta. Se grita por todas partes: á las armas! Los desalmados se entregan de nuevo sin temor á sus furores desordenados. La ciudad es vícti-

ma del pillaje. Se ha desencadenado á los tigres: quien les volverá á poner el yugo?

— Yo! responde con energía el abogado general.

El Abad ha sacudido la cabeza.

— Vos!... id, id á hablar á los rebeldes, y se abrirán al fin vuestros ojos. Desmárets! habeis creído que el genio del bien podía hacerse fraternizar con los genios del mal para fundir por decirlo así la especie humana y crear un mundo nuevo: pero necesitabais una lección, y lección severa y terrible. Las ilusiones de un corazón generoso van á desvanecerse al impulso del viento del frenesí popular: os creéis el faro del puerto, y solo sois el rayo del naufragio.

— Parto, dice Savoisy al sacerdote, esta misma noche iré al acampamento real.

— Está cerrado para tí, dice el ministro del cielo; ¿crees, Riperto, que

un Príncipe victorioso á la cabeza de un poderoso ejército consentirá en tal coyuntura á dar tímido oído á las transacciones de la rebelión, que solo le parecerán dictadas por el miedo? No; querrá un ejemplar; se negará á hacer concesiones á la deslealtad. Hubiera desoido las amenazas, y se doblará á la bajeza?

Segun esto, ni pacto ni perdon! repone el abogado general; primero *triunfo*, y despues *venganza*. Ambrosio! presumo que serán estos los consejos de Luis de Anjou... medítelo empero antes el Rey!... ¿quiere el saqueo de Paris?

— Quiera el cielo, responde el Abad, que no suceda tal cosa!... Riperto, yo apruebo tus deseos de abogar por la causa de la humanidad; però tú no estás en el caso de salir con bien de la mision de que te encargas: el Rey por ahora te desprecia.

— Sí, pero antes me amaba. Se me ha asegurado que desde mi marcha á Paris

ha recobrado su juicio enteramente. Si es así y me dejan llegar hasta él, podré volver á hallar su corazón.

—Introducido cerca del Monarca, en nombre de quien hablarás? quien te habrá dado sus poderes?

—Desmarets.

—Se acabó su dominio. ¿ Con qué derecho se pondrá como á mediador entre los facciosos y el trono? quien le habrá autorizado? los truanes tienen otro idolo, Paris ha mudado de ideas, ahora es Aubriot quien gobierna.

—Aubriot! grita Desmarets; y como! el hombre de la Bastilla!... aquel á quien la capital no ha mucho proclamaba el enemigo de las franquicias públicas, la execración de los jóvenes de la universidad, el ejecutor de la tiranía!

—El mismo, replica Ambrosio; la opinion se ha mejorado para con él. Hugo Aubriot, sacado de las cárceles donde le habia arrojado el pueblo, ha aparecido

bajo otro aspecto enteramente nuevo en este dia al mismo pueblo. No es ya un miserable agente, apoyo del despotismo; es un grande hombre despreciado, de quien el trono queria la pérdida; ya no es mas el favorito de la nobleza, es el amigo de la libertad. Viva el preboste de Paris! es en el dia el grito universal: quiza esta tarde para complacerle gritarán: viva la Bastilla!

—Y mañana, interrumpe Riperto; mañana, quien sabe si: viva el Rey!

—Mañana, seria harto pronto, repone el Abad con ironía: ved aquí á Desmarets destronado, y coronado al instante á Aubriot. Paciencia! mas tarde veremos.

El abogado general no parece desconcertado ni sorprendido; sus palabras son frias.

Qué se ha hecho Nicolás Flaman? qué partido ha adoptado?

—Va con el pueblo, clama igualmente viva Aubriot.

—Quien? él! ha gritado Savoisy, el que le arrastraba al suplicio!... el que le queria asesinar!

—Un motivo mas, responde Ambrosio, en punto á pasiones, los extremos van atados; el actual entusiasmo de Nicolás por Aubriot es á proporcion de su pasada furia; y además, en estos cambios de pensamientos, en esta sucesion de ídolos, en esta serie de oblaciones, espera que le llegue su turno; y porqué no? la cosa es posible, despues de Desmaretz, Aubriot; despues de Aubriot, Nicolás. El viento muda y el trono pasa.

—Y despues la caída.

—Y despues el cadalso.

—Empalidece el abogado general; alguna agitacion se ha manifestado en sus facciones, y su voz en fin se ha conmovido.

—Ya no se habla de Elisa, repone él; Ambrosio! donde está?

—Se ignora; parece cierto á lo menos,

segun voces acreditadas, que despues de los acontecimientos de Ruan, un profundo dolor se apoderó de ella; se asegura que entregada al arrepentimiento, y toda entera á una ardorosa pasion, que devora en secreto su vida, se ha retirado á un claustro. Pero en cual? no lo he podido saber. Se cree ha muerto para su partido.»

Riperto ha puesto su mano en los ojos; busca como ocultar su agonía.

«Savoisy! repone Desmaretz, jamás he participado de la indignacion exagerada de los Parisienses contra Aubriot, por el contrario me he conolido; conozco al preboste de Paris y aprecio su noble carácter así como he clamado contra una de sus doctrinas. El y yo ya nos entenderemos. Si él manda al populacho, le dirigirá hácia el bien; su poder reemplazando el mio, no hará nada funesto. Querrá la paz como yo, y mi opinion será la suya. Marchad pues al campo del

Rey, esponed á Carlos VI y á sus consejeros los peligros de un combate esterminador, donde se podrian aventurar la suerte del reino y la existencia de Paris; abogad con calor por la humanidad; volved con una promesa de perdon; y el regreso del Soberano en la capital, en vez de ser una catástrofe pública, será un triunfo nacional.»

Riperto ha apretado la mano del abogado general entre las suyas.

«Os obedezco, responde. Si el mal verdaderamente solo existe en la intencion, no tendrá que reprehenderos vuestras acciones, pero no se leerá en vuestra alma; y lo confieso, tiemblo por vos.

—Savoisy, replica Ambrosio, tu mision es muy importante para quedar confiada á ti solo. Tienes numerosos enemigos; podria acontecerte alguna desgracia. Yo te seguiré.

—Quien? vos, padre mio?

—Me siento con ánimo. Parte adelante

sin mí. Tengo algunas órdenes que dar al monasterio de San Victor. Me juntaré contigo en el acampamento real, y uniremos nuestros esfuerzos.

—Digno representante del Señor! replica Desmarets enternecido, ¡id! salvad á Paris; si es posible. No imploreis el perdon por mí. He servido á cuatro monarcas (1); estoy á la orilla del sepulcro. Qué importan al fin de la carrera un dia ó dos de mas ó de menos! qué importa que mate al justo una calentura ó una hacha! Frecuentemente en el fondo de un palacio el alma distraida y menos recogida se prepara mal para la muerte; y para llegar mas pronto al Señor, se sube mejor desde el fondo de un calabozo. Hijo mio! una sola súplica!... si la suerte me es fatal, os encomiendo mi hija.

—Acepto este sagrado depósito, dijo

---

(1) Felipe de Valois, el rey Juan, Carlos V, y Carlos VI.

Savoisy con tono solemne. Mi padre desde los cielos une sus órdenes á las vuestras. Yo no me atreveré á aseguraros por Inés una felicidad completa, porque la dicha es una especie de revolucion en la tierra contra el orden universal; pero á lo menos sabré preservarla de todo peligro; y en tanto que mi mano pueda sostener la espada, mi vida responde de la suya.



## Capítulo XXII.

RIPERTO ha atravesado las calles de Paris. Oh! cuantas veces ha apartado su vista con disgusto de las escenas revolucionarias que sucedian delante de él? cuantas veces al oír los gritos de la plebe ha creído tener que sacar su espada!... Pero un gesto, una sonrisa, una palabra, puede ser interpretada por la muchedumbre... y la muerte espiaría la imprudencia. Savoisy pasa frio y silencioso en medio del torbellino de las revueltas, no escita ninguna atencion, vedle pronto fuera de la ciudad.

Con todo alguien le seguia... una voz furiosa le llama. Nicolás Flamand viene

hacia él é intenta detener sus pasos.

— Señor Conde! una pregunta. Volveis al acampamento Real?

— Pretendeis poner algun obstáculo?

— Muy bien podria: pero no me mueve esto.

— Porqué pues deteneis mis pasos?

— Para daros un consejo saludable.

— Vos!... mirais por mi salud! dice Savoisy con mofa. Mil gracias! contaba poco con ello.

— Porqué desconfiais tanto de mí?

— Vuestra enemistad me es conocida. Si me hubieseis cogido en Ruan, mi sangre hubiera enrojecido vuestra daga.

— Es verdad. Vos erais pues el falso monge?

— Sí.

— Ya lo habia presentido.

— Un asesinato de menos! Qué lástima!

— Tengo aqui todavía mi puñal. Si me conviniese mataros, quien me impe-

diria herir? quien detendria mi brazo?

— Tengo una espada.

— Yo tengo veinte mil.

— Así pues, solo, y lejos de los míos, puedo caer aquí á vuestros golpes?

— Sí, señor Conde: nada lo impide.

— Y vuestros asesinos donde están?

— A cuatro pasos.

— Llamadlos.

— No: á pesar de vuestra obstinacion ningun acero os herirá.

— Me admirais.

— Así debe ser.

— Quien os induce á hacerme esta gracia?

— Se me ha impuesto esta ley.

— Como! vos reconocéis un dueño?

— Tiemblo de rabia, señor. Sí: es un soberano poder, al que obedezco á ciegas, bajo el cual combato en vano, que me prohíbe lo que me lisonjea y me manda lo que me indigna, que me arroja de lo que amo y me envia á quien aborrezco,

y al que finalmente maldigo y adoro. La nombraré?... Elisa.

— Cielos! de sorpresa en sorpresa! y vos venis á mí?...

— De orden suya.

— Está cerca de vos?... en Paris?

— Cerca de mí! No ciertamente, señor. Está entre santas mugeres; al convento del cercado de Chardonnnet. Allí, entregada del todo á cuidados caritativos, vive pesarosa y triste. Oh! ya no es la bella Verdulera de brillante rostro y ojos inspirados: llama obscurecida, pálida, anublada, se va estinguendo entre las sombras....

Riperto ástustado le interrumpe.

— Como!... Elisa se muere?...

— Ella ha muerto ya para nosotros. Y el motivo? muchos lo ignoran. Y quien la ha muerto?... yo lo sé, yo.

— Quien? decidlo!

— Guardaos de oirlo; esto me podria quitar á mí el juicio... y á vos quizá po-

dria sin duda costaros la vida.

— Las resoluciones de Elisa...

— Son irrevocables, señor.

— Vos las sabeis?

— Vedlas aquí: no queriendo ser mi muger, y no pudiéndolo ser vuestra, ha renunciado á todo y á todos.

— Ha pronunciado ya sus votos?

— Todavía no.

— Podria verla?

— No.

— Mi vista le seria penosa?

— Vos sabeis muy bien lo contrario.

Y al pronunciar estas palabras, los dientes del gefe de los descamisados rechinaban de rabia á pesar suyo.

— Basta ya de esto, repone: basta, ó no respondo mas de mí mismo. Juzgad del imperio que tiene esta muger sobre mi espiritu y corazon: ella os ama y yo os perdono! os aborrezco, y hablamos juntos! Yo tengo una daga y vos vivís!

La mirada de Nicolás Flamand cente-

lleaba desde el fondo de su órbita: sus labios estaban espumeantes de furor, y su mano cogia el puño de su espada.

— Sois vos, prosigue con voz ardiente y hueca, sois vos quien habeis muerto á esta muger... esta muger tan bella! tan pura!... y no poder herir al verdugo! Vos amais á otra, vos... Una dama de alto linaje... Oh! por lo demas, esto es en parte lo que os libra de mi puñal; porque si la hubieseis correspondido!... Pero dejemos estas cosas, señor Conde. Lo creeréis? ella me ha dicho hoy mismo: *En el acampamento real se ha jurado su muerte: corred á avisárselo! salvadle!* era de vos de quien hablaba. Yo me ahogaba de odio y de rabia, pero mandando ella, cedo. He respondido: Iré. Aquí me tenéis. Me habeis debido entender. Adios.

Y el gefe truan se alejaba.

— Nicolás! repone Savoisy: vos podeis pues llegar hasta ella?...  
— Yo lo he podido en el dia de hoy...

pero fué por vos; la puerta está cerrada. Pero mi obediencia en cumplir una odiosa mision quizá ablandará su alma. Tanta obediencia y sacrificios por mi parte!... tanta ingratitud por la vuestra!... Ah! quien sabe? todavía queda que ver... Cada accion tendrá su galardón.

— Una palabra todavía!... dice el Conde: como sabe ella mis peligros?

— Y qué me importa! responde bruscamente el rebelde. Ha sabido vuestra llegada aquí; la han avisado de que se habia dado orden de prenderos en el campo de Carlos VI; y os ha querido impedir el regreso á él. Pero de qué modo está tan bien instruida de cuanto os pertenece? Ah! esto es que desde que solo abrigo en su corazon un pensamiento, es tan sabia y tan fuerte!... Ay de mí! porque siendo hija del pueblo ha fijado su cariño entre los nobles?... Oh! si esta muger me hubiese amado!... á mí, que podia poner á sus plantas tanto amor,

valor y audacia!... Cuanta dicha y poderío! qué es lo que no hubiéramos alcanzado!... Pero no, lisonjeada, marchita, étela aquí que cae y perece!... gloria, amor, hermosura todo huye! tan brillante denantes!... Y quien tiene la culpa de esto? vos, vos solo! Maldición infernal!... que no pueda yo derramar vuestra sangre!

— Orden de arrestarme en el campo! repetía el caballero.

— Solo piensa en el mismo! murmura con desden el truan; en él mismo! cuando yo solo hablo de ella!... Oh! aunque le hiriese con mi daga no acertaría al corazon, pues no le tiene: miserable!

Su pecho latía ferozmente; su boca espumeaba, su sonrisa era homicida.

Savoisy se le acerca.

— Te engañas, dice el caballero con tono amargo y doloroso; no es conmigo en quien pienso: ya he vivido bastante. Te doy gracias por el aviso de que la pri-

sion y la muerte quizá me aguardan en el ejército del Rey; me voy allá todavía mas aprisa. Tú, vuelve á Elisa!... y dile.. pero no, no digas nada, Ah! si, si... una sola palabra: Adios.

— La espresion es concisa pero tierna; será acaso una palabra de amor?

— Quizá.

— El asesino se ha trasmudado.

— Ah! no me precipiteis. Si engañado sobre vuestros sentimientos... Pero no, tengo pruebas contrarias; os atreveriais á repetirlo! una palabra de amor, de vos, y para ella?

— Te atreverias á decirselo á ella?

— Si era la última entre vosotros!...

— Lo espero.

— Se le dirá.

Pocas horas despues, Riperto salido de Paris, solo, y sin obstáculo, columbró de lejos el estandarte de sus hermanos de armas. Muchos guerreros le han divisado. Uno de ellos le detiene.

- De orden del Rey, vuestra espada!  
 — Vedla aquí.  
 — Seguidnos, señor.  
 — A qué lugar?  
 — A las cárceles mas cercanas.  
 — De qué delito se me acusa?  
 — De haber atentado á la vida del Rey,  
 de inteligencia con los bandidos, de ma-  
 gia y de traicion. »



## Capítulo XXIII.

REPENTE de Savoisy sepultado en profundo calabozo, pedia en vano que le oyesen y juzgasen: ninguna respuesta se daba á sus vivas instancias. Abandonado de todos, no oia hablar de Ambrosio ni de ningun amigo, nadie le visitaba, en vano deseaba dar á conocer al rey el objeto de su mision: los carceleros que no le perdian de vista, se habian negado á transmitir sus palabras y á comunicar sus cartas.

Transcurrían sin embargo las horas rápidamente. Qué se habia hecho el Abad de San Víctor? Sin duda el Monarca y el ejército estaban en marcha para Paris:

los acontecimientos iban sucediéndose sin duda. El caballero cautivo oía con ansiedad los menores rumores, inquiría noticias; pero nada, absolutamente nada, y quedaba sumergido en la mas completa ignorancia. Había llegado Ambrosio al acampamento real? Le habían permitido acercarse al Rey? Habían principiado ya los combates? Triunfaban tal vez los rebeldes? Carlos VI, vencedor implacable, ordenaba acaso el saqueo de la capital? Qué dudas tan funestas!... qué pensamientos de fuego!...

Las acusaciones que pesaban sobre su cabeza eran harto inverosímiles para parecerle temibles: apenas pensaba en ello: á mengua hubiera tenido preparar para su defensa un plan de justificación. Riperto sentia tranquila su conciencia, y esperaba los acontecimientos sin sobresalto.

Además, mirando con tedió la vida y fatigado de su destino, se parecia Riperto

á la hoja abatida por el viento del desierto; vagaba de pesar en pesar sin ánimo da resistir á la tormenta. A vista de su indiferencia se dirá que se complace en recorrer la atmósfera de las borrascas. El tiempo, infatigable consolador de los pesares, era solo para él un punto negro en medio de un horizonte pálido. Sentia aquel desaliento junto al cual transcurren las horas tristes y monótonas como los movimientos de la fúnebre cuna donde se adormece á un niño moribundo. En materia de ambicion nada hacia eco en su vida; en materia de sentimiento solo un nombre tenia prestigio para él. Ah! este nombre grabado en su corazon, y semejante á un hierro agudo que da contra una piedra, forma en ella un hueco y se despunta: este nombre era Elisa.

Durante muchos años se habia persuadido Riperto que no encontraría una verdadera amante. Ay de mi! y tres mugeres

le amaban... qué ha hecho Savois y de su amor?

Ah! cuantas veces antes de conocer cuales serian las que el destino uniria á sus sentimientos habia sentido su corazón lanzarse hácia una felicidad sin forma y sin nombre que en los dias de la primavera de la existencia no es mas que una creacion aérea: amante fantástico y engañador á la que uno llama y no responde, á la que uno cree ser la gloria y otras veces el amor, á la que pensamos alcanzar y se nos huye... siempre huye, sino tal vez en el cielo!

Riperto, vuelto en sí de sus ilusiones, meditaba á sangre fria. Ya no mas ilusiones ni esperanzas. Cruzando sus manos sobre el pecho, tan frio como el mármol, conocia que las horas de su cautiverio llevaban impreso el sello de los años. Oh fatalidad del hado! Riperto era el ídolo de tres mugeres: cada una le habria podido hacer dichoso, y Riperto

habia de ellas. Tres amantes, tres desesperaciones.

Tan pronto invocaba en su imaginacion la seductora aparicion de Elisa; la veia flotar delante de él, vaga, aérea y suave; sus formas se le presentaban brillantes como los primeros rayos del sol naciente; pero una idea desvanece el prisma: ni amor puro, ni amor constante; y la vision perdía su magia.

Tan pronto llamaba á Inés. Oh! esta imágen casta y pura, cuanto prestigio y gracia tenia! Donde encontrar mas dulce compañera!.... Qué es lo que nos hace felices en la tierra? Es la alegría en el camino recto, el interés en medio del sosiego; y bien! esta dicha sin contratiempo, Inés la prometia á Riperto. Los frenéticos goces de una exaltada pasion, no se hallarán sin duda cerca de Inés, pero en alas de este ángel, se podria dirigir á los cielos, purificado, apacible, bendito: la virtud como un ramo de oro

que destierra el maleficio, y allanando en torno de ella la vida, atraería sin duda la prosperidad: sí, pero Inés no es amada.

Eloina! Inés! nombres poderosos! separadamente tenía cada uno un encanto irresistible; pero cuando brillaba á su lado la brillante y poética figura de la Verdulera, bella como Eloina y casta como Inés, de esa divinidad fiera y adicta, acre y tierna, salvaje y candorosa, de ese retoño de los tiempos antiguos, de esa hija de Osian de negros cabellos, circuida de albores y errante en medio de las tempestades... oh! como se borraban rápidamente las demas imágenes! todo pierde la ilusión á su lado. Pero ay de mí! sus mismos prestigios, su nombre, su fama y brillo, todo se levantaba entre los dos al modo de un puñal y de una barrera insuperable.

Riperto parece que registra su corazón; ya no puede disimularselo: Elisa reina en

él. Sin embargo, debe casarse con Inés. Qué camino seguirá! solo piensa en la Verdulera... la ve delante de sí, pálida moribunda: es la amiga de su infancia! Tiene ya un pie en la tumba, y el amor la ha muerto! Ah! se repetía el Conde, como sabía amar esa muger! E inclinaba la cabeza sobre su pecho, recordaba las escenas de ternura que pasó con la Verdulera, y solo lograba un tránsito de un suplicio á otro. En vano procuraba conocer sus dolores para combatirlos, y analizarlos para vencerlos; no podía de ningún modo iluminar esos rayos de esperanza sin los cuales la juventud no es mas que una flor sin olor.

Ya no piensa en Eloina: será la esposa de un duque, la cortesana de un rey; pronto la habrá olvidado. Quien sabe si esa muger ambiciosa de gloria y de triunfos habrá contribuido, aunque involuntariamente, á su pérdida conservándole imprudentes recuerdos ante los emisarios del

trono! quien sabe si sus enemigos habrán atizado los zelos en el corazon de Carlos, zelos que esplicarian la imprevista irritacion del Principe y el cautiverio prolongado del Conde! Ah! á pesar de esto el heredero de Felipe Augusto está dotado de demasiadas virtudes para sacrificar á una intriga de amor uno de sus mas leales guerreros. Ay! qué se hizo aquel tiempo dichoso en que Savoisy, libre de pesares corria alegre los senderos de la vida con el corazon abierto? Su orgullo juvenil le decia entonces que las desgracias, los obstáculos, las tempestades y los peligros podian servir de pedestal á su valor para engrandecerle é ilustrarle. Qué horrible desengaño!... Riperto no sueña ya en la gloria ni el amor; solo ve delante de sí sombrías nubes, un frio calabozo. Ya no tiene amigos ni protectores. Tal vez va á degradarle una sentencia, puesto que la inocencia de nada sirve cuando el poder la quiere culpable. Riperto

to se mira perdido para el mundo; pero ha despreciado sobradamente la fortuna para humillarse á sus golpes. Se arma de un desdeñoso desprecio contra las desgracias que le abruman; y su dolor se muestra risueño delante de sus carceleros.

Han transcurrido algunos dias desde su arresto. Mugen con violencia los vientos contra las murallas de su morada; cae á torrentes la lluvia, y horribles inundaciones devastan las orillas del Sena. De repente oye el cautivo dirigirse alguien á su prision con precipitados pasos. Será un amigo que Dios le envia? ¿no puede ser otro que Ambrosio!... Oh! si: es el ministro del cielo.

«Savoisy! tus hierros están rotos. El prisionero reconocido se ha arrojado á los brazos del sacerdote! pero no manifiesta ninguna alegría por verse libre; solo se ha sonreido; y el santo anciano prosigue:

«Habiéndose estorbado por imperiosas

circunstancias mi marcha al campamento Real, no he podido salvarte más pronto. Instruido de las horribles acusaciones de que eras víctima, he llegado hasta el Rey. A la verdad rara vez falta elocuencia para salvar un amigo cuando esta se necesita. La Providencia ha hecho asomar á mis labios alguna de estas felices inspiraciones que llegan al corazón de los monarcas. Carlos VI, gracias á los ruegos de la iglesia, y como tú lo deseabas, ha recobrado efectivamente en muy poco tiempo sus fuerzas y razón. El pasajero amor que se le ha inspirado, con razón ó sin ella, no hubiera podido influir en nada en su justicia. Los viles zelos son indignos de un grande corazón: el suyo, me ha escuchado y entendido; se te ha vuelto la libertad; llevo la orden firmada. Ahora sígueme, apresurémonos. Hay otras víctimas que socorrer. Ven! necesitaré tu ayuda.

—Y vuestra misión, padre mio?

—No se ha llevado á cabo: grandes acontecimientos han tenido lugar; se han sucedido tan rápidamente, que ni tiempo he tenido para empezar las negociaciones proyectadas. Antes que yo pudiese ver al Rey, los veinte mil soldados ciudadanos acampados en el llano de Saint-Denis habian rendido las armas sin condicion. Los primeros adelantos del Soberano no han encontrado ninguna resistencia. La mayor parte de los gefes de la rebelion habian huido; y la capital temblando se rinde á discrecion.

—De esta suerte, ni combates, ni tratados?

—Ni concesiones.

—A las mil maravillas! Las venganzas del campo Real habrán tenido libre campo, y el odio no conocerá diques. Por lo demas, yo he reflexionado: una transaccion política entre el poder y la revolucion es casi siempre una tonteria que se acaba con un perjurio, una locura que

acaba con una violencia. Los verdugos van á tener que hacer mucho. Qué se ha hecho Hugo Aubriot?

—Aubriot en el mismo dia de su libertad, y en seguida de su paseo triunfal por Paris, se ha ido al campo de Carlos VI, ha pedido perdon de la vergonzosa parodia en la que se vió precisado á ser actor; y retirándose para siempre de los negocios públicos, ha obtenido del Rey la autorizacion de ir á acabar pacificamente sus dias en lejana soledad (1). Pero dejemos esta triste morada; te llaman en otra parte, Savoisy; te necesitan.

—Quien, pues? mi apoyo no será dañoso? Me estaria bien en el dia, soldado débil y caído, erigirme en gefe y sostén! No quiero figurar mas en este suelo sino como á testigo; y todavía ni eso sé, padre mio; segun corra el tiempo.

—Ripertó, qué turbacion estravia tus

(1) Es histórico.

sentidos y hace desnudar tu rostro?

—Tengo todo mi juicio, Ambrosio. Pero obligado, por los engaños de la vida, á separarme violentamente de los hombres y de las cosas, he pensado hacer voto de renunciar al mundo: viviré libre con todo, sin convento. sin hábitos. Pero como las víctimas dedicadas á eterna soledad, me enclaustraré en mi mismo: tengo este derecho; igualmente tendré la fuerza para llevar á cabo el designio.

—Qué exageracion! Savoisy. El sumo dolor lleva siempre á lo sumo el lenguaje; pero el corazon de un valiente es como la bóveda de los cielos: se podrá obscurecer con densas nubes, pero el velo negro ó se pasa ó se rompe, y tarde ó temprano despues de la tempestad, aparece el azul del firmamento.

—Padre mio, donde está ahora el Rey?

—Debe de estar en el palacio de San Pablo.

—Como! ya dentro de París?

—Sin duda y al frente de los suyos. Muchos diputados de la vencida facción se presentaron á las puertas de la ciudad para pedirle perdón, rehusó oírles y pasó sin escucharlos. Ningun desórden ha tenido lugar (1).

—Y los soldados de la revolucion?

—Se han desarmado cien mil (2).

—Cuales son las víctimas que merecáis socorrer? Hay algunos condenados á muerte?

—Se nombran bastantes.

—Cuales?

—Primero el amigo de vuestra familia, el que salvó á vuestro padre, el abo-

(1) Se distribuyó el ejército en cuarteles; los soldados no podían cometer la menor violencia bajo pena de muerte. Solo se castigó á dos individuos que dieron gritos sediciosos: se les colgó de dos ventanas.

(2) Véase Anquetil y demas historiadores.

gado general Desmarets es una de ellas.

«Recuerdo continuó el Abad con solemne lentitud, las palabras del conde de Savoisy en su lecho de muerte. Vos me las repetisteis en la abadía de San Victor: «Si la desgracia persigue algun dia á Juan Desmarets, sé su protector decidido: sacrificate por él si preciso fuere.»

Riperto, cuya frente estaba abatida, levanta bruscamente la cabeza con muestras de un vivo pesar, o de uno de esos agudos dolores, faltos de reflexion para conocer su misma intensidad. Esta orgullosa apatía, con la cual presumía poder ahogar los ardorosos sentimientos de la juventud; ese hielo con el que pensaba haberse formado un dique que le separase de sus contemporáneos; esas torres de raciocinios que se formaba á su placer para sepultar los sentimientos de su corazón; todo se ha desvanecido al oír las últimas palabras de su padre mo-

ribundo que han cambiado sus ideas.

«Partamos! esclama; es preciso salvar á Desmarets.

— Bien! jóven, responde el Abad; bien! reconozco á mi discípulo.

— Está preso Desmarets?

— Se halla en la Bastilla.

— Le han juzgado?

— Sí, hijo mio; y debe ser decapitado. Ya están levantando el cadalso.»

La palidez de la muerte cubre el semblante de Riperto, y se hinchan los nervios de su semblante como si quisiesen romperse.

«Padre mio, corramos á su auxilio! repone violentamente: guiad mis pasos, qué puedo yo hacer? Desgraciado Juan Desmarets!.. segun esto no tiene ya mas apoyo que en nosotros?... mas recurso que el nuestro?

— La universidad en peso iba á arrojarse á los pies del Rey para implorar su misericordia en favor del anciano magis-

trado: tal vez será atendida..... pero, bueno será buscar otros resortes. Riperto. el Principe te ama todavía: no tienen en su corazon entrada los odiosos zelos: he podido convencerme de ello y justificarte á sus ojos. Ve á encontrarle!..... háblale! suplicale! tiene buen corazon y un espíritu ilustrado: irémos juntos, Riperto.

— Pero el Regente?..

— Parte para Nápoles; ya solo piensa en su corona de Italia y en sus preparativos de conquista.

— Y si antes de nuestra audiencia un nuevo esceso de locura?

— Ah! Riperto!... no lo quiera el cielo.»

El jóven cauto sale apresuradamente de su calabozo: él es quien impele ahora al Abad. Su idea devoradora y fija es salvar á Desmarets.

Detiénese repentinamente, y se vuelve al sacerdote.

«Pero vos!... vos mismo... no odiabais en otro tiempo á Juan Desmaretz?»

— Jamás he odiado á nadie, repone el abad de Champeaux. Me opuse á las opiniones del abogado general cuando me pareció que queria sacrificar los intereses de la monarquía á las exigencias de la democracia; le predije su ruina y deploraba sus errores, mas no por esto dejaba de hacer justicia á sus talentos y á su integridad. Este anciano ha servido con celo á cuatro generaciones de reyes. Darle la muerte sin piedad seria un acto de barbarie que mancharia el reinado de Cárlos. Todo París clama por gracia.

Dos caballos ensillados están á la puerta de la cárcel: móntalos y se dirigen á Paris. Los caminos, anegados por la lluvia estaban apenas practicables; las llanuras parecian estanques. El Sena habia salido de madre, y la inundacion habia arrebatado las puertas de la ciudad.

«Padre mio, dice Savoisy con voz sor-

da despues de unos momentos de dudas; tengo constantemente un nombre en los labios y no acabo de pronunciarlo nunca: es un nombre que nada dice á vuestro corazon.

— Pero si al tnyo, comprendo: sin duda es el nombre de una muger: cual es?

— Elisa.

Mírale fijamente y con severo semblante el sacerdote.

«Como, pues! le dice; todavía domina Elisa en tu corazon?»

— Si, todavía y siempre.

Y Riperto ha pronunciado estas palabras con tono tan absoluto y decisivo, que deja admirado al sacerdote, sin que se atreva á pedirle una esplicacion, que seria intempestiva.

«Riperto! segun esto será forzoso defenderla, dice el ministro del cielo.

— Defenderla! repite Savoisy clavando en Ambrosio una terrible mirada;

defenderla, de quien, contra quien?...

— Cuando la rebelion triunfa, dice el sacerdote, entonces se llama gloria; pero cuando es vencida la llaman delito. El estandarte de la Verdulera ha sido humillado: la espada de las leyes podrá tener que ver con ella.

— Qué decís! no habia abandonado ya sus banderas? hoy dia el claustro es su morada.

— Lo presente no lava siempre las manchas de lo pasado.

— No estimais en nada el derecho de asilo? no se encuentra ella en una mansion sagrada?

— La venganza abre todas las puertas.

— Gran Dios! Sabeis acaso?

— Por ahora nada.

— Creeréis?..

— Tiemblo por ella. »

A estas fatales palabras no puede contenerse por mas tiempo Riperto.

«Una muger! una jóven entregada al

verdugo! Oh! seria una cobardia atroz, una infamia; no, no es posible; no podrá permitirlo el rey, ni consentirlo el Eterno. Vos, yo, todo Paris, nos echaríamos entre ella y el cadalso... qué digo! me engañé: vos habeis condenado á la Verdulera; vos leéis en el fondo de nuestros corazones.... y no tendréis piedad de ella.

— Hombre injusto! esclama Ambrosio.

— Ese sacerdote! murmura Savoisy: con qué frialdad ha clavado el puñal en mi corazon!.. como se burla de mi agonia! anciano, á quien llamaba yo mi padre!... vos no amais nada de lo que yo amo: vuestras simpatias no favorecen á las mias; vuestro interés por los desgraciados es solo una compasion venal. Para ser piadoso con frialdad vale mas ser bárbaro! Elisa, tan jóven y tan hermosa!.. Ah! no lo puedo ya ocultar! esa verdulera es hoy dia la poética ilusion de mi pecho, el sueño encantado de mis

noches ; sí , Elisa es la que amo. Acabais de arrancar ese secreto á mi corazón y él os confunde. Tanto mejor !... qué veo : una lágrima !... ah ! perdon ! tal vez os habré ofendido : pero en medio de tantas emociones la razón se pierde. Ay de mí ! cuando el mismo rey es demente , también puedo yo ser insensato : cual el monarca tal el súbdito. A todos igualmente nos alcanza el anatema. »

« A este incoherente lenguaje é inesperados transportes no ha podido contener sus lágrimas el abad de Champeaux. Riperto era para Ambrosio un hijo.

« Apresurémonos , repone Savoisy ; aprisa , aprisa , padre mio : es este el mejor camino ? es forzoso seguir el mas recto. el mas corto. Me perdonais ? Decidmelo : dominan en mí tanto las pasiones ! y vos sois tan sabio !... Oh ! mas aprisa , mas aprisa todavía... necesito aire , movimiento , rapidez , un espacio. Llegarémos á tiempo ? Yo tiemblo. Ay que la

venganza tiene alas ! y el amor las tiene mas cortas... Alas de sangre , padre mio ! ya será tarde , veréis como será tarde , y todos perecerán.

— De quien estás hablando ?

— De quien quereis que hable , sino de Desmarets , de Elisa ? por quien quereis que tiemble sino por ellos , solo por ellos ? Este implacable duque de Anjou ! aborrecimiento y venganza , ved aquí sus deseos y palabras... sempiternas ideas infernales... le está vedado amar. »

Riperto apretaba los ijares á su corcel , conociendo apenas la impetuosidad de su carrera. La sangre que al principio sufocaba su corazón , hervia ahora en su cabeza : latian con violencia sus arterias ; el estupor en que habian yacido sepultadas sus facultades intelectuales requeria ahora una especie de frenesí opuesto. Sobrecogido todo su sér de una especie de dilatación extrema , rompía en una fiebre ardorosa. Hervian en su seno pen-

samientos de fuego. El polvo que levantaba su caballo le parecía una inflamada nube que se deslizaba entre sus pies; los árboles del camino eran para él sombras vagantes que huían al acercarse su caballo: su boca despedía sonidos inarticulados.

Se había disipado la borrasca; el cielo se despejaba. Era el cielo de Paris con sus caprichosas nubes, su atmósfera variable, aquella mezcla de amarillo y de pálido, aquellos variantes de púrpura azul y las nubes de perla, aquel cielo elevado y rastrero, sombrío y risueño, frío y sofocante, turbulento y dulce; gracioso, móvil, inconstante: cielo enteramente francés.



## Capítulo XXIV.

RIPERTO ha entrado ya en Paris por la puerta de san Honorato. Una multitud inmensa llenaba las calles de la gran ciudad; una mezcla de terror y de curiosidad, de gozo y ansiedad, estaba pintada en todos los semblantes. Nobles, pecheros y truanes, iban de un cuartel al otro: los unos se daban con transporte el parabien del restablecimiento del orden y fin de las guerras civiles; los otros hablaban con inquietud de los castigos de que estaba amenazada la ciudad rebelde. Se hablaba de una orden del Rey para derribar las cuatro principales puertas de Paris, quitar para siempre las cade-

nas de las calles, para que en adelante el gobierno, dueño de este modo de la capital, pudiese hacer circular de día y noche sin obstáculo tanto por dentro como por fuera sus agentes y fuerza armada (1). Se afirma que una crecida contribucion de mas de 400,000 libras va á arruinar una multitud de ricas familias (2): se dice así mismo públicamente que el Rey va á abolir el empleo de preboste de los mercaderes y todo lo que daba á los parisienses el derecho ó pretension de gobernarse á sí mismos; se acababa de saber que los mas odiosos pechos, la gabela y todos los antiguos impuestos se habian restablecido con mas rigor que nunca (3). Estas novedades

(1) Oliverio Clisson fué quien hizo dar esta orden por el Rey á su entrada en Paris. Fué puesta en ejecucion.

(2) Muchos, dice Anquetil, perdieron la mitad de sus bienes.

(3) Todas estas rigurosas medidas tuvieron lugar. Es histórico.

asustaban, y con todo ninguna queja se dejaba oír. Resignado el pueblo humillaba la cabeza; la conciencia le decia en su interior: bien merecido lo tienes; entreveia, pero ay! de demasiado tarde! que una revolucion demagógica, sea la que fuere, solo es una desgracia pública: que aquellos que mueven á la revolucion hablando de libertad solo se sirven para su provecho de la credulidad, para precipitar en la esclavitud, levantándose á espensas del vulgo: y que en los cambios políticos, en medio de los cuales se baten los gefes de partido, es el pueblo, siempre el pueblo, quien tarde ó temprano paga por todos los males de la lucha.

Riperto y el abad de Champeaux se han apeado en las cercanías de la puerta de san Honorato: las oleadas de los peones les obligaron á ello. Entran en un meson para dejar sus caballos; y antes de continuar su camino por entre la muchedumbre, toman algunas noticias acer-

ca el prodigioso número de gente que pone obstáculo á sus pasos. Será acaso una nueva conmocion? se temerán nuevos desastres?

No, no es el ardor de una insurreccion la que ha sacado de sus hogares este enjambre de truanes; Paris está cansado de revueltas; es una necesidad de diferente emocion que los precipita en tumulto donde se ejecuta algun drama; á los parisienses les gustan los espectáculos.

Qué mortal terror ha venido á helar la sangre de Riperto y Ambrosio con lo que dice el populacho! la ejecucion de los condenados por causas políticas se ha apresurado inopinadamente. Este mismo dia, en frente del palacio de San Pablo, se decapita á los principales gefes de la rebelion; un pregonero público ha esparcido la voz pocas horas hace por todos los cuarteles de la ciudad; se ha proclamado el nombre de las víctimas, y á

su frente se encuentra Juan Desmarets.

Corre igualmente la voz de que, antes de ponerse el sol y á la hora de la ejecucion sangrienta, Cárlos VI tiene intencion de mostrarse brillante sobre un trono elevado en la escalinata de su palacio; y que allí dando audiencia pública, debe escuchar las peticiones de perdon, mostrarse á la vez justo y misericordioso, blando en castigar y pródigo en perdonar.

Estraño estravio de la opinion! Los parisienses lejos de indignarse por los castigos que se preparan, se burlan de los proyectos de clemencia. «Mueran los gefes que nos han engañado, esclaman rufianes y bandidos; estos eran los traidores á la nacion. Y el pueblo se pronuncia abiertamente contra toda idea de perdon: que necesita él? Sangre y fiestas. Sencillo y sumiso con la tiranía, es duro como el hierro con la bondad. La clemencia le parece miedo, y la modera-

cion locura. Animal inconsiderado, se abate á quien le azota, y á quien le acaricia muerde.

Oh! entre los rumores públicos, corre uno que horroriza el decirlo!... este es:

El duque de Anjou antes de su cercana marcha á Nápoles, temiendo sublevar los ánimos haciendo caer en público demasiadas cabezas debajo la hacha del verdugo, secretamente ha mandado á muchos asesinos asalariados que por la noche metiesen en sacos de cuero y arrojasen al Sena á todos los rebeldes de infima clase condenados ó proscritos.

Esta dolorosa noticia salió cierta.

El Abad de San Víctor y el conde de Savoisy han continuado su camino al través de las calles de la gran ciudad. Los dos guardan profundo silencio. Las almas animosas á la hora del peligro concentran secretamente en sí mismas todos los resortes de su fuerza y de su es-

píritu para triunfar durante la prueba.

El sacerdote guia al guerrero. Ambrosio, ilustrado por una larga esperiencia, empieza á desesperar de salvar á Desmarets. Las súplicas de la universidad no habrán sido acogidas favorablemente: la muerte del magistrado está jurada. Una idea feliz ha venido como un rayo de luz al santo ministro del Señor; muda la direccion de sus pasos, deja las calles concurridas, se aparta de la multitud y su ardor se ha reanimado.

«Riperto! dice de repente el sacerdote, ved aquí la habitacion de Juan Desmarets! Inés está aquí sin duda: entremos.

—Inés! repite Savoisy. Entrar en su casa!... y porqué?

—Porqué? replica el abad de Champeaux, para ayudarnos á salvar su padre. El Rey la ha conocido cuando niña, se interesa mucho por ella, conoce sus virtudes; y la hija de Desmarets pasa por

una santa en la corte. Guiémosla á los pies del Monarca ; sus súplicas y lágrimas tendrán mas acogida que las nuestras. Si , de todos los medios de victoria este es el mas poderoso , segun mi modo de pensar.

—Pero el Regente está cerca de Carlos.

—Ambrosio , la cosa es dudosa. Oís al rededor de nosotros , lo que se repite y se confirma? ninguna gracia , ningun perdón. En cuanto á mí , yo marchó , voy... pero no me entrego ya mas á la esperanza : es el mayor enemigo del hombre , el eterno engañador de la vida ; ya no le llamo mas , le arrojó de mí. No importa ! con él ó sin él , marchemos siempre ! vamos hasta llegar al cabo !

—No crees tú que con la ayuda de Inés ?...

—Yo no creo ya mas en nada , padre mio ; con todo , confieso que Inés es una de estas mugeres privilegiadas á las que favorece y dirige Dios ; Inés reúne todas

las perfecciones , es un sér angelical.

—El cielo hará por ella un milagro.

—A menos que no esté sordo el cielo.

—Ah, Riperto! que horribles palabras! La desgracia está sobre nuestras cabezas ; será necesario orar ; tú blasfemas. Insensato ! quieres pues perdernos !

—El dolor me pone demente , replica el Paladin confundido. No , aunque haya un descaecimiento total en el círculo fatal que envuelve constantemente mis ideas , no son estas impías. Hombres y mundo , reniego de ellos : pero en Dios , creo todavía , padre mio.

—Y qué me lo prueba ?

—Mi existencia.

—Como ! sin la fe que te queda ?...

—Sí , sin ella... el suicidio.

—Oh , hijo mio ! cuanto me afliges ! qué hielo has entrañado en mis venas !

—Digno Ambrosio ! tranquilizaos , yo cumpliré escrupulosamente hasta el fin de mi carrera mis deberes y promesas.

Vuestro discípulo no será jamás ni cobarde ni perjuro : y quizá , quien sabe?... El Eterno se compadecerá.

—Tus promesas y deberes ! repite con fuerza el sacerdote , te has acordado de ellas ? Si la suerte me es fatal , te decia un día Desmaretz , te recomiendo á mi hija. Yo estaba allí : qué contestaste ? Acepto este sagrado depósito.»

La mano del caballero , á estas palabras , pasando con rapidez sobre su ardorosa frente , parecia querer a la vez separar diversos poderes que luchaban entre sí : una memoria y un juramento , una pasión y una ley , una imágen y un arrepentimiento.

«Y la otra!... murmura Riperto ; y la otra... qué será de ella ! igualmente depósito sagrado , bajo mi guarda ; á cual abandonar ? á quien hacer traicion ? ¡Dios mio ! Dios mio ! perdon !»

Y Savoisy , con estas palabras incoherentes , acababa de exhalar de un golpe

toda la intensidad de sus padecimientos.

«Aquí habita Inés Desmaretz , repone el Abad con tono imponente : decidios , Riperto !»

—Os sigo.»

El venerable eclesiástico ha pisado el suelo de la casa del condenado ; el silencio y la soledad han instalado allí su tristeza ; la morada del desgraciado está como contagiada , reina en ella un aire que ofende , salen miasmas que dañan ; se dirá que la desgracia , muy parecida á la peste , estiende el desierto á su alrededor. La peste toca ó hiere los cuerpos , la desgracia hiela y mata los corazones. Ay de mí ! de las dos calamidades , la menos odiosa es la peste.

¿Qué se han hecho los numerosos criados que se veían poco ha en la casa opulenta del primer magistrado de París ? donde están esos aduladores del poder , y esos oradores que les prodigaban sus inciensos ? Ah ! la muchedumbre , el ruido ,

las emociones y transportes que se juntaban antes en los lugares donde se lisonjeaba á Desmaretz, se dan hoy cita al teatro en que va á morir. Algunos instantes mas y el viejo ídolo de los truanes va á pasar por las mismas oleadas populares donde en otro tiempo lanzándose confiado, parecía recibir un bautismo de amor: ¡ qué contraste entre estos momentos y los antiguos de felicidad! aquellos hombres que le idolatraban le ultrajan ahora: esto es ya un bautismo de sangre!

Ambrosio y Savoisy, recorriendo los salones del célebre abogado general, llegan sin obstáculo á la cámara de Inés; no encuentran ningun criado que los anuncie, nadie que los introduzca; van á abrirse ellos mismos la puerta... cuando lejanos clamores por la parte de afuera los atraen precipitadamente hácia una ventana abierta por la parte del palacio de San Pablo. Feroces aclamaciones, in-

sultaban en este momento á los condenados á muerte, que salidos de la cárcel se dirigian al cadalso. La plaza escogida para la ejecucion de las víctimas estaba en frente de la morada real; y el trono en que debía sentarse Carlos VI en lo alto de las grandes escaleras del palacio, estaba puesto de modo que pudiese dominar el lugar del suplicio. El verdugo estaba en su lugar: ninguna insignia le faltaba.

«Gran Dios! dijo el abad de Champeaux, tan pronto!... no: esto no es posible; mas con todo allí bajo, qué tumulto! La hora segun esto se ha adelantado de nuevo? Oh! sí... todo está perdido... vedlos allí!»

El aposento de Inés se ha abierto, sale de él una de esas compasivas siervas del Señor, las que ya entonces como siempre desde la era cristiana, llamadas á la cama de los enfermos, velaban para su doble salud. El santo sacerdote ha corri-

do hácia ella apenas la apercibió.

—Inés está aquí?

—Sí, padre mio.

—Puedo verla?

—Se está muriendo.

—Qué oigo!

—Abi queda tendida sin movimiento en su lecho fúnebre, en un estado de delirio. Ah!... pocas esperanzas tengo de que viva.»

Ambrosio está consternado. En los principios era su gesto el de la desolacion, pero á poco su alma enérgica se hace superior al golpe que la abrumba; vuélvese á Savoisy; ambas desesperaciones se hablan aunque en silencio, y se comprenden.

«Ven! dice el ministro del cielo: nunca es demasiado tarde delante de Dios.»

Y entra en el aposento de Inés.

Habia permanecido el Conde detrás de él, y se dirige á la religiosa.

—Donde está vuestra enfermería?

—En Chardonnet; cerca de S. Victor.

—Está allí Elisa?

—Sí, Señor.

—Peligra?

—Se teme por ella.

—Se dice si la matarán?

—Si, señor.

—Se sabe el dia?

—Tal vez esta tarde.»

Savoisy retrocede horrorizado. Su primera idea ha sido lanzarse hácia Chardonnet; pero Ambrosio é Inés le llaman. Un deber combate á otro; sin embargo, aun tiene tiempo. Forzoso es ante todo socorrer á Desmarests... luego despues, antes que anochezca podrá salvar á la Verdulera.

Se encuentra junto á la moribunda. Doloroso espectáculo! la hija del conde- nado á muerte habia caido en aquella especie de letargo que sigue á un excesivo padecimiento y precede á la última hora. Un espasmo habia paralizado sus

sentidos; asomaba en sus labios una penosa sonrisa; sus manos se estendian frecuentemente al azar como para buscar un apoyo protector, mas este no existia: su ademan de resignacion y de muerte, de dolor y de bienandanza, tenia una gracia sobrehumana. Se dirá que este cuerpo diáfano, que encubria una alma tan hermosa y pura, iba á remontarse á los cielos; que está á punto de verificarse una transformacion prodigiosa: que la muger va á disolverse, y que en su lugar se formará un ángel.

Ambrosio y Riperto la despiertan; reconoce la jóven al caballero, y un leve encarnado sonrosea sus mejillas. Se escapa de su pecho un suspiro; agita sus miembros un ligero estremecimiento; y su corazon ha pedido secretamente perdon á Dios del sentimiento de amor que la agita á vista de Savoisy, en el momento en que se halla con un pie en la tumba.

Oh! como conmueve el alma de Riperto la vista de esa jóven virgen tan virtuosa y cándida! Sus primeras relaciones con ella... aquellas escenas que pasaron entre ambos cuando Inés le restituyó á la vida, su solemne palabra de matrimonio..... todo á sus ojos da á Inés un sagrado poder. Desde ese lecho del dolor, es un prisma para él, una esfera celestial en la que penetra.

«Inés! esclama el discípulo de Ambrosio: vedme ahí: ya vuelvo á vos.»

La moribunda torna mas pálida que nunca: su mirada está llena de admiracion, y tiende la mano á Riperto.

—Inés! dice el abad de Champeaux con tono de inspiracion divina; Inés! es preciso salvar á vuestro padre: al menos debéis procurarlo. Inés! levantaos!..... Dios lo quiere!

—Pero, padre mio!... interrumpe á media voz la religiosa; mirad que está moribunda.

—Silencio! no morirá.

El sacerdote ha pronunciado estas solemnes palabras como si Dios las hubiese puesto en sus labios.

Levántase la jóven. Su sér acaba de recibir una conmocion violenta, fuerzas inesperadas pero tal vez fatales vuelven á sus miembros el movimiento; vuélvese purpurino su rostro: es el corazon que despide la sangre, es la fiebre que pasa al cerebro. La mirada de Inés es ardiente, seca y hueca: ya no hay para ella lágrimas, todo son ideas.

«Que me levante! responde; y porqué? quien sois?

Qué horrible momento para Ambrosio! sus esperanzas se han destruido. Ya no es la languidez del sufrimiento quien se coloca entre él y la víctima; es el extravío de la razon.

Ah! sin duda no será mas que momentáneo el delirio de la jóven; tal vez se extinguirá la llama de la fiebre; pero

entonces ya no será tiempo de obrar: Desmaretz habrá cesado de vivir. Cada minuto es un siglo... qué se hará? nada. La mano de hierro del imposible ha aterrado de golpe al guerrero, al sacerdote y á la virgen.

«Ah! Riperto! Riperto! háblala! esclama el ministro de los cielos; tu voz es tan poderosa para con ella!

Ay de mí! en este momento la piedad clamaba porque le ayudase el amor.

Pero, quien da ese grito de sorpresa? la religiosa se dirige al caballero.

—Riperto!... vos el conde Riperto!... Oh! si esto es verdad vos la salvaréis, porque de noche y de dia, siempre en su delirio os está llamando.

Fuera de sí el discípulo de Ambrosio coge la mano de la moribunda y la lleva á sus labios.

«Inés! querida Inés! esclama, y me dejarías precisamente cuando yo llego? no respondí de vos á vuestro padre; mi vida

ha garantido la vuestra, y es forzoso que mi palabra se cumpla. Quisierais que fuese perjuro? miradlo bien: nuestros destinos deben ir juntos y ayudarse mutuamente. Además, vos lo ignorais tal vez, tambien somos hermanos de proscripción, consagrados ante la desgracia: sí, ahora mas que nunca debemos pertenecernos uno á otro. Inés! no es verdad que me entendéis?

Estas palabras, espresadas y comprendidas con ardor, desvanecen la nube del estravío que cubria á Inés, y penetran hasta su corazón; hace un ligero movimiento la mano que aprieta Savoisy: movimiento de la más encantadora simpatía. Un fugitivo rayo de alegría anima las facciones de una jóven tan paciente en la desgracia y tan dulce en el sufrimiento. Salen de sus labios algunas palabras inarticuladas.

«Oh! Riperto!... es tarde ya!... adiós.»

Ambrosio estaba de pie junto á la cama; toma de repente su rostro una expresion de entusiasmo divino que no pertenece á la tierra. Se dirá que el espíritu de Dios ha bajado sobre su cabeza.

— Riperto, de rodillas! dice el sacerdote con tono de autoridad suprema; aunque falten los medios terrestres, el Cielo no escasea nunca sus recursos. La humanidad es pasajera... acojámonos á Dios!»

Cuan poderosas son en los dias de amargura las inspiraciones de una alma santa! este no es un hombre comun... es un ministro del cielo que une la naturaleza divina á la humana... es la eternidad que hace oír su voz... es el cielo que se abre á la tierra.

«De rodillas! repite el sacerdote; con la ayuda del cielo, las fuerzas que nos faltan pueden restituírseos: oremos!»

Prostérnase Riperto.

Que religioso silencio!... solo el alma siente las ardorosas preces que suben al cielo... Providencia! á medida que las oraciones de la fe en favor de Inés subian al cielo, bajaba á los oprimidos corazones una esperanza consoladora. Agitase la jóven moribunda, y se vuelve á Ambrosio.

«Sí, padre mio, murmura.»

Es la respuesta que se deseaba; la respuesta á aquellas solemnes palabras:

«Inés! levantaos, que Dios lo quiere.»

El Abad habia dado fin á su oracion; y estendiendo sus brazos sobre Inés, la bendice en nombre de los cielos. Brilla la alegría en sus miradas: la religion ha triunfado.

«Riperto! Dios nos ha oido.»

— Como!... la vida de Inés?

— Está salvada.

— Y su razon?

— El Cielo se la devuelve.

En seguida, de pie delante de Inés:

— Jóven! prosigue Ambrosio, se ha empezado un milagro: continuadle, levantaos!

— Donde debo ir? responde la moribunda.

Y sus ideas poco fijas todavía andaban errantes delante de ella.

«Inés, apresuraos, que el tiempo urge! repone el venerable anciano; van á degollar á vuestro padre; la hacha está levantada sobre su cabeza, y tal vez solo vos hoy dia podeis obtener su perdón. Venid á los pies del Monarca!

Inés oye y comprende: animase su frente, brillan sus ojos, y una varonil energía sucede en ella á la languidez: ya no pregunta ni pone obstáculos.

«Mandad, dice, partamos!»

Córrense las cortinas; la hospitalaria religiosa la ayuda á cubrirse prontamente con el largo traje de las suplicantes. Ya ha salido del lecho del dolor.

La jóven está ya de pie; cubre su ros-

tro un negro velo y todo su traje es de rigoroso luto. Bien es verdad que denotan sus facciones la palidez del sufrimiento, pero sus miembros han adquirido los movimientos del vigor. Mírase á sí misma con sorpresa; la llena de admiracion ese nuevo sér que se ha introducido repentinamente en ella. No es vacilante su paso, no son confusos sus pensamientos, y de nuevo junto á Riperto late su corazon como en los pasados dias.

— Dios de misericordia! murmura el apóstol del Señor cruzando humildemente sus manos sobre su pecho, un milagro se ha obrado.... milagro incontestable y visible.... O Dios mio! haznos dignos de él!... gloria á tí! yo no valgo nada.

Ambrosio, Inés y Savoisy dejan la funesta morada; pero qué espacio inmenso han de recorrer! qué tiempo tan precioso han perdido! El acompañamiento de los condenados por fortuna no va aprisa, la lentitud se le ha encargado; con todo es-

tá en marcha. Ay de mí! para salvar á Desmarets, quizá será demasiado tarde.

El guerrero, el sacerdote y la virgen aunque tuviesen alas no bastarian á su impaciencia. Los minutos les son siglos. Allí está suspendida la vida de un hombre: con un instante de mas ó de menos este hombre se ha perdido ó salvado.

Y este hombre que va á la muerte, este hombre es el padre de Inés! La jóven quiere correr... vanos esfuerzos, inútil afan! El populacho llena las calles; y las que guian al palacio de San Pablo son tan estrechas y tortuosas, que la muchedumbre apenas puede mover. Oh continuo suplicio! Algunos de estos miserables, á sueldo de las revoluciones, los que ya vencedores ya vencidos necesitan siempre infamias, han reconocido á Inés Desmarets. Los cobardes la señalan con el dedo.

— Mira! La hija del condenado.

— Famoso bachiller era su padre! hoy

van á cortarle en premio la cerviz.

—Vive Dios! y que vivaracha es!

—Los pasos de la niña son precipitados como las maquinaciones de su padre.

—Va vestida de funeral.

—Si será para obsequiar á los decapitados?

—No, estos se arrojan al muladar.

—Pobrecilla! llora á papá.

—Es la última de la familia.

—Bah! las serpientes se reproducen: eortad una y saldrán dos.»

Y los truanes que así se esplicaban eran los mismos que poco tiempo antes llenaban de frenéticos aplausos al orador de la libertad; los mismos hijos de la rebelion, de los que el ciego Desmaretz apretaba con efusion las manos; los mismos enemigos de todo yugo, por cuyo interés el filantrópico abogado lo habia constantemente sacrificado todo, riquezas, sosiego y hasta la vida.

Riperto puede apenas contener su furor. Habia empuñado su espada, iba á herir: Ambrosio le detiene.

«Hijo mio, en nombre del cielo, so-siégate! cierra los oidos, y no retardemos mas; si peleas, ya no pasamos.»

Estas palabras desarman al paladin.

Grandes clamores se oyen en los alrededores del palacio de San Pablo; anuncian sin duda la próxima llegada de los condenados al lugar de la ejecucion; han visto de lejos la escolta, y los que la esperaban la saludan.

«Compañeros! claman algunos descamisados, llegaremos demasiado tarde, las cabezas habrán caido sin esperarnos; esto será muy poco político por su parte.

E infames pullas salen de la turba feroz.

O desesperacion! la muchedumbre aumenta; todo camino está cerrado.

«Paso! paso! gritaba Riperto.»

Su mano separaba con violencia á de-

recha é izquierda cuanto se oponia á su paso; su aliento quemaba como la respiracion de un furioso leon; su voz era el ruido de un trueno; la desesperacion llevada al esceso tiene tan poderosas miradas, un gesto y un acento que hace enmudecer al instante las pasiones vulgares y bajas y las irritaciones subalternas. La multitud se ha puesto en linea.

Pero andar aprisa es imposible; y por lo mismo Inés, Ambrosio y Savoisy conocian que cada momento el hacha del verdugo se acercaba á Desmarests, y que la escolta fúnebre llegaba al pie del cadalso. Indefinibles palpitaciones les cortaban la respiracion, su imaginacion y su vida se adelantaban á pesar suyo con terrible esfuerzo y contraste espantoso! sus pasos eran constantemente detenidos, y no podian adelantar.

Qué situacion! qué agonía! Savoisy acababa de derribar uno de estos rateros, de estos impudentes rufianes que en dias

de ruido y tumulto explotan los apretones: muchos bandidos han tomado la defensa de su camarada; levantan sus puños sobre Riperto.

«Este es un noble, un asesino del pueblo!

— Y el sacerdocio está aquí para ayudarle.

— Muera el noble!

— Muera el sacerdote!»

El abad de Champeaux con frente serena ha contestado á los bribones; se pone entre ellos y el Conde con un crucifijo en la mano.

«Sí, dice el anciano; soy sacerdote; no para atacaros, pero para defenderos; no para perderos, sí que para salvaros; si, os defenderé de otros, y salvaré de vosotros mismos. Soy sacerdote y pongo mi gloria en ello: qué tengo que temer de vosotros, hermanos míos? No es á los poderosos á quien me envia el Todopoderoso, es á los miserables; y mi verda-

dero lugar es entre vosotros. No sabeis que es un sacerdote? es el humilde confidente del pobre, el siervo de los que padecen. Velar sobre vosotros, ved aquí mi deber; aconsejaros, esta es mi nobleza; salvaros, ved ahí mi victoria. Hermanos míos! Dios me oye; he dicho la verdad. Atreveos ahora á ultrajarme!

Su crucifijo de bronce dorado, levantado sobre el pueblo sublevado, centelleaba con mil fuegos. Una muger cae de rodillas; su piadosa voz ha resonado.

Abrid paso á Dios! á su ministro!

El ejemplo ha producido su efecto; mas de una rodilla se dobla sin resistencia: el respeto ha abatido las frentes, y el santo apóstol triunfa.

«Lugar! claman los truanes.»

El populacho abre sus filas y nada detiene los pasos de Inés.

La jóven hiende los aires; el Abad de San Victor apenas puede alcanzarla, llegan á las puertas del palacio de San Pa-

blo. Dios! cuantos soldados! cuantos archeros! como traspasar estas barreras? Un esfuerzo todavia, el último. Inés está en la entrada del palacio. Oh cielos! porqué este grito de terror?... la desgraciada se turba y titubea... una furibunda aclamacion ha salido de la plaza fatal donde el cadalso aguardaba las víctimas; una palabra pronunciada, terrible y sangrienta:

«Muerte!»

Una cabeza cae:  
Las rodillas de Inés se han doblado: Riperto la sostiene, la reanima.

«Animo! Inés! ánimo! Oh Dios mio, tened piedad de ella!..»

Ambrosio ha preguntado á uno de la muchedumbre.

«Nicolás Flamand ha perecido: Juan Desmarets todavia existe.»

Inés recobra una nueva energia. El supremo instante ha llegado, toda debilidad ha desaparecido.

Oh! si ella hubiese podido ver en este momento á su padre!.. Alegaba al cadalso. Mezclado con malvados ennegrecidos por sus maldades, hijos de discordias civiles, el primer magistrado de Paris, aunque indignado por su escolta conservaba un noble continente. Estas palabras han salido de sus labios.

Oh! separad mi causa! Señor! de la de una nacion perversa (1).

— Maestro Juan, decia el verdugo, gritad perdon al rey Carlos VI. Os lo concederá (2).

— He servido con fidelidad á cuatro reyes, responde el célebre abogado: por

(1) La historia ha recogido con sumo cuidado las últimas palabras de Desmarts. Su resignacion y muerte escitaron la admiracion general. Véanse todos los historiadores.

(2) Se deseaba en confesion de sus daños que pidiese perdon. Carlos VI queria absolutamente perdonarle. Las palabras del verdugo están puestas aqui textualmente.

mi nada tengo que pedir: solo á Dios pediré perdon.

Pero dichosamente para Inés le estaba oculto este cuadro.

Está la jóven ya en la escalera del palacio. Percibe el dosel del soberano, Carlos VI rodeado de sus ministros, de los principes y princesas de la sangre, de grandes damas de la corte y de los principales del ejército, está allí, empuña el cetro, sentado en su trono.

Inés!... todavía es tiempo: una palabra, un gesto, una mirada, y Desmarts puede ser salvado.

La jóven se abalanza... Ay de mí! las guardias la rechazan... es por orden del Regente? está cerca del Rey: la ha visto.

Inés cae á los pies de los soldados. Su vestido negro, sus gracias, sus lágrimas, han conmovido de antemano á favor suyo.

«O bravos archeros! dice la virgen, por piedad! no me separeis. Soy una pobre jóven que voy á pedir el perdon

de mi padre!... Este padre está ya en el cadalso!.. con un momento de retardo.. su cabeza cae. No tenéis vosotros hijas que rogarían por vosotros como yo? El Rey es bueno. El perdonará. Dejadme, dejadme pasar! la sangre caería sobre vosotros. Un anciano padre!... no tenéis los vuestros?.. Ah! el mío á setenta y cinco años!.. sus cabellos blancos sobre el cadalso!.. salvémosle! perdon! ayudadme todos.

Y en las gradas de la escalera, ya de pie ya de rodillas, suplicando al uno, apartando al otro, arrancando lágrimas de todos, llega hasta el Monarca. Su ardoroso amor filial, sus elocuentes palabras, su poderoso desórden de ideas, todo la hacía irresistible. Le hacen lugar; ya ha pasado.

El Rey acaba de vérla.

«Inés!.. grita, pobre muchachá!»  
Sus facciones están enternecidas; de alarga una compasiiva mano.

Inés está en frente del trono, prosternada delante de Carlos VI.

«Oh mi Rey! gracia por mi padre!.. dice la jóven fatigada.»

Su voz empezaba á estinguirse; su energía llegaba al cabo.

En aquel momento una dama de las del estrado que rodea al trono, de alto linaje, centelleando con ricas joyas, se precipita á Inés; y arrodillándose junto á ella, une sus clamores á los suyos.

«Gracia! gracia!»  
Era la vizcondesa de Meaux.

O escena para siempre memorable! Las duquesas de Berry, de Borgoña, y de Orleans, los príncipes de la familia real, los mas ilustres del ejército, los grandes dignatarios del trono, y todas las damas de palacio han imitado á la Vizcondesa; caen todos á los pies del trono. Los hombres en ademan suplicante, cruzan las manos sobre sus pechos: las mugeres en señal de dolor y de luto, se han quitado

todos sus adornos; y esparcidos los cabellos, llenos los ojos de lágrimas, repiten: Gracia! Gracia! (1).

Un grito general contesta. En la escalera, en los pórticos, por dentro, por fuera, por todas partes repite el eco: Gracia! Gracia! (2).

Oh! Carlos VI habia ya perdonado en el fondo de su corazón. Durante toda la mañana habia con impaciencia esperado una palabra, una súplica del condenado; y este inflexible se habia impuesto silencio. Carlos no tenia necesidad alguna de un cuadro dramático para ser clemente; se vuelve al Regente.

«Ya no más víctimas: perdon.»  
El duque de Anjou habia presentado esta decision; y antes que el Rey hablase,

(1) Histórico.

(2) Véase Anquetil y demas historiadores. Todos los grandes se echaron á los pies del Rey: este concedió el perdon; pero ya no fué tiempo.

acercándose á la ventana que daba á la plaza del homicidio, hace un extraño gesto... una señal convenida sin duda. Le han entendido... lejanos clamores...

Juan Desmaretz ya no existe.  
«El Regente asoma á la ventana, y resuena su voz:

«El Rey no quiere ya mas víctimas!... amnistia completa.»

«Vuélvese en seguida á Carlos.  
«Se han ejecutado ya vuestras órdenes: los condenados están absueltos.

— Y Desmaretz? dice el Monarca.  
— Se habló demasiado tarde..... ha muerto.

Un silencio de consternacion interrumpido por los sollozos sucede á los gritos de esperanza. Levántase Inés; se acabaron las quejas y las lágrimas. Su mirada queda helada y fija; su fisonomía tiene la expresion de una fantasma. Separa con su blanca mano los cabellos de su frente y estiende maquinalmente

sus brazos como si buscase un punto de apoyo. Iba á asomar en sus labios un nombre, que no puede salir; quiere dar algunos pasos, mas no acierta. La huérfana cae moribunda.

Harto sucesivas emociones eran estas para la débil cabeza del Rey; se levanta, baja del trono y se dirige hácia Inés... Pero se lanzan hácia él y le rodean. Carlos iba á desvanecerse. Se esparce una nueva alarma; se teme por su razon y por su vida. Da sus órdenes el duque de Anjou, y sacan de la estancia al Monarca.

En este momento, soberano el regente, podia entregarse sin temor á nuevos furores.

—Soldados! alejad esta muger, dice el bárbaro á sus archeros, señalando á la huérfana, su familia no viene comprendida entre las que el Rey acaba de amnistiar: la suya esta proscrita. Llevaos á Inés Desmaretz.

iban á ejecutar la orden; pero un paladin levanta á la jóven, y hace oír su voz:

—Soldados!... no toqueis á esa muger.

Reconoce Inés á Riperto, y apoyada contra su pecho entrea bre sus párpados.

—Savoisy, dice el Duque, cuenta con lo que haceis: aquí mando yo. Saquen de abí á Inés Desmaretz.

—Príncipe! responde con energia el caballero, no está aqui Inés Desmaretz: esta jóven es mi muger. Mi nombre ha reemplazado al suyo. Soldados!... bajad vuestras armas; respetad á la condesa de Savoisy.

Al decir esto hendia por entre la muchedumbre, apretando á Inés contra su corazon. Enmudece el Duque y todos le abren paso. Solo un grito interrumpe de improviso el silencio solemne que siguió el magnánimo arranque de Riperto. Una dama acaba de desmayarse al pie de las



cueste! es tan encantador acá en la tierra seguir la senda del honor á pesar de las oposiciones! Gloria al que jamás se desvia, sean cuales fueren los males que le amenacen! Feliz el que al fin de su vida puede decir: *Nunca decliné del recto sendero!*

Savoisy está fuera del palacio. El populacho continua en barrer sus alrededores: ha dejado el teatro homicida donde, atendido el real perdón, ha suspendido el verdugo sus sangrientos golpes; y de allí se ha dirigido, en mayor número todavía, hácia las murallas del palacio: el caballero pasa por entre la multitud: Ambrosio no le ha dejado.

De repente; una voz desconocida salida de entre un grupo de truanes, dirige en voz baja estas palabras á Riperto: «*Elisa va á perecer.*» El que habló ha huido.

Un estremecimiento general ha recorrido las venas del caballero; se vuelve

bruscamente y con un gesto ha llamado á Ambrosio.

«Padre mio! dice el paladin apresuradamente, es preciso que vuele á socorrerla. Ya sabéis á quien... el Duque quiere su perdición. Os confío á Inés Desmarts; tomad mi lugar.... he de cumplir otro deber.

Y Savoisy sin explicarse mas, despues de alguna dulce palabra dirigida á la huérfana con motivo de su repentina partida, la deja con el sacerdote: este ha comprendido sus deseos.

«Parte! hijo mio! yo te respondo de ella.

Y Riperto huye como un rayo.

Se acuerda de las dolorosas voces que corrían por Paris, la orden dada en secreto, segun dicen, por el duque de Anjou á una muchedumbre de asesinos asalariados, de ir á prender en sus propias casas, á los sospechosos, de coserlos en sacos de cuero y arrojarlos al Sena. Oh!

es al acercarse á la noche cuando los verdugos de la ciudad, cogen sus víctimas y entregan su presa al río!... y está ya declinando el día! y ya no ilumina el sol!

Elisa, sin duda alguna, es una de estas condenadas por el Regente; debe de estar en la cabecera de la lista; es la destinada á perecer de los primeros... Con qué rapidez salva las distancias! sabe el asilo santo refugio de la Verdulera: es el convento de clos-Chardonet, sobre la opuesta orilla del Sena.

No traspasa mas pronto el rayo las nubes, que Riperto las calles y plazas; llega al puente de san Bernardo.

Oh desgracia! Las aguas se han llevado el puente en las últimas tormentas. Al salir de madre el Sena ha causado horribles desgracias. Riperto encarcelado lo ignoraba. El puente de san Bernardo está destruido. Otro pequeño puente arruinado desde mucho tiempo estaba cerra-

do de orden superior por temor de sensibles desgracias: en él no circulaban sino los agentes del poder. Los judíos de la gran ciudad acaban de ser condenados á repararlo á sus espensas: por esta parte no se podía pasar.

Quedaba el puente de san Miguel, al que se iba á llamar el puente nuevo; porque Hugo Aubriot, queriendo hacerle inespugnable, le habia hecho reedificar (1) Pero las revoluciones tan hábiles en destruir y poco aptas para erigir, habian encarcelado al ministro é interrumpido los trabajos. Todavía faltaba un arco que hacer y nadie pasaba aun.

Riperto, detenido por el río, está como en una tortura. La noche se acercaba á

---

(1) Este puente nuevo, es en el día el puente de san Miguel. Hugo Aubriot empleó en su construcción todos los jugadores y vagabundos de la ciudad. Veinte años despues se lo llevaron las avenidas del Sena.

largos pasos. «Elisa va á perecer» Estas palabras como una fúnebre campana, resonaban en su oído. Era preciso lanzarse, correr... y sus pasos estaban encadenados.

«Una barca! gritaba en nombre del cielo! un barquero!... mis riquezas por una lancha!»

Pero no habia nadie en las orillas del Sena: la playa estaba desierta enteramente, nadie oía sus gritos. Todo el pueblo de Paris estaba en el festin de muerte, habia acudido á la ejecucion de Juan Desmarets. Ningun barquero ha permanecido en su lugar, y las cercanías del rio estaban abismadas en la soledad.

Savoisy recorría la playa á largos pasos, llamando con toda la fuerza de sus pulmones un sér cualquiera á su socorro, ya fuese muger, anciano ó niño, pero nadie respondía á su voz. El suelo, mojado por la inundacion, solo le ofrecía cloacas: las saltaba sin repararlas. Sus

pies en medio de las arenas del Sena quemaban como sobre las lavas de un volcan. Vanos transportes, inútiles correrías! Todo estaba desierto y silencioso.

Llega al colmo de la desesperacion. Riperto se detiene frio y sosegado, está como clavado en su lugar, le parecia en el fondo de su alma que le abandonaba la vida. Ha tomado una decision terrible; se va á arrojar al rio, probará pasarlo á nado.

Pero el rio, engrosado por las avenidas é impetuoso en todas partes, es de inmensa anchura. Sus aguas rápidas y espumosas, arrastraban restos de casas, bosques y muebles. La corriente es impetuosa, y á través de los escombros que arrastra, querer nadar para la otra orilla es correr á una muerte cierta. No es Riperto un atleta bastante vigoroso para arrostrar tales peligros y romper tales obstáculos. El abismo está allí, la sima está abierta: se ve perdido si se ar-

roja. Pero Riperto no puede titubear, solo ve el saco de cuero, solo oye estas palabras: «Elisa va á perecer»

Empieza á desnudarse, cuando detrás de un monton de escombros, y á muy poca distancia, cree ver una lancha, va allá... llega... oh dicha! no se ha engañado: es en realidad una barca, está amarrada en la playa, y solo un niño la guarda. El pequeño barquero de unos doce años de edad, acostado en sus bancos, se ha dormido pacíficamente.

Riperto le mueve y le despierta.

«Muchacho! necesito esa barca.

—Mi padre no está aquí, señor.

—Qué importa!

—Ni nadie en casa.

—Quiero pasar el rio.

—Yo no, por cierto.

—Yo remaré.

—Es imposible.

—Lo quiero.

—Iréis á pique.

—Mi vida no te importá nada, lo sumpingo.

—Vuestra vida? no: pero mi barco!

—Qué se te da de él?... yo lo compro.

—Está en muy buen estado, es casi nuevo.

—Yo quiero pasar, pasar á toda costa: ¿cuanto quieres por él?... aprisa!

—Una venta sin permiso! qué dirá mi padre, señor?

—Te aplaudirá, yo respondo. Toma! he aquí oro... mucho oro!

Y Riperto vaciando su bolsillo presentaba al jóven barquero diez veces mas que el precio de su barca.

Jamás el niño habia visto tantas riquezas, parece estático.

«Dad; yo lo acepto, responde: pero hombre y barca perecerán; además, esto no me importa. Vamos! ya que queréis morir.»

Riperto salta en la lancha, la ha paga-

do, es suya. Escogiendo una avenida favorable, se alarga, se aleja, y ya la corriente le arrastra.

El hombre lo puede todo algunos momentos, y en las grandes circunstancias cuando reúne un varonil vigor á una indomable voluntad, el hombre se hace irresistible. El discípulo de Ambrosio ha llegado á dirigir atrevidamente su esquife al través de las insuperables dificultades que se presentaban delante de él. Veinte veces ha sido casi engullido, veinte veces su esquife medio sumergido se ha vuelto á levantar y poner flotante, pero los escombros que arrastra el Sena forman una especie de larga barra que parece imposible romper, y despues soplando con violencia el mismo viento es contrario á Riperto, el viento da mas impetuosidad á la corriente, se opone á todo desembarque, coopera á la perdicion, y trabaja para destruir. El Sena mas ancho, bramador, no es un pacífico rio

meciendo las playas con pacíficas olas; es un invencible torrente arrebatando un suelo desolado.

El cielo con todo protegía los dias de Savoisy. Su barca camina y resiste, su barca no perecerá. Pero la corriente arrastra á Riperto. Ay de mí! no es hácia el clos-Chardonet donde le dirigen las terribles aguas; es en un punto opuesto, por la parte de la torre de Nesle. Ya ha pasado esta torre, el prado de Clercs está ya á su espalda, las Tullerías están ya á lo lejos, la barca huye como una flecha.

No, ningún poder humano sabría detener su curso. Los fatigados brazos de Riperto dejan escapar el remo. Ya no mas apoyo, ninguna resistencia. El mal es sin remedio... á lo sumo. Nada en derredor de él, cerca ó lejos, detrás ó delante, arriba ó abajo, nada sino olas sin piedad, una tormenta inexorable, una tierra que nada puede oír, un cielo

qué parece igualmente huir, y la noche... la noche que se adelanta!...

Si; ya las sombras se estienden, ¿y quien va con ellas?... la muerte. El discípulo de Ambrosio, al último período de sus angustias, sentia estenderse en él por grados estas dos luces seguras que Dios da al hombre al nacer para guiarle en la noche de este suelo, entendimiento y las ideas.

Su razon empieza á estraviarse.... Oh lance dichoso! apoyo divino! De repente en uno de los ángulos del Sena, en una de estas sinuosidades, la corriente impele la barca de Riperto con tal violencia, que le ha mudado su curso y direccion. Le hace romper la línea del centro, esta línea fatal, cargada de troncos y escombros, que parecen dividir el rio y componer dos playas: le ha arrojado sobre la opuesta; y por una especie de milagro, ha tocado en la deseada tierra. El caballero impaciente se arroja fuera de su

débil barquichuelo... le abandona al curso del rio... salta; va chorreando agua; pero mas lejos la tierra es firme... Está en la orilla, se ha salvado.  
Ah! salvará á la Verdulera? He aquí llegar la hora del crimen, la hora de sangre y tinieblas. Los verdugos van á salir de sus chozas, traen sus sacos y puñales. Riperto calcula las distancias. Cuan lejos está el clos Chardonet! cuanto tiempo se necesita para llegar á él á pie! la playa á que ha sido arrojado, árida, inculta y desierta, es la que mas tarde, en el siglo grande, se ha llamado el campo de Marte.

Precipitase el caballero, mas impetuoso que el viento. Devóranle los instantes que van transcurriendo; pierde mas su existencia en estos minutos que en un largo transcurso de años. Acercábase la noche, esa noche terrible, y Savoisy no llegaba.  
Espantosa vision!.. funestos presenti-

mientos!... fija sus ojos continuamente en el Sena. Cuando la corriente dejaba entrever algún objeto, se dilataba su mirada buscando allí una forma humana. Dó quier se ofrecía á sus miradas el saco de cuero á la manera de un espectro; y el sordo ruido de las aguas, unido al murmullo de los vientos; hacia llegar á sus oídos esas palabras de venganza y muerte, palabras de anatema y de terror: *Paso! paso á la justicia del Rey!*

El frío helaba sus chorreantes miembros; hervía en el cerebro su sangre, y revoloteaban al rededor de él extraños resplandores acabando de turbar su razón. La brisa llevaba á sus oídos la monotonía de fúnebres cantares, y parecía que el eco los repetía constantemente, ruidos confusos como la música de caballería. Creía ver una luna ancha y ensangrentada levantarse sobre las colinas del monte de Marte, y precederle en su precipitada carrera. Los vapores del Sena que toma-

ban á sus ojos figuras imaginarias le parecían cavernas, osarios y catacumbas; y veía relucir las dagas. Empero, nada le detenía en su precipitación frenética... Una hora mas, y llegará á tiempo.

Una hora!.. ah!.. en tales momentos una hora equivale á una eternidad!..

Atraviesa como un huracan el prado de Clercs, la laguna del pequeño Sena, el pequeño prado de Clercs frente del Louvre, los campos que domina la torre de Nesle, y el célebre cercado de Elias...

Héle aquí ya en el Chatelet.

El observador que hubiese visto pasar entre las sombras á ese mensajero pálido y mudo, á esa especie de fantasma aérea que sin descanso atravesaba las campiñas, los cercados y las lagunas, siempre con paso firme, hubiera pensado descubrir en él á uno de esos héroes de las fúnebres leyendas, á una de esas almas, sobre las que pesa la maldición, y que vistiendo un cuerpo sepulcral están con-

denadas de siglo en siglo á llevar á cabo en el seno de las tinieblas alguna obra lúgubre y desconocida.

Salta el vallado de Mauvoisy, y atraviesa rápidamente el canal de Vievre. Encuétrase ya frente de la isla de Nuestra Señora. Un paso mas!.. y va á llegar á su término.

Llega al cercado de Chardonet.

Hasta este momento las fuertes palpitations de su corazon las ocasionaba la impetuosidad de su carrera; pero al llegar junto al convento de las hermanas hospitalarias, son movimientos convulsivos los latidos de su pecho. Una nube cubre sus ojos, apenas puede respirar, su aliento es de fuego; su cerebro le repite como en delirio estas palabras: atrá!... nadie ha pronunciado estas palabras, pero es la que en el dia del juicio tremendo lanzará al condenado á los abismos.

Riperto ve delante de sí una puerta;

llama maquinalmente su mano, y escucha con una especie de estupidez. Oh! qué horroroso intervalo aquel que media entre el llamamiento y la respuesta!..

Oye la voz de una muger, voz que sale del interior del convento.

« Quien llama? »

— Un hermano, un amigo.

Abrese la puerta; se presenta una hermosa hospitalaria, y alumbrando con su lámpara el rostro del desconocido continua:

« Etranjero! qué pedís? »

— Elisa!

— Elisa! »

Y la santa hermana al repetir este nombre lo acompaña con una exclamacion dolorosa.

« Donde está?.. esclama Riperto.

— Ay de mi! perdida!

— Perdida! »

Y este grito frenético del malhadado Savoisy, entrañando lo mas amargo del

pesar y del terror vibra con tal violencia, que la religiosa retrocede espantada. Casi se le cae la lámpara de las manos. Riperto, cubierto de lodo, desencajada su mirada, y delirante la espresion de su rostro, se parecía á uno de esos malecheros fugitivos á quienes persigue la justicia de los hombres. La sierva de Dios se persigna. Será este hombre el espíritu de las tinieblas?... un criminal?... ó un verdugo?..

«Hermana! una palabra por piedad!.. repone el guerrero con tono conciso: según esto ha venido el ejecutor?»

— Sí, lo mismo que vos.

— Donde está?

— Ha salido.

— Os la robó á la fuerza?

— Enseñando una órden superior.

— Y la Verdulera?

— Estaba enferma: el limosnero, edificado de su santo desprendimiento de las cosas terrenas, acababa de dejarla cuan-

do el verdugo vino á arrancarla del lecho, pálida y moribunda: en este momento acaban de salir.

— Llego demasiado tarde!: qué camino han tomado?..

— A la izquierda. Por el mismo camino que conduce al Sena.

— Y el fatal saco de las venganzas?

— Cubre ya á la víctima.»

El rayo habia herido á Riperto así que oyó las primeras palabras de la hermana: como pudo prolongar la conversacion, hablar, escuchar y comprender? nadie explicará este prodigio. Vuelve á emprender su carrera hácia el rio; y poniendo mano en su daga se precipita al través del horror y la muerte.

Semejante al pájaro de los sepulcros, va rozando la superficie de la tierra. El camino está cubierto de charcos; el horizonte está cubierto de nubes; no se divisa la luna; el agudo silbido de los vientos unido al mugido de las olas comple-

Borgoña. A otro perro!... largo! largo!

Y al decir esto iba á proseguir su camino silbando una cancion báquica.

Pero Riperto se lanza sobre de él.

«Monstruo! esclama en el colmo de su rabia; osas llamarme camarada!... pues bien! lo seré, voy á serlo, serémos hermanos en el homicidio; se necesita una víctima... tu vida... Ah! todavía dudas de mis promesas! te burlas de mis ofrecimientos!... nada de lo dicho: en vez de oro, sangre!»

Desnuda su acero, y se empeña una lucha horrible.

Aquí, en un suelo inmundo, lejos de toda morada, entre los pantanos, sin sorcorro, sin testigos; aquí, en el seno de las tinieblas, tiene lugar una especie de combate cuerpo á cuerpo entre dos poderos, infernales. ¿Qué repite el eco sinuestro?... imprecaciones de condenados... un temblor de dientes inandito; en seguida un horroroso silencio é inespli-

cable ruido? se dirá que los miembros se rompen unos contra otros, que se cruzan cien aceros y que se desgarran las carnes de las uñas. Dos frenéticos van á revolcarse en su sangre... todo para disputarse... qué?... un cadáver.

El verdugo, atleta robusto, era mas fuerte que el guerrero; pero este era mas diestro. La agilidad y la astucia lograban ventaja sobre la pesada y brutal energia: desgraciadamente desde la caída del día no habia cesado Riperto de pasar de fatiga en fatiga, de peligro en peligro y de suplicio en suplicio... por tanto se extinguia su vigor, mientras el verdugo conservaba intacto su brio.

De nuevo acababa de huir el cuerpo Savoisy, á uno de los golpes mortales de su adversario... empero, ay de mi! que le faltan las fuerzas.

De improviso, por estraña casualidad, coloca su mano sobre el saco de cuero... Gran Dios!... algo se mueve bajo sus de-

dos... es la víctima: Elisa no ha muerto todavía.

Le anima un vigor sobrenatural, y se lanza impetuoso contra el verdugo. Esta vez su acero hiere al vivo: un rujido de hiena sigue al golpe terrible. Empinase el infame bandido, pero bambolea. Sus quijadas hacen un ruido semejante al de las fieras. Corre la sangre de una profunda herida en su garganta. Un gesto horroroso... una convulsion terrible... cae... se revuelca... y muere.

Riperto rompe el saco fatal, y arranca de sus entrañas á la víctima... Cielos! qué momento!... qué espectáculo!

La luna, abriéndose paso entre las nubes, alumbra con pálidos resplandores las desoladas orillas del Sena. Sus rayos, errantes entre las aguas y las orillas inundadas, se fijaban sobre la blanca víctima, á la que esperaban las olas. La desgraciada está sin movimiento.

Colmo de la barbarie! sus miembros,

que el verdugo habia hecho entrar brutalmente en un sepulcro harto estrecho, han sido torcidos, y se ofrecen casi rotos. Como volverá Elisa á la vida? faltábale el aire casi enteramente, y además antes de llegar á su suplicio estaba moribunda. Ah! y sin embargo la beldad conservaba sus encantos: no parece sino que duerme. «No! no! dice el discípulo de Ambrosio, no ha muerto, es imposible. Dios no lo quiere todavía. Es tan hermosa! Oh! no está aquí la muerte. Elisa! querida Elisa!»

Le responde un suspiro. Si será tal vez el último! se inclina Riperto como si quisiese detenerle, y sus ojos se levantan al cielo.

«Dios mio! esclama, todavía no! dejádmela, al menos por una hora! vos, vos la tendréis para una eternidad!»

La víctima entreabre los ojos.

«Riperto! murmura.»

Este nombre estaba en sus labios pero

no en su pensamiento, que permanecía aletargado. Este nombre era sin duda el último que había pronunciado al perder los sentidos, y le repetía al recobrarlos.

«Riperto está aquí; soy yo, responde el guerrero en voz baja.»

Y se atreve apenas á pronunciar estas palabras, porque la Verdulera estaba tan débil, que le pareció podía dañarla un sentimiento hartó vivo.

Sus mejillas pálidas y transparentes como el alabastro toman un ligero colorido y es que ha oído una voz... que ha reconocido un acento... Oh! conoce que Riperto está allí.

Levántase y se agita su mano helada: tal vez está buscando otra.

«Elisa! estás salvada, repone el desgraciado Savoisy; vivirás... porque estoy aquí, porque tengo vida, amor y fuerza para los dos; no sabría morir donde tú estás, tú tampoco debes de poder morir.»

Un reflejo de la luna juguetea con la blanca túnica de Elisa; la brisa levanta sus pliegues. Despide Riperto un penetrante grito... percibe sangre en el pecho de la jóven: ¿la hirió tal vez un puñal?

Inclínase Savoisy. Oh imágen inesperada y fatal! la Verdulera guarda sobre su corazón un pañuelo ensangrentado; su mano le retiene y le aprieta: es el mismo pañuelo que limpió la herida del caballero en la cabaña de la selva... es la sangre de Riperto.

Y el Conde no puede derramar una lágrima!

«Elisa! continúa; pues qué! te hablo y no me respondes! te amo y tu corazón no lo siente!»

Estás últimas palabras han obrado una especie de prodigio. Elisa vuelve en sí; su cabeza se levanta con esfuerzo; su pálido semblante está animado de una sonrisa también pálida; murmura algunas palabras lentas, como entrecortadas y ca-

si ininteligibles. Oh! Riperto las ha oído.

«Es un sueño?... él me ha dicho: yo te amo.»

Y la jóven pasa su mano sobre su frente con una sorpresa inefable.

«No, no es un sueño, repone transportado el paladin; ¿no es verdad que tú también me amas? pues bien! si es verdad que me amas, levántate! es fuerza que vivas!»

Estraño poder del amor! la jóven casi moribunda se levanta.

«Me ama! repite.»

Y su mirada aun llena de estravío recorre los objetos que la rodean, Riperto cae de rodillas, la aprieta contra su corazón, la mira, la toca: sus dudas se van disipando. La alegría, el dolor y el miedo se apoderan á la vez de la jóven, que se deshace en lágrimas.

«Tan dulce confesion en este lugar! prosigue con voz lenta: aquí, por la primera vez... cuando ya me cubré la mor-

taja! ah! no, yo no quiero morir sabiendo que me ama; quiero vivir y vivir por él; volveré á ver las flores, la naturaleza, el sol y la primavera... Pero no, soy indigna de ello; sería demasiado»

Quería ponerse de pie, pero unos horribles dolores dan á su persona un movimiento convulsivo; la desgraciada cae moribunda; presente que no puede mas, y jamás, jamás le habia parecido tan hermosa la vida.

Riperto, herido por el verdugo, sentia también un desvanecimiento.

«Porqué desesperar! dice el Conde, casi tan exánime como Elisa. Detiénese... porque su voz se estingue.»

— Oh! responde la Verdulera con la mirada del arrepentimiento y el gesto de la desesperacion; si sola yo hubiese sido desgraciada, tal vez podria esperar... pero, cuantos males he ocasionado! he sido culpable, muy culpable. Adios, Riperto! estoy ardiendo, tengo sed: agua,

por piedad ve por un poco de agua!»  
 Pero allí todo está desierto. Savoisy se  
 arrastra penosamente hácia una especie  
 de charco, en el cual ha caído el cadáver  
 del verdugo; recoge agua con ambas ma-  
 nos y vuelve á Elisa: brillaba un rayo de  
 la luna... lo que lleva es sangre.  
 La Verdulera le rechaza horrorizada;  
 pero el semblante de Riperto, donde está  
 pintada la agonía, se ofrece también á la  
 jóven; y olvidando sus propios pesares,  
 repone con esfuerzo.

«Me encuentro mejor, ya no tengo  
 sed, gracias; la brisa me la ha quitado.  
 Cuan hermosa es para mí la vida! qué  
 porvenir! qué esperanzas! tengo frio, es  
 verdad, pero me siento bien. Riperto! no  
 observas sobre mi corazón, aquí, entre  
 los hielos de la tumba, como late el amor  
 ardiente que me devora? No te espantes;  
 soy feliz... feliz para siempre!  
 Pobre jóven!  
 Hablaba de felicidad y de porvenir».

gran Dios! en el colmo del dolor!  
 Savoisy no respondia. También el sen-  
 tia recorrer sus venas el hielo de la  
 muerte.  
 Elisa, despues de un largo y fúnebre  
 silencio ha recobrado nuevas fuerzas. Se  
 reanima la antorcha que iba á fenecer.  
 «Mirame, Riperto! yo renazco. Es un  
 milagro! es un milagro tuyo y del  
 amor!

En efecto el caballero á los pálidos ra-  
 yos del firmamento ha visto que el sem-  
 blante de la Verdulera se animaba apaci-  
 blemente; enmudecen sus dolores; su  
 rostro empieza tal vez á cubrirse de esa  
 serenidad divina que una alma destinada  
 al cielo trasmite al cuerpo en sus últimos  
 momentos; es el último paso que se da  
 en la vida.

«Repítelo! prosigue Elisa; repítelo  
 bien: me amas! esta palabra es la salud,  
 es la vida; ah! bajo los auspicios del  
 cielo, con tu corazón, con tu fe».

*Tu fe!* qué palabra... qué rayo! el discípulo de Ambrosio, en medio de los peligros y tormentos, en un cañal de horrores sucesivos, habia olvidado enteramente á Inés. Los deplorables acontecimientos de que sucesivamente habia sido testigo, habian borrado de su mente los recuerdos, y aun los resplandores de la razon; pero vuelto en sí con sobresalto al oír la pregunta de la Verdulera, recuerda sus santos deberes.

Un grito profundo es toda su respuesta: pero este grito es un puñal para Elisa.

«Me habia engañado... y él tambien!! qué muerte... cuando iba á renacer!»

Savoisy quiere hablar.

— El golpe está dado, responde Elisa: ahora ya no creeria lo que me dijeses ó por debilidad ó por compasion. Riperto, quiero irme; levántame.»

Pero sus miembros como dislocados no tienen movimiento ni vigor. La vida

solo mora ya en sus labios. Articula algunas palabras... sin duda van á ser las últimas.

«Morir!.. y morir aquí! estoy resignada. Y sin embargo, si me hubiese dicho: *serás mi esposa*, conozco que nada me hubiera llevada al sepulcro, que todo lo hubiera vencido, hasta á la misma muerte. Pero no, Riperto, soy yo quien me engaño: esta queja es bárbara; tambien hubiera muerto. Tú lo conocias, amigo mio! porqué no me dejabas pues en mi ilusion? por tan corto tiempo! estaba dispuesta á creerlo todo. Esto ademas no te hubiera obligado á nada: y mi muerte hubiera sido tan dulce! Adios, pobre hermano! adios.»

Singular y prodigioso esfuerzo!... Se levanta de repente; y sin apoyo, á la luz de la luna, junto á un cadáver, sobre un suelo cubierto de sangre, está de pie, pálida, como un espectro sobre la tumba. Riperto, consternado, fuera de sí,

fija en ella una mirada de consternación. Esa hermosa figura, blanca y vaporosa, que parecia engrandecerse delante de él como para subirse á los cielos, se desvanece al momento como una esuecia fugaz. Savoisy nada ve. Sumergido en una especie de letargo físico y moral, se lanza al través de las sombras... estiendo sus brazos en el espacio... algo inanimado detiene sus pasos... cae á los pies de la Verdulera.

La huérfana acababa de exhalar el último suspiro.

Y Savoisy! desgraciado!!! todavía vive.

Cae de rodillas á su lado, quiere en vano cogerla, arrebatarla, clamar por socorro: está inmóvil. Su cabeza inclinada, sus manos juntas, solo un objeto vive en su corazón, solo una palabra asoma á sus labios:

«Elisa!... Elisa!»

Los vientos y el eco de la orilla rechazan

zan este grito fúnebre; las tinieblas se lo repiten. Todo le habla: excepto la Verdulera.

Continua con voz profunda:  
«Duermes, hermana mia! duermes! Elisa!... ah! no! Dios te ha despertado ya... no se ama todavía en los cielos? tú me miras: te compadeces de mí? ah! en el cielo no hay lágrimas. Tampoco yo lloro: la desesperación no tiene lágrimas. Adios, la mas hermosa entre las mugeres! la mejor de las amantes!... tan mal juzgada y comprendida! adios! descansa, descansa en paz, dulce amiga mia! no te ha herido el cielo á tí; soy yo quien ha quedado solo. Maldito y desechado, donde iré? Yo te amaba, me has dejado! tú tambien me amabas, y te he muerto!»

Retira de entre las manos de Elisa el pañuelo ensangrentado, y quiere llevarle á sus labios... ay de mí! ya no tiene movimiento, y hasta las ideas le abandonan.

Una mano que le coge de la espalda y procura levantarle, le saca del letargo fúnebre. El caballero casi moribundo levanta lentamente su cabeza... ve delante de él un manto negro.... alguien le habla... es Ambrosio.

Una muger está á su lado: Savoisy reconoce á Inés.

Como están aquí?

El santo anciano, despues de la partida de Riperto, habia conducido á la hija de Desmarets á la morada de su padre, donde habian permanecido algunas horas. De improviso, á la caída de la noche, informados los habitantes de Paris de que acababan de suprimirse los privilegios de la ciudad en castigo de la rebelion, se habian dirigido rabiosos á las casas de sus antiguos gefes, para vengarse en sus propiedades y familias del castigo que se les habia impuesto. Los bandidos antorcha en mano se dirigian á la morada de Inés. Apresurándose el abad de Cham-

peaux á sustraer la huérfana al furor del populacho, huyó por medio de una salida secreta, y siguiendo el consejo de la hermana hospitalaria que habia cuidado á Inés en su enfermedad, determinó conducir á esta al convento del cercado de Chardonet. El pequeño puente que Riperto no habia podido pasar, estaba abierto para los agentes de la autoridad suprema y para algunos privilegiado, de cuyo número era Ambrosio. El sacerdote entre el puente y el convento encuentra su discípulo, y va á arrancarle á la muerte.

El verdugo bañado en su sangre, el saco de cuero, y Elisa mas allá sin vida, todo son esplicaciones para Ambrosio: trasluce ya los horrores de aquella escena.

«Levántate, Riperto! dice el sacerdote; Dios no te ha abandonado: aquí dió fin tu última prueba.»

Su acento era solemne. Riperto, entre los estendidos brazos del santo ministro,

siente un fuego vivificador, una bendición divina que le aliviaba del peso de los sufrimientos.

«Vos aquí! murmura; vos! padre mio! y con Inés.

—Reconoce la mano del cielo.

Un profundo silencio. Al cabo de un momento repone Ambrosio:

—Te vuelvo un depósito sagrado, una huérfana... tu compañera.

Padre mio! y esta!... miradla!

Riperto señalaba á Elisa.

—Acá en la tierra, hijo mio, esta no te hubiera podido pertenecer: si hubiese vivido solo la desgracia era su patrimonio: el Todopoderoso la ha mirado con piedad.

—Yo la seguiré.

—Dios te lo prohíbe.

—Padre mio!

—Escucha y levántate. Riperto! he seguido tus primeros pasos y he orado sobre tu cuna: sabia que muchos errores y

penas debian envenenar tu existencia; al fin pasaron los dias de desgracia: te lo anuncio en nombre del cielo.

—Hijo mio!... prosigue con una especie de mocion divina: tres mugeres se te han presentado en tu carrera: son tres pruebas que te ha enviado el Eterno. Empezaste por doblar la rodilla ante la encantadora de la corte; gemiste en seguida con la hija del entusiasmo... ven ahora, ven á ser dichoso con el ángel de la virtud!

Increible poder de las almas santas! las palabras inspiradas del sacerdote penetran hasta el corazon del guerrero. Riperto obedece y se levanta. Inés, junto á Elisa; Inés, pálida, blanca, y clavados los ojos en el cielo estaba orando de rodillas. Al ver su piadoso ademan, y su silenciosa gracia, se dirá que es la virgen de la misericordia y de los consuelos.

«Inés! dice Riperto en vos baja mirando á la Verdulera, he aquí á la que yo

amaba! iré ahora á llamar á otro corazón para ofrecerle los restos del mio! no puede ser, sería una mengua: además lo confieso, no me siento con fuerza para llamaros.

— Y yo la siento para ir hasta vos; responde la candorosa huérfana.

— Como pues!... aquí mismo!

— Do quiera.

— No sabeis qué entre escollos mi existencia ha sido siempre dedicada á los naufragios? Las oleadas de la cólera celeste me han sumergido en todas partes.

— El pájaro salvador vuelve al arca y trae consigo los bellos dias...

— Paloma del cielo! te comprendo. Pero, qué podrás hacer cerca de mí?

— Riperto! tambien he padecido yo mucho... No habrá para nosotros un consuelo?

Abre Savoisy sus brazos; la dulce huérfana se arroja á ellos: y allí, en la noche,

junto á una tumba, Dios y un sacerdote les bendicen.





Que se publica en la casa de OLIVA.

BARCELONA.

Ya se considere la presente Coleccion por lo que respeta al mérito, variedad, instruccion y moralidad de las novelas escogidas, ya relativamente á la finura del papel, limpieza y perfeccion tipográfica y comodidad del tamaño; puede salirse garante de su superioridad sobre todas las demas colecciones de lamisma clase dadas á luz en España en tiempos rígidos, en que solo se permitia estrechísimo círculo á la eleccion. Innumerables son los autores románticos, muchos hay entre ellos que con mas ó menos celebridad han tomado la pluma; sea trazando un cuadro histórico del carácter y pasiones propios de otros siglos, sea conmoviendo al corazón con imágenes tiernas y esquisitas, ya tambien presentando ejemplos de saludable moral: de todos ellos hemos entresacado las novelas que han obtenido universal accepta-

cion y aplauso; y pues no ha habido oposicion á nuestros deseos, podemos publicar las mejores obras que componen nuestra Coleccion sin variaciones que las desfiguren, ni mutilaciones y supresiones, que son el mayor defecto que puede caber en cualquier escrito, y particularmente en las novelas.

El titulo que damos á la Coleccion denota bastante la idea y el plan que hemos formado; es decir, que en cuanto sea asequible no olvidaremos ningun autor sobresaliente; y en prueba de ello y cumplimiento de nuestro propósito, presentamos á Arlincourt, á Walter Scott, á Rousseau, Ireland, Pigault, Lebrun y otras notabilidades literarias, á cuyas obras añadiremos las mejores producciones del género novelesco, escritas así en España como fuera de ella.

Actualmente han dado principio á la Coleccion que anunciamos, y se hallan impresas, las novelas que á continuacion se expresan, á las que seguirán otras muchas. Como tratamos de publicar lo mejor que hay escrito en este género, á juicio y dictámen de personas de ilustracion y criterio, no puede decirse precisamente el número de tomos que compondrá la Coleccion entera.

## NOVELAS PUBLICADAS

EN ESTE MISMO TAMAÑO.

NOTA. Los precios indicados corresponden á Barcelona; en los demas puntos del Reino son condicionales.

1 *La Estranjera, ó la Muger misteriosa*, escrita por el Vizconde de Arlincourt, y traducida nuevamente al castellano: 2 tomos 16, con láminas, 14 rs. rústica y 18 pasta.

2 *La Abadesa, ó procedimientos inquisitoriales*, por W. H. Ireland, traducida del inglés: 2 tomos 16, con láminas, id. id.

3 *El Solitario del Monte Salvaje*, por el Vizconde de Arlincourt: 2 tomos 16, con láminas, id. id.

4 *El Hijo del Carnaval, historia notable y sobre todo verídica*; por Pigault-Lebrun: 2 tomos 16, con láminas, 16 rs. rústica y 20 pasta.

5 *Waverley, ó Sesenta años ha*, por sir Walter Scott: 6 tomos 16 con láminas, 42 rs. rústica y 54 pasta.

6 *El Renegado*, por el vizconde de Arlincourt: 3 tomos 16, con láminas, 21 rs. rústica y 27 pasta.

7 *Poesías de Iglesias*; 3 tomos 16, id. id.

8 *Julia, ó La nueva Heloisa*, por Juan Jacobo Rousseau, precedida de la Vida del Autor: 1 tomo 8 marquilla, 24 rs. rústica y 28 pasta.

9 *Malvina*, por Madama Cottin: 3 tomos 16, con láminas, 21 rs. rústica y 27 pasta.

10 *Las Amistades peligrosas, Colección de Cartas recopiladas en una Sociedad*, por el C. de L\*\*\*\* 3 tomos 16 con láminas, 21 rs. rústica y 27 pasta.

11 *Pelayo*, fundador de la Monarquía española, por Pedro Armengaud: 2 tomos 16, 16 rs. en rústica y 20 en pasta.

12. *La Verdulera*, por el Vizconde de Arlincourt: 2 tomos 16, 16 rs. rústica y 20 pasta.

## Nuevas publicaciones.

EN LA LIBRERIA DE OLIVA.

( ENCUADERNADAS A LA RUSTICA ).

## El Templo de Venus

ENIGMICO,

Por Montesquieu.

TRADUCIDO Y EN PARTE IMITADO

POR

Don J. R. C.

1 tomo 16, 6 rs. vn.

LA  
Medicina Curativa,

Por Le Roy,

NUEVA TRADUCCION,

SEGUNDA

DE UN APÉNDICE ORIGINAL.

1 tomo 8º: 15 rs.

---

SINÓNIMOS

DE LA  
LENGUA CASTELLANA,

Por March.

1 tomo 8º: 8 rs.

---

